

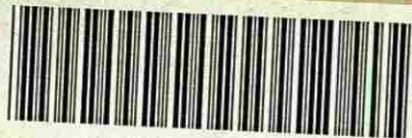


DE JUANA INÉS  
DE LA CRUZ

OBRA  
ESCOGIDAS

PG7 296  
.J6  
A6

R. G.



1020028143

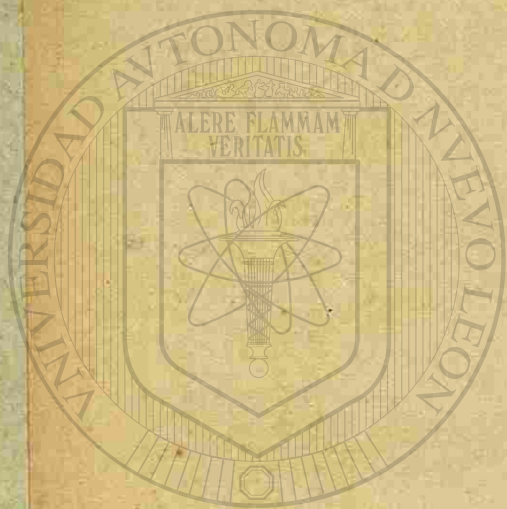


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





BIBLIOTECA

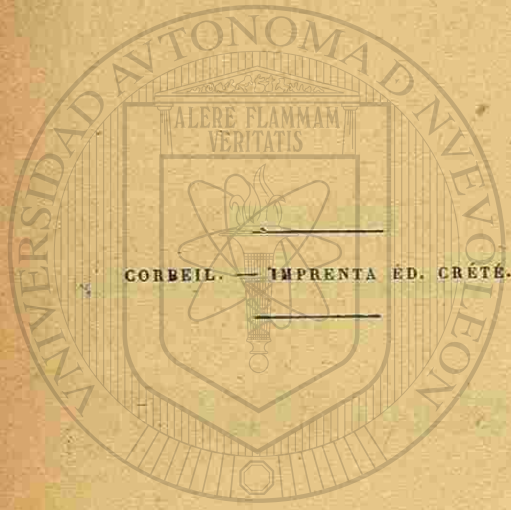
DE AUTORES MEXICANOS

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

M861  
J2C



OBRAS ESCOGIDAS

DE

# SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

LLAMADA EN SU SIGLO

LA DÉCIMA MUSA MEXICANA

NUEVA EDICIÓN



FOND. RICARDO COVARRUBIAS  
85167

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VERACRUZ — PUEBLA

PARÍS

LIBRERIAS

A. DONNAMETTE

« LA ILUSTRACION »

30, CALLE DES SAINTS-PÈRES, 30

1890

31833

PQ 7296

.J.6

D.6



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## APUNTES BIOGRÁFICOS

DE SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ.

En una de las faldas del gigantesco Popocatepetl, sobre verde y florida alfombra, y entre las frescas y transparentes linfas que descienden de la montaña, descansa una tranquila y pequeña aldea, morada de paz y ventura, mansion de inocencia y bienestar para sus afortunados habitantes. Llámase esta pequeña población San Miguel Nepantla, y en ella se conserva en pie, aunque arruinada, una antigua casita, nido que fué de una paloma encantadora, risueño y caliente hogar donde se deslizaron los primeros y plácidos años de Sor Juana Inés de la Cruz.

En ese tranquilo pueblecillo nació la celebrada poetisa el día 12 de Noviembre de 1651, siendo sus padres Don Pedro Manuel de Asbaje, natural de la villa de Vergara en la provincia de Guipúzcoa, y Doña Isabel Ramirez, nacida en Yacapixtla, población perteneciente al Estado de Morelos en la República mejicana.

Refiere el Padre Diego Calleja, biógrafo y admirador entusiasta de tan portentosa mujer, que «siendo ésta muy pequeña, pues apenas contaba tres años de edad, recibió á petición suya y á exensas de su familia, las primeras lecciones de lectura, y que fueron tales los progresos alcanzados en su aprendizaje, que

uando llegó á sus cinco abriles, la niña sabía ya leer, escribir, contar y todas las menudencias de labor blanca: éstas con tal esmero, que hubieran sido su heredad, si hubiera habido menester que fuesen su tarea ».

Natural y congénita fué en ella la afición á la poesía, y pasmosa la facilidad que desde muy temprano tuvo para componer versos. Ocho años contaba apénas, y ya su fecundo ingenio se reveleba en una *Loa*, incorrecta y defectuosa sin duda, no obstante los elogios que de ella hace el dominicano Muñiz, pero que atendidos los pocos años de la niña y su ninguna educación literaria, no pudo menos que reputarse como un prodigio, no sólo entre los ignorantes, sino hasta por los hombres más ilustrados y entendidos en el entonces vireinato de la Nueva-España.

Pero si notable y extraordinaria fué la facilidad poética de esta prodigiosa mujer, todavía lo fué más su irresistible afición al estudio, siendo insaciable el deseo de aprender que la consumió desde los más tiernos años de su vida. Ella misma nos manifiesta esa ardiente sed de saber que la devoraba, cuando con encantadora gracia nos dice: « Teniendo yo despues como seis ó siete años... oí decir que había universidad y escuelas en que se estudiaban las ciencias en Méjico; y apénas lo oí, cuando empecé á matar á mi madre con instantes é importunos ruegos, sobre que, mudándome el traje, me enviase á Méjico, en casa de unos deudos que tenía, para estudiar y cursar la universidad. »

Desechada por sus padres, como era natural, la noble pero extravagante pretension de la niña, y tras-cadada ésta poco despues á Méjico, su dedicacion á estudio la indujo hasta tomar una resolucion que, de

seguro, no ha de ser aplaudida, ni mucho ménos imitada por la generalidad de nuestras damas. « Empecé á aprender gramática (1), dice la célebre monja, — en que creo no llegaron á veinte las lecciones que tomé; y era tan intenso mi cuidado, que siendo así que en las mujeres, — y más en tan florida juventud es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro ó seis dedos, midiendo hasta donde llegaba ántes, é imponiéndome ley de que, si cuando volviese á crecer hasta allí, no sabía tal, ó tal cosa que me había propuesto aprender en tanto que crecía, me lo había de volver á cortar, en pena de la rudeza. Sucedia así, que él crecía y yo no sabía lo propuesto, porque el pelo crecía apriesa, y yo aprendía despacio, y con efecto le cortaba, en pena de la rudeza: que no me parecía razon que estuviese vestida de cabellos, cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que era más apetecible adorno. »

Pronto voló la fama de tan portentosa mujer, y su nombre comenzó á celebrarse, ya no sólo en la antigua Nueva-España y en las demás colonias hispano-americanas, sino allende los mares y en la misma corte del rey Felipe IV.

Gobernaba entonces en Méjico don Antonio Sebastián de Toledo, marqués de Mancera; y atraído del nombre y de la gloria de la celebrada doncella. llamóla á su palacio, la nombró dama de honor de la reina y la convirtió en objeto de desinteresadas y cultas alabanzas de los sabios, y en ídolo de adoracion para los galantes cortesanos, que se apresuraron á rendirle sus homenajes de amor y á proponerle ventajosísimos y honrosos casamientos. Y no hay que

(1) Gramática latina.

extrañarlo; porque á un ingenio privilegiado, á una prudentísima discrecion y á un saber poco común, la portentosa poetisa juntaba una hermosura bastante notable y un caudal abundante de gracias, con que encantar los espíritus, aprisionaba al mismo tiempo los corazones.

La solicitada doncella, con ardientes aspiraciones de gloria, con un espíritu levantado, que comprendía la mezquindad de los dones que se le ofrecían en cambio de sus gustos y placeres literarios; con un corazón deseoso, sediento de amor, y que no podía encontrar entre los que la rodeaban ni uno solo que pudiese apagar esa sed de amor infinito que la devoraba; ese ángel desterrado del cielo, pero que acaso conservaba las encantadoras reminiscencias de su antigua patria, ¿se conformaría tal vez con los goces mentidos que le ofrecía la tierra? ¿Qué era para ella el matrimonio, por más ventajas y honra que le trajese? La pérdida de su libertad! El sacrificio de sus inclinaciones! El deber de amar á quien, de seguro, no podría ni estimar en todo su valor, el tesoro de ternura y pasión que se ocultaba en su seno!

La poetisa era hija del siglo xvii, y entonces los monasterios ofrecían un puerto de refugio no sólo para el infortunio y los dolores del alma, sino también para el genio y los espíritus generosos que no pudiendo encontrar la satisfacción de sus deseos y la realización de sus esperanzas en medio de los falsos placeres del mundo, la buscaban en su íntima y perfecta unión con la fuente de todo bien, con el inagotable venero de un amor inextinguible. La cortejada hermosísima dama, la celebrada poetisa, ese carácter levantado á la vez que tierno y lleno de amor, esa mujer que sin duda tenía la conciencia de que no

podía hallar par en el mundo, como dice su biógrafo el Padre Calleja, alzó la vista al cielo; y renunciando á cuanto la pompa mundana le presentaba, y á los dulces placeres de un amor legítimo, y al irresistible atractivo del risueño hogar y la familia, y tal vez hasta á los dorados ensueños de la fama y gloria, abandona para siempre la corte vireinal de que era el más preciado ornamento, da su adiós eterno al mundo, y busca en la quietud y el retiro de un convento la paz de su espíritu y la satisfacción de ese amor ardiente é infinito que abrasaba y consumía su existencia.

Inmenso fué por cierto el sacrificio; y la misma poetisa nos revela las vacilaciones en que se agitó su espíritu durante los días que precedieron á su ingreso al monasterio. «Esto me hizo vacilar algo en mi resolución — dice sor Juana, refiriéndose á los inconvenientes de la vida monástica — hasta que alumbrándome personas doctas, ... tomé el estado que tan indignamente tengo. Pensé yo que huía de mí misma; pero ¡miserable de mí! trájeme á mí conmigo, y traje á mi mayor enemigo en esta inclinación que no sé determinar si por prenda, ó castigo me dió el cielo...»

Decidida á dejar el mundo que no podía llenar sus aspiraciones, la hermosa doncella entró como novicia en el antiguo convento de Teresas; pero la severidad de la regla en las carmelitas reformadas quebrantó en poco tiempo la salud de la joven poetisa, y se resolvió entonces á trasladarse al monasterio de San Gerónimo, en Méjico, donde al fin hizo su religiosa y solemne profesión.

Diez y siete años no cumplidos tenía entonces la celebrada y bella poetisa, que tan cortejada y aplaudida habia sido en el siglo. Más si en el retiro del laustro iba á verse libre de las galanterías de sus



desengañados amantes, hasta su celda debían seguirla los entusiastas aplausos de sus admiradores y el deseo que la consumía de nutrir su espíritu con el estudio de las ciencias y las letras. A ésta, para ella, gratisima ocupacion consagraba todos los momentos de que podía disponer, sin perjuicio del cumplimiento exacto de sus deberes religiosos, *pues* — como dice la misma Sor Juana — *lo que sólo deseaba era estudiar para ignorar ménos.* »

¡Cuántas contrariedades le esperaban, sin embargo, en el retiro del claustro! ¡Cuánto se vió obligada á sufrir por su inclinacion irresistible al estudio! Ora interrumpían sus ocupaciones favoritas las molestias de la vida en comunidad; ora las insulsas é impertinentes visitas de sus admiradores; ya los médicos prohibiéndole, como medida de salud, sus lecturas y trabajos literarios; ya, en fin, teniendo que obedecer las órdenes de alguna « prelada muy santa y muy cándida — como dice la misma Sor Juana — que creyó que el estudio era cosa de inquisicion. » Todas estas contradicciones y otras mil á que se vió sujeta esa mujer ardiente é impresionable, no podían ménos que amargar su existencia, que herir su corazón; y, sin embargo, sus hermanas jamás notaron en ella ni un rasgo de impaciencia, ni le oyeron una palabra de queja, ni siquiera le advirtieron un momento de mal humor. Llena de resignacion, de dulzura y de bondad, fué siempre amada, solicitada y preferida por sus compañeras las demás religiosas, á quienes proporcionaba distracciones, consuelos y alegrías.

Así pasó la poetisa los veintisiete años de su vida monástica, logrando obtener al mismo tiempo profundos conocimientos en filosofía, literatura, historia, idiomas, matemáticas y física. En la música fué no

sólo notable, sino prodigiosa; y en confirmacion de nuestro aserto, vamos á copiar algunas palabras del Padre Calleja, á quien ya hemos tenido ocasion de citar. « Pareciéndole — dice — que las ciencias que habia estudiado no podían ser de provecho á su religiosa familia, donde se profesa con esmero tan edificativo el arte de la música, por agradecer á sus carísimas hermanas el hospedaje cariñoso que todas le hicieron, estudió el arte muy de propósito; y le alcanzó con tal felicidad, que compuso otro nuevo y más fácil, en que se llega á su perfecto uso sin los rodeos del antiguo método: obra, de los que esto entienden, tan alabada, que bastaba ella sola, dicen, para hacer á Sor Juana famosa en el mundo. »

En Noviembre de 1690 la poetisa recibió una carta que, bajo el seudónimo de Filotea de la Cruz, le dirigió el Reverendo Obispo de Puebla don Manuel Fernandez, en la que, á vuelta de grandes elogios tributados á Sor Juana, con ocasion de un opúsculo escrito por ella, impugnando una pieza oratoria del Padre Vieyra, la exhorta y amonesta á que abandone el estudio de las letras profanas y se consagre exclusivamente al cumplimiento de sus deberes religiosos. « Mucho tiempo, — le dice el Obispo — mucho tiempo ha gastado V. en el estudio de los filósofos y poetas; ya será razon que se perfeccionen los empleos y se mejoren los libros. »

Admirable es Sor Juana contestando al Obispo; y si son de aplaudirse en la monja su pasmosa erudicion, sus profundos conocimientos en las letras sagradas y profanas y sus ideas avanzadas y trascendentales respecto de la educacion de la mujer; no puede uno ménos que aplaudirla y venerarla al ver la dignidad con que defiende sin embozo y sin que la arredren las

preocupaciones de su siglo, su libertad de pensar, la de exponer sus ideas y la de emitir sus juicios. ¡Qué arranque tan noble y elevado el de esta mujer prodigiosa, cuando exclama con el valor que le presta su genio : « Mi entendimiento, tal cual, ¿no es tan libre como el del Padre Vieyra, pues viene de un solar? »

La contestacion de la monja fué victoriosa; y, sin embargo de todo, dejándose Sor Juana arrastrar por la fogosidad de su espíritu y por la exaltacion religiosa de su época, hace una confesion general de sus culpas, manda que se vendan sus instrumentos científicos, diversos objetos de arte con que habia sido obsequiada por sus admiradores, y más de cuatro mil volúmenes que formaban su querida biblioteca, distribuyéndose el producto entre los pobres; escribe y firma con su propia sangre dos fervorosas protestas de su fé católica, y se encierra en su celda, de la que no sale sino para concurrir á los ejercicios religiosos de la comunidad, no dejando en su triste habitacion más que un crucifijo, ante quien llorar, cilicios y disciplinas con que mortificarse y dos ó tres libros ascéticos que le recuerden á cada momento la miseria y vanidad del mundo y los eternos goces del cielo, prometidos á los que han regado la tierra con sus lágrimas.

Sólo un espíritu levantado como el de nuestra monja, y el que haya sentido como ella esa inclinacion irresistible al estudio, que vino á ser el carácter distintivo de la poetisa, podrán comprender todo el valor, toda la abnegacion que necesitó Sor Juana para consumir su inmenso sacrificio. Y lloró tanto la enorme culpa de haberse consagrado á las ciencias y á las letras, y se entregó con tanto ardor á la penitencia, que su confesor se creyó obligado á moderar

su exaltacion religiosa y á contenerla en sus duras y rigurosas mortificaciones.

Más de tres años trascurrieron de esta manera : años de sufrimientos en que se acrisoló la virtud monástica de Sor Juana, y en que arrancando de sus sienes la corona de laurel que las refrescaba, se ciñó la de espinas, y marchó con paso firme á la cima de su Calvario. ¡Ay! el genio se redime con el martirio, y la inmortal poetisa tuvo que desgarrar su corazón, como precio de la fama y gloria que la rodeaban.

El cielo se compadeció de tanto dolor : el tifo que se enseñoreó de Méjico durante la primavera de 1695, invadió el monasterio de San Gerónimo, y muchas religiosas se vieron acometidas de la peste. Entónces Sor Juana, como un ángel de bondad, vela, asiste y consuela á las febricitantes; no abandona la cabecera de sus hermanas que sufren, y en su obra de ardiente amor, cae tambien ella herida por la peste, y muere, víctima de su celo caritativo, en la mañana del 17 de Abril de 1695.

El alma de la mártir voló á descansar al seno de Dios; la fama y gloria de la poetisa serán inmortales en la tierra.

Para juzgar imparcialmente las obras de Sor Juana Inés de la Cruz, preciso es tener en cuenta lo que fué la literatura española en el siglo xvii, durante los reinados de Felipe IV y Carlos II.

Con las glorias militares de España habian desaparecido tambien sus altas glorias literarias; y en pos de Herrera y Fray Luis de Leon, de Cervántes y Lope, de Ruiz de Alarcon y Moreto, de los Argensolas y Calderon, habia presentádose en el palenque de las

letras un ingenio, notable sin duda, pero que pretendiendo dar á la poesia castellana más tono y vigor de los que hasta entónces hubiera tenido, no consiguió otra cosa que depravar el gusto literario de la Península española con la introduccion de un lenguaje extravagante é ininteligible. Don Luis de Góngora y Argote, fundador del *culteranismo*, fué el corruptor de las letras castellanas; y las innovaciones por él introducidas, y adoptadas y seguidas por la mayor parte de sus contemporáneos y sucesores, trajeron consigo las más tristes y lamentables consecuencias, conduciendo á la literatura patria á su mayor degradacion y envilecimiento.

El gusto literario se habia perdido así en España como en sus colonias, cuando apareció en la escena nuestra célebre poetisa : no es de extrañar, por lo mismo, que sus obras, fruto de una época de degeneracion politica y literaria, estén marcadas con el sello característico de su siglo y de la escuela en que nacieron. El *culteranismo* es lo que en ellas domina; y al lado de bellezas de primer orden que prueban el altísimo ingenio de Sor Juana, se encuentran el falso brillo, el retruécano y la profusion de adornos que distinguen la escuela de Góngora, envueltos en un lenguaje embrollado, ampuloso y enigmático.

El Sr. Arróniz, al hablar de nuestra celebrada poetisa, dice con mucho acierto : « Las obras de Sor Juana revelan en parte el agudo ingenio, la gran lectura, la viveza de carácter y las demas preciosas dotes que la adornaban; pero como se escribieron en la época de la corrupcion de la literatura española, empresa debida en su mayor parte al ingenioso y osado Góngora, así es que abundan en retruécanos, alambicamiento de ideas, sutilezas, amaneramiento, trivialidad; y de

tal manera, que apénas bastan á compensar tantos defectos las cualidades magníficas de su gran talento; pero buscando el verdadero punto de vista para considerarlas, colocándose en la época en que se escribieron, y pesando los recursos con que contó su autora, son una prueba maravillosa y un monumento inmortal de su larga y merecida celebridad. »

Los defectos del *culteranismo* son los que se notan en la mayor parte de las obras de nuestra monja. Sor Juana fué una admiradora entusiasta de Góngora, y no es extraño que lo tomase por modelo y lo siguiese no sólo en sus aciertos y bellezas, sino tambien en sus errores y extravagancias. Pagó así el tributo debido á su siglo; y, además, ¿« qué escuela, ni qué ejemplos — como dice muy bien un entendido crítico de nuestros días — podia tener Sor Juana en un rincón de la tierra, y en el estrecho recinto de un claustro, rodeada generalmente de personas vulgares y limitadas, en una época de censura y represion, sin más mundo donde extenderse que las tardías comunicaciones con la metrópoli, y sin otro horizonte que la pared de las casas vecinas? »

Sin embargo de todo, las poesías de esta mujer prodigiosa abundan en ingenio y agudeza, son ricas en su forma y notables en el colorido : algunas no carecen de sentimiento, y en todas es de admirarse esa difícil facilidad que nos encanta en los verdaderos poetas.

Tiempo es ya de que hagamos notar, siquiera sea de paso, algunas de las bellezas que recomiendan las obras de Sor Juana, ya que tanto hemos hablado de sus extravíos y defectos.

El soneto, género tan difícil en la poesia lírica, mereció de nuestra monja una particular predileccion; y

es verdad que pocos sonetos suyos son los que no logran llamar la atención de los lectores. No podemos ménos que copiar aquí el que dedicó á Lucrecia.

¡Oh famosa Lucrecia, gentil dama,  
De cuyo ensangrado noble pecho  
Salió la sangre que extinguió, á despecho  
Del rey injusto, la lasciva llama!

¡Oh, con cuánta razón el mando aclama  
Tu virtud, pues por premio de tal hecho, ¡  
Aún es para tus sienes cerco estrecho  
La amplísima corona de tu fama!

Pero si el modo de tu fin violento  
Puedes borrar del tiempo y sus anales,  
Quita la punta del puñal sangriento

Con que pusiste fin á tantos males;  
Que es mengua de tu honrado sentimiento  
Decir que te ayudaste de puñales.

Moral es el pensamiento que encierra esta composición, y está expresado con maestría y como debe hacerlo un poeta cristiano; porque si bien es de aplaudirse y admirar la heroica honestidad de la dama romana, se lamenta y reprueba el suicidio á que apeló Lucrecia, como á supremo remedio de sus males.

Fáciles, ingeniosos, bellísimos son casi generalmente los romances de nuestra celebrada Sor Juana. Sirva de prueba el siguiente :

Finjamos que soy feliz,  
Triste pensamiento, un rato;  
Quizá podreis persuadirme,  
Aunque yo sé lo contrario.  
Que, pues sólo en la aprension  
Dicen que estriban los daños,  
Si os imagináis dichoso,  
No sereis tan desdichado.  
Sirvame el entendimiento  
Alguna vez de descanso,

Y no sienpre esté el ingenio  
Con el provecho encontrado.  
Todo el mundo es opiniones,  
De pareceres tan varios,  
Que lo que el uno cree negro.  
El otro prueba que es blanco.  
A unos sirve de atractivo  
Lo que otro concibe enfado;  
Y lo que éste por alivio,  
Aquel tiene por trabajo.  
El que está triste, censura  
Al alegre de liviano;  
Y el que está alegre, se burla  
De ver al triste penando.  
Los dos filósofos griegos  
Bien esta verdad probaron,  
Pues lo que en el uno risa,  
Causaba en el otro llanto.  
Célebre su oposicion  
Ha sido, por siglos tantos,  
Sin que cual acertó esté  
Hasta ahora averiguado.  
Antes en sus dos banderas  
El mundo todo alistado,  
Conforme el humor le dicta,  
Sigue cada cual el bando.  
Uno dice que de risa  
Sólo es digno el mundo vario;  
Y otro, que sus infortunios  
Sólo son para llorados.  
Para todo se halla prueba  
Y razon en que fundarlo;  
Y no hay razon para nada,  
De haber razon para tanto.  
Todos son iguales jueces,  
Y siendo iguales y varios,  
No hay quien pueda decidir  
Cuál es lo más acertado;  
Pues si no hay quien lo sentencie,  
¿Por qué pensais vos, errado,  
Que os comelió Dios á vos  
La decision de los casos?  
¿O por que, contra vos mismo,  
Severamente inhumano,  
Entre lo amargo y lo dulce  
Quereis elegir lo amargo?

Si es mio mi entendimiento,  
¿Por qué siempre he de encontrarlo  
Tan torpe para el alivio,  
Tan agudo para el daño?  
El discurso es un acero  
Que sirve por ambos cabos :  
De dar muerte por la punta,  
Por el pomo de resguardo.  
Si vos sabiendo el peligro,  
Quereis por la punta usarlo,  
¿Qué culpa tiene el acero  
Del mal uso de la mano?  
No es saber, saber hacer  
Discursos sùtiles, vanos,  
Que el saber consiste sólo  
En elegir lo más sano.  
Especular las desdichas  
Y examinar los presagios,  
Sólo sirve de que el mal  
Crezca con anticiparlo.  
En los trabajos futuros  
La atención sutilizando,  
Más formidable que el riesgo  
Suele fingir el amago.  
¿Qué feliz es la ignorancia  
Del que indoctamente sabio,  
Halla de lo que padece  
En lo que ignora, sagrado!  
No siempre suben seguros  
Vuelos de ingenio osados,  
Que buscan trono en el fuego  
Y hallan sepulcro en el llanto.  
También es vicio el saber,  
Que si no se va atajando,  
Cuando ménos se conoce  
Es más nocivo el estrago.  
Y si el vuelo no le abaten,  
En sutilezas cebado  
Por cuidar de lo curioso  
Olvida lo necesario.  
Si culta mano no impide  
Crecer al árbol copado,  
Quitán la sustancia al fruto  
La locura de los ramos.  
Si andar á nave ligera  
No estorba lastre pesado,

Sirve el vuelo de que sea  
El precipicio más alto.  
En amenidad inútil  
¿Qué importa al florido campo,  
Si no halla fruto el otoño,  
Que ostente flores el mayo?  
¿De qué le sirve al ingenio  
El producir muchos partos,  
Si á la multitud le sigue  
El malogro de abortarlos?  
Y á esta desdicha, por fuerza,  
Ha de seguirse el fracaso  
De quedar el que produce,  
Si no muerto, lastimado.  
El ingenio es como el fuego  
Que con la materia ingrato,  
Tanto la consume más  
Cuanto él se ostenta más claro.  
Es de su propio señor  
Tan rebelado vasallo,  
Que convierte en sus ofensas  
Las armas de su resguardo.  
Este pésimo ejercicio,  
Este duro afán pesado,  
Á los hijos de los hombres  
Dió Dios para ejercitarlos.  
¿Qué loca ambición nos lleva  
De nosotros olvidados?  
Si es para vivir tan poco  
De qué sirve saber tanto?  
¡Oh, si como hay de saber,  
Hubiera algun seminario,  
O escuela, donde á ignorar  
Se enseñaran los trabajos!  
¿Qué felizmente viviera  
El que flojamente cauto  
Burlara las amenazas  
Del influjo de los astros!  
Aprendamos á ignorar  
Pensamientos, pues hallamos  
Que cuanto añado al discurso,  
Tanto le usurpo á los años.

Defectos tiene sin duda el romance anterior; pero  
exceden á estos las bellezas, y nadie podrá negar que  
es una composición de mérito notable.

Conocidas son de todos los amantes de lo bello las valientes, ingeniosas y sonoras redondillas que nuestra monja consagró á la defensa de la mujer. No podemos resistir á la tentacion de copiarlas :

Hombres necios, que acusais  
A la mujer sin razon,  
Sin ver que sois la ocasion  
De lo mismo que culpais ;

Si con ansia sin igual  
Solicitais su desden,  
¿ Porqué quereis que obren bien  
Si las incitais al mal ?

Lombatis su resistencia,  
luégo con gravedad  
Decis que fué liviandad  
que hizo la diligencia.

parecer quiere el denuedo  
de vuestro parecer loco  
Al niño que pone el coco  
Y luégo le tiene miedo.

Quereis con presuncion necia  
Hallar á la que buscáis  
Para pretendida, Thais,  
Y en la profesion Lucrecia.

¿ Qué humor puede ser más raro  
Que el que, falto de consejo,  
El mismo empaña el espejo,  
Y siente que no esté claro ?

Con el favor y el desden  
Teneis condicion igual,  
Quejándoos si os tratan mal,  
Burlándoos si os quieren bien.

Opinion ninguna gana,  
Pues la que más se recata,  
Si no os admite, es ingrata,  
Y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andais,  
Que con desigual nivel,

A una culpais por cruel  
Y á otra por fácil culpais.

¿ Pues cómo ha de estar templada  
La que vuestro amor pretende,  
Si la que es ingrata ofende,  
Y lo que es fácil, enfada ?

Más entre el enfado y pena,  
Que vuestro gusto refiere,  
Bien haya la que no os quiere,  
Y quejaos enhorabuena.

Dan vuestras amantes penas  
A sus libertades alas,  
Y despues de hacerlas malas,  
Las quereis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido  
En una pasion errada,  
La que cae de rogada,  
O el que ruega de caído ?

¿ Ó cuál es de más culpar  
Aunque cualquiera mal haga,  
La que peca por la paga,  
Ó el que paga por pecar ?

¿ Pues para qué os espantais  
De la culpa que teneis ?  
Queredlas cual las haceis,  
Ó hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,  
Y despues con más razon  
Acusareis la aficion  
De la que os fuere á rogar.

Bien con muchas armas fundo  
Que lidia vuestra arrogancia,  
Pues en promesa é instancia  
Juntais diablo, carne y mundo.

En «el divino Narciso», composicion, en su conjunto, bastante defectuosa, se hallan trozos poéticos de una belleza verdaderamente admirable. En efecto, cuánto sabor de buen gusto, á vuelta de algunos pequeños

resabios de la época en que fuéron escritas, se encuentra, en las estrofas que á continuacion copiamos! Tal nos parece, al leerlas, que al pié de ellas vamos á encontrar el nombre de San Juan de la Cruz, ó el de algun otro poeta místico del afamado siglo xvi, de ese siglo llamado, con razon, de oro para la literatura española :

Ovejuela perdida,  
De tu dueño olvidada,  
¿A dónde vas errada?  
Mira que dividida

De mí, tambien te apartas de tu vida.

En mis finezas piensa;  
Verás que siempre amante  
Te guardo vigilante,  
Te libro de la ofensa,

Y que pongo la vida en tu defensa.

Mira que mi hermosura  
De todos es amada,  
De todos es buscada  
Sin reservar criatura,

Y sólo á ti te elige tu ventura.

Yo tengo de buscarte,  
Y aunque tema perdida,  
Por buscarte, la vida,  
No tengo de dejarte,

Que antes quiero perderla por hallarte.

Pregunta á tus mayores  
Los beneficios míos,  
Los abundantes ríos,  
Los pastos y verdores

En que te aposentaron mis amores.

En un campo de abrojos,  
En tierra no habitada  
Te hallé solo, arriesgada  
Del lobo á ser despojos,

Y te guardé cual niña de mis ojos.

Trájeteme á la verdura  
Del más ameno prado,

Donde te ha apacentado  
De la miel la dulzura  
Y aceite que manó de peña dura.

Del trigo generoso  
La médula escogida  
Te sustentó la vida.  
Hecho manjar sabroso,  
Y el licor de las uvas oloroso.

Engordaste, y lozana,  
Soberbia y engreida  
De verte tan lucida,  
Altivamente vana  
Mi belleza olvidaste soberana.

Buscaste otros pastores  
A quien no conocieron  
Tus padres, ni los vieron,  
Ni honraron tus mayores,  
Y con esto incitaste mis furores.

Y prorumpi enojado :  
Yo esconderé mi cara:  
A cuyas luces pára  
Su cara el sol dorado,  
De este ingrato, perverso, infiel ganado.

Yo haré que mis furores  
Los campos les abrasen,  
Y la yerba que pacen;  
Y talen mis ardores  
Aún los montes que son más superiores.

Mis saetas ligeras  
Les tiraré, y el hambre  
Corte el vital estambre;  
Y de aves carniceras  
Serán mordidos y de bestias fieras.

Probarán los furores  
De arrastradas serpientes;  
Y en muertes diferentes  
Obrarán mis rigores,  
Fuera el cuchillo y dentro los temores.

Mira que soberano  
Soy, que no hay más fuerte,  
Que yo doy vida y muerte.

Que yo hiero, yo sano,  
Y que nadie se escapa de mi mano.

Varios lunares encontramos en la anterior composición; pero preciso es confesar que son superiores las bellezas que en ella nos seducen y cautivan.]

Sin quererlo y casi sin sentirlo hemos dejado correr la pluma al emitir nuestro humilde juicio crítico sobre las bellezas y los defectos literarios de nuestra celebrada poetisa. No se nos podrá tachar de indulgentes, pero ménos todavía de severos en nuestras apreciaciones: pertenecemos á una escuela que se complace más en encontrar motivos de alabanza que ocasiones de censura en las producciones del hombre; y sin buscar en ellas la perfección absoluta, celebramos, aplaudimos y admiramos las bellezas del ingenio, y procuramos, hasta donde nos es posible, dejar inadvertidas las faltas que son como el distintivo característico de las obras de la humanidad.

Ingeniosas, agudas, sentidas á veces, pero siempre ricas en la forma y en el colorido, las poesías de Sor Juana Inés de la Cruz se resienten de los errores y defectos de la época en que fuéron escritas. Nadie, sin embargo, se ha atrevido hasta hoy á poner siquiera en duda, que la monja mejicana logró ceñir á sus sienes la corona inmarcesible del poeta; que su ilustre nombre es un timbre de gloria para el suelo privilegiado en que se meció su cuna, y que sus obras serán siempre la admiración de los que saben cuántas vigiliass, contrariedades y amarguras debieron costar á esa mujer prodigiosa la vasta erudición, la abundante doctrina y el no despreciable saber que nos ha legado en sus escritos.

R. B. DE LA COLINA.

Puebla, Junio de 1881.

## POESÍAS LÍRICAS



Que yo hiero, yo sano,  
Y que nadie se escapa de mi mano.

Varios lunares encontramos en la anterior composición; pero preciso es confesar que son superiores las bellezas que en ella nos seducen y cautivan.]

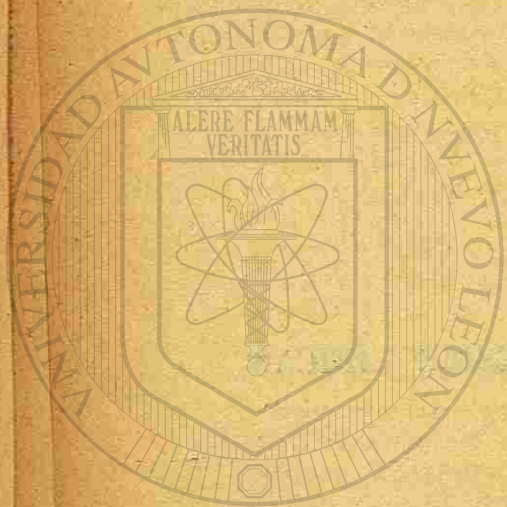
Sin quererlo y casi sin sentirlo hemos dejado correr la pluma al emitir nuestro humilde juicio crítico sobre las bellezas y los defectos literarios de nuestra celebrada poetisa. No se nos podrá tachar de indulgentes, pero ménos todavía de severos en nuestras apreciaciones: pertenecemos á una escuela que se complace más en encontrar motivos de alabanza que ocasiones de censura en las producciones del hombre; y sin buscar en ellas la perfección absoluta, celebramos, aplaudimos y admiramos las bellezas del ingenio, y procuramos, hasta donde nos es posible, dejar inadvertidas las faltas que son como el distintivo característico de las obras de la humanidad.

Ingeniosas, agudas, sentidas á veces, pero siempre ricas en la forma y en el colorido, las poesías de Sor Juana Inés de la Cruz se resienten de los errores y defectos de la época en que fuéron escritas. Nadie, sin embargo, se ha atrevido hasta hoy á poner siquiera en duda, que la monja mejicana logró ceñir á sus sienes la corona inmarcesible del poeta; que su ilustre nombre es un timbre de gloria para el suelo privilegiado en que se meció su cuna, y que sus obras serán siempre la admiración de los que saben cuántas vigiliás, contrariedades y amarguras debieron costar á esa mujer prodigiosa la vasta erudición, la abundante doctrina y el no despreciable saber que nos ha legado en sus escritos.

R. B. DE LA COLINA.

Puebla, Junio de 1881.

## POESÍAS LÍRICAS



Esos versos, lector mio,  
Que á tu deleite consagro  
Y sólo tienen de buenos  
Conocer yo que son malos,

No disculpártelos quiero,  
Ni quiero recomendarlos,  
Porque eso fuera querer  
Hacer de ellos mucho caso.

No agradecido te busco,  
Pues no debes, bien mirado,  
Estimar lo que yo nunca  
Juzgué que fuera á tus manos.

En tu libertad te pongo  
Si quisieres conservarlos,  
Pues de que al cabo te estás  
En ella estoy muy al cabo.

No hay cosa más libre que  
El entendimiento humano;  
Pues lo que Dios no violenta,  
¿Por qué yo he de violentarlo?

Dí cuanto quisieres de ellos,  
Que cuando más inhumano

Me los mordieres, entónces  
Me quedas más obligado;

Pues le debes á mi Musa  
El más sazonado plato,  
Que es el murmurar, segun  
Un adagio cortesano.

Y siempre te sirvo, pues  
O te agrado ó no te agrado?  
Si te agrado, te diviertes;  
Murmuras si no te cuadro.

Bien pudiera yo decirte  
Por disculpa, que no ha dado  
Lugar para corregirlos  
La priesa de los traslados;

Que van de diversas letras,  
Y que algunas, de muchachos,  
Matan de suerte el sentido,  
Que es cadáver el vocablo;

Y que cuando los he hecho,  
Ha sido en el corto espacio  
Que dieron al ocio las  
Precisiones de mi estado;

Que tengo poca salud  
Y continuados trabajos,  
Tales, que aún diciendo esto,  
Llevo la pluma trolando.

Pero todo eso no sirve,  
Pues pensarás que me jacto  
De que quizas fueran buenos  
Á haberlos hecho despacio.

Y no quiero que tal creas,  
Sino sólo que es el dárlos  
Á la luz tan sólo por  
Obedecer un mandato.

Esto es, si gustas creerlo,  
Que en probarlo no me afano,  
Pues, al cabo, harás lo que  
Se te pusiere en los cascós.

Y adios, que esto no es más de  
Darte la muestra del paño:  
Si no te agrada la pieza,  
No desenvuelvas el fardo.

## SONETO

A LA EXCMA. SRA. CONDESA DE PARÉDES

El hijo que la esclava ha concebido  
Dice el derecho que le pertenece  
Al legítimo dueño, que obedece  
La esclava madre de quien es nacido.

El que retorna, el campo agradecido,  
Opimo fruto, que obediente ofrece,  
Es del Señor, pues si fecundo crece,  
Se lo debe al cultivo recibido.

Así, Lisi divina, estos borrones  
Que hijos del alma son, partos del pecho,  
Será razon que á tí te restituya;

Y no lo impidan sus imperfecciones,  
Pues vienen á ser tuyos de derecho  
Los conceptos de un alma que es tan tuya.

## SONETO

Este que ves engaño colorido,  
Que del arte ostentando los primores,  
Con falsos silogismos de colores  
Es cauteloso engaño del sentido;

Este en quien la lisonja ha pretendido  
Excusar de los años los horrores,  
Y venciendo del tiempo los rigores  
Triunfar de la vejez y del olvido,

Es un vano artificio del cuidado,  
Es una flor al viento delicada,  
Es un resguardo inútil para el hado,

Es una necia diligencia errada,  
Es un afan caduco, y bien mirado  
Es cadáver, es polvo, es sombra, es nada.

## SONETO

Que no me quiera Fabio al verse amado,  
Es dolor sin igual, en mi sentido;  
Más que me quiera Silvio aborrecido,  
Es menor mal, mas no menor enfado.

¿Qué sufrimiento no estará causado  
Si siempre le resuenan al oído,  
Tras la vana arrogancia de un querido  
El cansado gemir de un desdenado?

Si de Silvio me cansa el rendimiento,  
A Fabio canso con estar rendida;  
Si de este busco el agradecimiento,

A mí me busca el otro agradecida;  
Por activa y pasiva es mi tormento  
Pues padezco en querer y en ser querida.

## SONETO

Al que ingrato me deja busco amante,  
Al que amante me sigue dejo ingrata;  
Constante adoro á quien mi amor maltrata,  
Maltrato á quien mi amor busca constante.

Al que trato de amor hallo diamante,  
Y soy diamante al que de amor me trata;  
Triunfante quiero ver al que me mata,  
Y mato á quien me quiere ver triunfante.

Si á éste pago, padece mi deseo;  
Si ruego á aquel, mi pundonor enojo:  
De entrambos modos infeliz me veo;

Pero yo por mejor partido escojo  
De quien no quiero, ser violento empleo,  
Que de quien no me quiere, vil despojo.

## SONETO

Feliciano me adora, y le aborrezco,  
Lisardo me aborrece, y yo le adoro;  
Por quien no me apetece ingrato, lloro,  
Y á quien me llora tierno, no apetezco.

A quien más me desdora, el alma ofrezco,  
A quien me ofrece victimas, desdoro;  
Desprecio al que enriquece mi decoro,  
Y al que le hace desprecios, enriquezco.

Si con mi ofensa al uno reconvengo,  
Me reconviene el otro á mí ofendido,  
Y á padecer de todos modos vengo;

Pues ambos atormentan mi sentido,  
Aqueste con pedir lo que no tengo,  
Y aquel con no tener lo que le pido.

## SONETO

Fabio, en el ser de todas adoradas,  
Son todas las beldades ambiciosas,  
Porque tienen las aras por ociosas,  
Si no las ven de víctimas colmadas;

Y así si de uno solo son amadas,  
Viven de la fortuna querellosas,  
Porque piensan que más que ser hermosas,  
Constituye deidad el ser rogadas.

Más yo soy en aquesto tan medida,  
Que en viendo á muchas, mi atencion zozobra,  
Y sólo quiero ser correspondida

De aquel que de mi amor réditos cobra,  
Porque es la sal del gusto ser querida,  
Que daña lo que falta y lo que sobra.

## SONETO

¿ En perseguirme, mundo, qué interesas?  
¿ En qué te ofendo, cuando sólo intento  
Poner bellezas en mi entendimiento,  
Y no en el entendimiento en las bellezas?

Yo no estimo tesoros, ni riquezas,  
Y, así, siempre me causa más contento  
Poner riquezas en mi entendimiento  
Que no mi entendimiento en las riquezas.

Yo no estimo hermosura, que, vencida,  
Es despojo civil de las edades;  
Ni riqueza me agrada fementida;

Teniendo por mejor, en mis verdades,  
Consumir vanidades de la vida,  
Que consumir la vida en vanidades.

## SONETO

¿ Tan grande, ¡ ay hado!, mi delito ha sido,  
Que por castigo de él, ó por tormento,  
No basta el que adelanta el pensamiento,  
Sino el que le previenes al oído?

Tan severo en mi contra has procedido,  
Que me persuado de su duro intento  
De que sólo me diste entendimiento  
Porque fuese mi daño más crecido.

Disteme aplausos para más baldones,  
Subir me hiciste para penas tales,  
Y aún pienso que me dieron tus traiciones

Penas á mi desdicha desiguales,  
Porque, viéndome rica de tus dones,  
Nadie tuviese lástima á mis males.

## SONETO

Miró Celia una rosa que en el prado  
Ostentaba feliz la pompa vana,  
Y con afeites de carmin y grana  
Bañaba alegre el rostro delicado ;

Y dijo : goza, sin temor del hado,  
El curso breve de tu edad lozana,  
Pues no podrá la muerte de mañana  
Quitarte lo que hubieres hoy gozado ;

Y aunque llega la muerte presurosa,  
Y tu fragante vida se te aleja,  
No sientas el morir tan bella y moza :

Mira que la experiencia te aconseja  
Que es fortuna morirte siendo hermosa  
Y no ver el ultraje de ser vieja.

## SONETO

¡ Oh famosa Lucrecia, gentil dama,  
De cuyo ensangrentado noble pecho,  
Salió la sangre, que extinguió, á despecho  
Del rey injusto, la lasciva llama !

¡ Oh ! ¡ con cuánta razon el mundo aclama  
Tu virtud ; pues premio de tal hecho,  
Aún es para tus sienes cerco estrecho  
La amplisima corona de tu fama !

Pero si el modo de tu fin violento  
Puedes borrar del tiempo, y tus anales,  
Quita la punta del puñal sangriento,

Con que pusiste fin á tantos males ;  
Que es mengua de tu honrado sentimiento  
Decir que te ayudaste de puñales.



## SONETO

Intenta de Tarquino el artificio  
A tu pecho, Lucrecia, dar batalla ;  
Ya amante llora, ya modesto calla,  
Ya ofrece toda el alma en sacrificio,

Y cuando piensa ya que más propicio  
Tu pecho á tanto imperio te avasalla,  
El premio, como Sísifo, que halla,  
Es empezar de nuevo el ejercicio.

Arde furioso, y la amorosa tema  
Crece en la resistencia de tu honra,  
Con tanta privacion más obstinada.

¡Oh Providencia de deidad suprema!  
Tu honestidad motiva tu deshonra;  
Y tu deshonra te eterniza honrada!

## SONETO

La heróica esposa de Pompeyo altiva,  
Al ver su vestidura en sangre roja,  
Con generosa cólera se enoja  
De sospecharlo muerto, y estar viva.

Rinde la vida, en que el sosiego estriba  
De esposo y padre, y con mortal congoja  
La concebida sucesion arroja,  
Y de la paz con ella á Roma priva.

Si el infeliz concepto que tenia  
En las entrañas Julia, no abortara,  
La muerte de Pompeyo excusaria.

¡Oh tirana Fortuna! ¡Quién pensara  
Que con el mismo amor que la tenia,  
Con ese mismo amor se la causara!

SONETO

¿Qué pasión, Pórcia, qué dolor tan ciego  
Te obliga á ser de tí fiera homicida?  
¿Ó, en qué te ofende tu inocente vida  
Que así le das batalla á sangre y fuego?

Si la fortuna airada al justo ruego  
De tu esposo se muestra endurecida,  
Bástale el mal de ver su acción perdida,  
No acabes con tu vida su sosiego.

Deja las brasas, Pórcia, que mortales  
Impaciente tu amor elegir quiere,  
No al fuego de tu amor el fuego iguales,

Porque si bien de tu pasión se infiere,  
Mal morirá á las brasas materiales  
Quien á las llamas del amor no muere.

SONETO

De un funesto moral la negra sombra  
De horrores mil y confusiones llena,  
En cuyo hueco tronco, aún hoy, resuena  
El eco que doliente á Tisbe nombra ;

Cubrió la verde matizada alfombra,  
En que Piramo amante abrió la vena  
Del corazón, y Tisbe de su pena  
Dió la señal, que aún hoy, al mundo asombra.

Más viendo del amor tanto despecho,  
La muerte, entónces de ellos lastimada,  
Sus dos pechos juntó con lazo estrecho.

¡Más, ay de la infeliz y desdichada  
Que á su Piramo dar no puede el pecho  
Ni aún por los duros filos de una espada!

## SONETO

¿ Vesme, Alcino, que atada á la cadena  
De amor, paso, en sus hierros aherrojada,  
Miserable esclavitud, desesperada,  
De libertad y de consuelo agena?

¿ Ves de dolor y angustia el alma llena,  
De tan fieros tormentos lastimada,  
Y entre las vivas llamas abrasada  
Juzgarse por indigna de su pena?

¿ Vesme seguir sin alma un desatino,  
Que yo misma condeno por extraño?  
¿ Me vés sangre verter en el camino,

Siguiendo los vestigios de un engaño?  
¿ Muy admirado estás? Pues ves, Alcino,  
Mas merece la causa de mi daño.

## SONETO

Mandas, Anarda, que sin llanto asista  
A ver tus ojos, de lo cual sospecho  
Que el ignorar la causa es quien te ha hecho  
Querer que emprenda yo tanta conquista.

Amor, señora, sin que me resista,  
Que tiene en fuego el corazón deshecho,  
Como hace huir la sangre allá en el pecho,  
Vaporiza en ardores por la vista.

Buscan luego mis ojos tu presencia,  
Que centro juzgan de su dulce encanto,  
Y cuando mi atención te reverencia,

Los visuales rayos entretanto,  
Como hallan en tu nieve resistencia,  
Lo que salió vapor se vuelve llanto.

## SONETO

El ausente, el celoso, se provoca,  
Aquel con sentimiento, éste con ira.  
Presume éste la ofensa, que no mira,  
Y siente aquel la realidad, que toca;

Este templa, tal vez, su furia loca  
Cuando el discurso en su favor delira,  
Y sin intermision aquel suspira,  
Pues nada á su dolor la fuerza apoca.

Este allije dudoso su paciencia,  
Y aquel padece ciertos sus desvelos.  
Este al dolor opone resistencia.

Aquel, sin ella, sufre desconuelos.  
Y si es pena de daño, al fin, la ausencia  
Luégo es mayor tormento que los celos.

## REDONDILLAS

Dos dudas en que escoger  
Tengo, y no sé á cual prefiera,  
Pues vos sentis que no quiera,  
Y yo sintiera querer

Con que, si á cualquiera lado  
Quiero inclinarme, es forzoso,  
Quedando el uno gustoso,  
Que otro quede disgustado.

Si daros gusto me ordena  
La obligacion, es injusto  
Que por daros á vos gusto  
Haya yo de tener pena.

Y no juzgo que habrá quien  
Apruebe sentencia tal,  
Como que me trate mal  
Por trataros á vos bien.

Más por otra parte siento  
Que es tambien mucho rigor,  
Que lo que os debo en amor,  
Pague en aborrecimiento.

Y aún irracional parece  
Este rigor, pues se infiere  
Si aborrezco á quien me quiere,  
¿Que haré con quien aborrezco?

No sé como despacharos,  
Pues hallo al determinarme,  
Que amaros es disgustarme,  
Y no amaros, disgustaros.

Pero dar un medio justo  
En estas dudas pretendo,  
Pues no queriendo, os ofendo,  
Y queriéndoos, me disgusto.

Y sea esta la sentencia,  
Porque no os podáis quejar,  
Que entre aborrecer y amar,  
Se parta la diferencia.

De modo, que entre el rigor,  
Y el llegar á querer bien,  
Ni vos encontréis desden,  
Ni yo pueda hallar amor.

Esto el discurso aconseja,  
Pues con esta conveniencia  
Ni yo quedo con violencia,  
Ni vos os partís con queja.

Y que estarémos, infiero,  
Gustosos con lo que ofrezco ;

Vos de ver que no aborrezco ;  
Yo, de saber que no quiero.

Sólo este medio es bastante  
A ajustarnos, si os contenta,  
Que vos me logreis atenta,  
Sin que yo pase á lo amante.

Y así quedo, en mi entender,  
Esta vez bien con los dos,  
Con agradecer, con vos ;  
Conmigo, con no querer.

Que aunque á nadie llega á darse  
En esto gusto cumplido,  
Ver que es igual el partido  
Servirá de resignarse.

GLOSA

En vano tu canto suena,  
Pues no advierte en su desdicha  
Que será el fin de tu dicha  
El principio de tu pena.

El loco orgullo refrena,  
De que tan ufano estás,  
Sin advertir cuando das.

Cuenta al aire de tus bienes,  
Que si ahora dichas tienes,  
Presto celos llorarás.

En lo dulce de tu canto  
El justo temor te avisa  
Que en un amante no hay risa  
Que no se alterné con llanto.

No te desvanezca tanto  
El favor, que te hallarás  
Burlado, y conocerás

Cuanto es necio un confiado,  
Que si hoy blasonas de amado,  
Presto celos llorarás.

Advierte, que el mismo estado  
Que al amante venturoso  
Le constituye dichoso,  
Le amenaza desdichado;

Pues le da tan alto grado  
Por derribarle no más;  
Y así tú, que ahora estás

En tal altura, no ignores  
Que si hoy ostentas favores,  
Presto celos llorarás.

La gloria más levantada,  
Que amor á tu dicha ordena,  
Contéplala como ajena,  
Y tenla como prestada.

No tu ambicion engañada  
Piense que eterno serás  
En las dichas, pues verás

Que hay áspid entre las flores,  
Y que si hoy cantas favores,  
Presto celos llorarás,

## ROMANCE

Si es causa amor productivo  
De diversidad de afectos,  
Que, con producirlos todos,  
Se perfecciona á sí mismo;  
Y si el uno de los más  
Naturales son los celos,  
¿Cómo sin tenerlos puede  
El amor estar perfecto?  
Son ellos, de que hay amor,  
El signo más manifiesto,  
Como la humedad del agua,  
Y como el humo del fuego.  
No son, que dicen, de amor  
Bastardos hijos groseros,  
Sino legítimos, claros  
Sucesores de su imperio.  
Son crédito y prueba suya,  
Pues sólo pueden dar ellos  
Auténticos testimonios  
De que es amor verdadero.  
Porque la fineza, que es  
De ordinario el tesoro  
Á quien remite las pagas,  
Amor, de sus libramientos,  
¿Cuántas veces, motivada  
De otros impulsos diversos,

Ejecuta por amor,  
Decretos del galanteo?  
¿El cariño cuántas veces,  
Por dulce entretenimiento,  
Fingiendo quilates, crece  
La mitad del justo precio?  
¿Y cuántas más el discurso,  
Por ostentarse discreto,  
Acredita por amor  
Partos del entendimiento?  
¿Cuántas veces hemos visto  
Disfrazada en rendimientos  
Á la propia conveniencia,  
A la tema, ó al empeño?  
Sólo los celos ignoran  
Fábricas de fingimientos,  
Que como son locos, tienen  
Propiedad de verdaderos.  
Los gritos que ellos dan, son,  
Sin dictámen de su dueño,  
No hilaciones del discurso,  
Sino abortos del tormento.  
Como de razon carecen,  
Carecen del instrumento  
De fingir, que aquello sólo  
Es en lo irracional bueno.  
Desbocados ejercitan  
Contra sí el furor violento;  
Y no hay quien quiera en su daño  
Mentir, sino en su provecho.  
Del frenético que, fuera

De su natural acuerdo,  
Se despedaza, no hay quien  
Juzgue que finge el extremo.  
En prueba de esta verdad  
Mírense cuantos ejemplos  
En bibliotecas de siglos  
Guarda el archivo del tiempo.  
A Dido fingió el troyano,  
Mintió á Ariadna Teseo,  
Ofendió á Mínos Pasife,  
Y engañaba á Marte Venus.  
Semíramis mató á Nino,  
Elena deshonoró al Griego,  
Jason agravió á Medea  
Y dejó á Olimpia Vireno.  
Bersabé engañaba á Urías,  
Dalila al caudillo hebreo,  
Jael á Sisara horrible,  
Judít á Holoférnes fiero;  
Estos, y otros, que mostraban  
Tener amor, sin tenerlo;  
Todos fingieron amor,  
Más ninguno fingió celos.  
Porque aquel puede fingirse  
Con otro color, mas éstos  
Son la prueba del amor,  
Y la prueba de si mismos.  
Si ellos no tienen más padre  
Que el amor, luego son ellos  
Sus más naturales hijos  
Y más legítimos dueños,

Las demas demostraciones,  
Por más que finas las vemos,  
Pueden no mirar á amor,  
Sino á otros varios respectos.  
Ellos solos se hán con él  
Como la causa y efecto;  
¿Hay celos? luego hay amor;  
¿Hay amor? luego habrá celos.  
De la fiebre ardiente suya  
Son el delirio más cierto,  
Que, como están sin sentido,  
Publican lo más secreto.  
El que no los siente amando,  
Del indicio más pequeño,  
En tranquilidad de tibio  
Goza bonanzas de necio.  
Que asegurarse en las dichas  
Solamente puede hacerlo  
La villana confianza  
Del propio merecimiento.  
Bien sé que tal vez furiosos  
Suelen pasar desatentos  
Á profanar de lo amado  
Osadamente el respeto.  
Más no es esto esencia suya,  
Sino un accidente anexo  
Que, tal vez, los acompaña,  
Y, tal vez, deja de hacerlo.  
Más doy que siempre, aún debiera  
El más soberano objeto,  
Por la prueba de lo fino,



Perdonarles lo grosero.  
Mas no es, vuelvo á repetir,  
Preciso que el pensamiento  
Pase á ofender del decoro  
Los sagrados privilegios.  
Para tener celos, basta  
Sólo el temor de tenerlos  
Que ya está sintiendo el daño,  
Quien está sintiendo el riesgo.  
Temer yo que haya quien quiera  
Festejar á quien festejo,  
Aspirar á mi fortuna,  
Y solicitar mi empleo;  
No es ofender lo que adoro,  
Antes es un alto aprecio  
De pensar que deben todos  
Adorar lo que yo quiero.  
Y este es un dolor preciso,  
Por más que divino el dueño  
Asegure en confianzas,  
Prerogativas de exento.  
Decir, que este no es cuidado  
Que llegue á desasosiego,  
Podrá decirlo la boca,  
Más no comprobarlo el pecho;  
Persuadirme á que es lisonja  
Amar lo que yo apetezco,  
Aprobarme la eleccion,  
Y calificar mi empleo;  
A quien tal tiene á lisonja  
Nunca le falte este obsequio,

Que yo juzgo que aquí sólo  
Son duros los lisonjeros.  
Pues sólo fuera, á poder  
Contenerse estos afectos  
En la línea del aplauso,  
Ó en el coto del cortejo.  
Pero ¿quién con tal medida  
Les podrá tener el freno,  
Que no rompan desbocados  
El alacran del consejo?  
Y aunque ellos en sí no pasen  
El término de lo cuerdo,  
¿ Quién los podrá persuadir  
A quien los mira con miedo?  
Aplaudir lo que yo estimo  
Bien puede ser sin intento  
Segundo, mas ¿quién podrá  
Tener mis temores quedos?  
Quien tiene enemigos, suelen  
Decir, que no tenga dueño,  
Pues ¿cómo ha de sosegarle  
El que los tiene tan ciertos?  
Quien en frontera enemiga  
Descuidado ocupa el lecho,  
Sólo parece que quiere,  
Ser del contrario, trofeo.  
Aunque inaccesible sea  
El blanco, si los flecheros  
Son muchos, ¿quién asegura  
Que alguno no tenga acierto?  
Quien se alienta á competirme

Aún en menores empeños,  
Es un dogal que compone  
Mis ahogos de su aliento.  
Pues¿ qué será, el que pretende  
Excederme los afectos,  
Mejorarme las finezas,  
Y aventajar los deseos?  
¿Quién puede usurpar mis dichas?  
¿Quién puede ganarme el premio?  
Y¿ quién en galas del alma,  
Quiere quedar más bien puesto?  
¿Quién para su exaltacion  
Procura mi abatimiento,  
Y quiere comprar sus glorias  
A costa de mis desprecios?  
¿Quién pretende, con los suyos,  
Deslucir mis sentimientos,  
Que en los desaires del alma  
Es el más sensible duelo?  
Al que este dolor no llega  
Al más reservado seno  
Del alma, apueste insensible  
Competencias con el hielo.  
La confianza ha de ser  
Con proporcionado medio,  
Que deje de ser molestia,  
Sin pasar á ser despego.  
El que es discreto, á quien ama  
Le ha de mostrar que el recelo  
Lo tiene en la voluntad,  
Y no en el entendimiento.

Un desconfiar de sí,  
Y un estar siempre temiendo  
Que podrá exceder al mío  
Cualquiera mérito ageno;  
Un temer, que la fortuna  
Podrá, con airado ceño,  
Despojarme, por indigno  
Del favor, que no merezco;  
No sólo no ofende, ántes  
Es el esmalte más bello  
Que á las joyas de lo fino  
Les puede dar lo discreto.  
Y aunque algo exceda la queja,  
Nunca queda mal, supuesto  
Que es gala, de lo sentido,  
Exceder de lo modesto.  
Lo atrevido en un celoso,  
Lo irracional, y lo terco,  
Prueba es de amor, que merece  
La beca de su colegio.  
Y aunque muestre que se ofende,  
Yo sé que, por allá dentro,  
No le pesa á la más alta  
De mirar tales extremos.  
La más airada deidad,  
Al celoso más grosero  
Le está aceptando servicios,  
Los que riñe atrevimientos.  
La que se queja oprimida  
Del natural más estrecho,  
Hace ostentacion de amada

El que parece lamento.  
De la triunfante hermosura  
Tiran el carro soberbio,  
El desdichado con quejas,  
Y el celoso con despechos.  
Uno de sus sacrificios  
Es este dolor acerbo,  
Y ella ambiciosa, no quiere  
Nunca tener uno ménos.  
Oh doctísimo Montoro!  
Asombro de nuestros tiempos,  
Injuria de los Virgilio,  
Afrenta de los Homeros:  
Cuando de amor prescindiste  
Este inseparable afecto,  
Precision que sólo pudo,  
Formarla tu entendimiento,  
Bien se ve que sólo fué  
La empresa de tus talentos  
El probar lo más difícil,  
No, persuadir á creerlo.  
Al modo de aquellos que  
Sútilmente defendieron  
Que de la nube los ampos  
Se visten de color negro.  
De su sutileza fué  
Airoso, galan empeño,  
Sofística bazarria  
De tu soberano ingenio,  
Probar lo que no es probable.  
Bien se ve que fué el intento

Tuyo ; porque lo evidente  
Probado se estaba ello.  
Acudiste al partido  
Que hallaste más indefenso,  
Y á la opinion desvalida,  
Ayudaste, caballero.  
Este fué tu fin ; y así,  
Debajo de este supuesto,  
No es esta, ni puede ser,  
Réplica de tu argumento,  
Sino sólo una obediencia  
Mandada de gusto ageno,  
Cuya insinuacion en mí  
Tiene fuerza de precepto.  
Confieso que de mejor  
Gana siguiera mi genio  
El extravagante rumbo  
De tu no hollado sendero  
Pero, sobre ser difícil,  
Inaccesible lo has hecho,  
Pues el mayor imposible  
Fuera ir en tu seguimiento.  
Rumbo que estrenan las alas  
De tu remontado vuelo,  
Aún determinado al daño,  
No lo intentará un despecho.  
La opinion que yo queria  
Seguir, seguiste primero ;  
Dísteme celos, y tuve  
La contraria con tenerlos.  
Con razon se reservó

Tanto asunto á tanto ingenio,  
Que á fuerzas sólo de Atlante  
Fía la esfera su peso.  
Ténla, pues que si consigues  
Persuadirla al universo,  
Colgará el género humano  
Sus cadenas en tu templo.  
No habrá quejosos de amor,  
Y en tus dulces prisioneros,  
Serán las cadenas oro,  
Y no dorados los yerros.  
Sera la sospecha inútil,  
Estará ocioso el recelo,  
Desterará el rindicio,  
Y perderá el sér el miedo.  
Todo será dicha, todo  
Felicidad y contento,  
Todo venturas; y, en fin,  
Pasará el mundo á ser cielo.  
Deberánle los mortales  
A tu valeroso esfuerzo,  
La más dulce libertad  
Del más duro cautiverio.  
Mucho te deberán todos,  
Y yo, más que todos, debo  
Las discretas instrucciones  
A las luces de tus versos.  
Dálos á la estampa, porque  
En caracteres eternos  
Viva tu nombre, y con él  
Se extienda al comun provecho.

## LIRAS

A estos peñascos rudos,  
Mudos testigos del dolor que siento,  
Que sólo, siendo mudos,  
Pudiera yo fiarles mi tormento,  
Si acaso de mis penas lo terrible  
No infunde lengua y voz en lo insensible;  
Quiero contar mis males,  
Si es que yo sé los males de que muero,  
Pues son mis penas tales,  
Que si contarlas, por alivio, quiero,  
Le son una con otra atropellada,  
Dogal á la garganta, al pecho espada  
No envidia dicha agena,  
Que el mal eterno que en mi pecho lidia  
Hace incapaz mi pena  
De que pueda tener tan alta envidia;  
Es tan mísero estado en él que peno,  
Que como dicha envidia el mal ageno.  
No pienso yo si hay glorias,  
Porque estoy de pensarlo tan distante,  
Que aún las dulces memorias  
De un pasado bien, tan ignorante  
Las mira de mi mal el desengaño,  
Que ignoro si fué bien, y sé que es daño.

Esténse allá en su esfera  
Los dichosos, que es cosa en mi sentido  
Tan remota, tan fuera  
De mi imaginacion, que sólo mido,  
Entre lo que padecen los mortales,  
Lo que distan sus males de mis males.  
¡ Quién tan dichosa fuera,  
Que de un agravio indigno se quejara !  
¡ Quién un desden llorara !  
¡ Quién un alto imposible pretendiera !  
¡ Quién llegara, de ausencia, ó de mudanza,  
Casi á perder de vista la esperanza !  
¡ Quién en agenos brazos  
Viera á su dueño, y con dolor rabioso  
Se arrancara á pedazos.  
Del pecho ardiente el corazon celoso !  
Pues fuera menor mal, que mis desvelos,  
El infierno insufrible de los celos.  
Pues todos estos males  
Tienen consuelo, ó tienen esperanza,  
Y los más son iguales,  
Solicitan, ó animan la venganza,  
Y sólo de mi fiero mal se aleja  
La esperanza, venganza, alivio y queja.  
Porque ¿ á quién, sino al cielo  
Que me robó mi dulce prenda amada,  
Podrá mi desconsuelo  
Dar sacrilega queja destemplada ?  
Y él con sordas rectísimas orejas  
A cuenta de blasfemias pondrá quejas.  
Ni Fabio fué grosero,

Ni ingrato, ni traidor, ántes amante,  
Con pecho verdadero ;  
Nadie fué más leal ni más constante,  
Nadie más fino supo, en sus acciones,  
Finezas añadir á obligaciones.  
Sólo el cielo envidioso  
Mi esposo me quitó ; la Parca dura,  
Con ceño riguroso,  
Fué sólo autor de tanta desventura.  
¡ Oh cielo riguroso ! ¡ Oh triste suerte,  
Que tantas muertes dás con una muerte !  
¡ Ay dulce esposo amado !  
¿ Para qué te vi yo ? ¿ Porque te quise,  
Y porqué tu cuidado  
Me hizo con las venturas infelice ?  
¡ Oh dicha fementida, y lisonjera,  
Quién tus amargos fines conociera !  
¿ Qué vida es esta mía,  
Que rebelde resiste á dolor tanto ?  
¿ Porque necia porfía,  
Y en las amargas fuentes de mi llanto,  
Atenuada no acaba de extinguirse,  
Si no puede en mi fuego consumirse ?

## ENDECHAS

Ahora, que conmigo  
Sola en este retrete,  
Por pena, ó por alivio,  
Permite amor que quede.

Ahora, pues, que hurtada  
Estoy, un rato breve,  
De la atención de tantos  
Ojos impertinentes.

Salgan del pecho, salgan  
En lágrimas ardientes,  
Las represadas penas  
De mis ansias crueles.

Afuera ceremonias  
De atenciones corteses,  
Alivios afectados,  
Consuelos aparentes.

Salga el dolor de madre,  
Y rompa vuestras fuentes,  
Del raudal de mi llanto  
El rápido torrente.

En exhalados rayos  
Salgan, confusamente,  
Suspiros que me abrasen,  
Lágrimas que me aneguen.

Corran de sangre pura,  
Que mi corazón vierte,  
De mis perennes ojos  
Las dolorosas fuentes.

Dé voces mi dolor,  
Que empañen indecentes  
Estos espejos puros  
De la esfera celeste.

Publique con los gritos  
Que ya sufrir no puede,  
Del tormento inhumano  
Las cuerdas inclementes

Ceda al amor el juicio,  
Y con extremos muestre  
Que es sólo de mi pecho  
El duro presidente.

En fin, murió mi esposo;  
Pues, ¿ cómo indignamente,  
Yo la suya pronuncie,  
Sin pronunciar mi muerte?

¡ El sin vida! ¿ Y yo animo  
Este compuesto débil?

¿ Yo con voz, y él difunto?  
¿ Yo viva, cuando él muere?

No es posible; sin duda,  
Que con mi amor, aleve,  
Ó la pena me engaña,  
Ó la vida me miente!

Si él era mi alma y vida,  
¿ Cómo podrá creerse,  
Que sin alma me anime,  
Que sin vida me aliente?

¿ Quién conserva mi vida?  
¿ Ó de adónde le viene  
Aire con que respire  
Calor que la fomenta?

Sin duda que es mi amor,  
El que mi pecho enciende,  
Estas señas que en mí  
Parecen de viviente.

Y como en un madero  
Que abrasa el fuego ardiente,  
Nos parece que luce  
Lo mismo que padece;

Y cuando el vegetable  
Humor en él perece,  
Nos parece que vive,  
Y no es sino que muere;

Así, yo en las mortales  
Ansias que el alma siente,  
Me animo con las mismas  
Congojas de la muerte.

¡ Oh! de una vez acabe,  
Y no cobardemente,  
Por resistirme de una,  
Muera tantas veces!

¡ Oh! caiga sobre mí  
La esfera trasparente,  
Desplomados del polo  
Sus diamantinos ejes!

¡ Oh! el centro en sus cavernas  
Me preste oscuro albergue,  
Cubriendo mis desdichas  
La máquina terrestre!

¡ Oh! el mar entre sus ondas  
Sepultada me entregue,  
Por mísero alimento,  
A sus voraces peces!

¡ Niegue el sol á mis ojos  
Sus rayos refulgentes,  
Y el aire á mis suspiros  
El necesario ambiente!

¡ Cúbrame eterna noche,  
Y el siempre oscuro lete

Borre mi nombre infausto  
Del pecho de las gentes.

Mas ¡ ay de mí ! que todas  
Las criaturas crüeles  
Solicitan que viva,  
Porque gustan que pene!

Pues ¿ que espero? mis propias  
Penas de mí vengan,  
Y á mi garganta sirvan  
De funestos cordeles;

Diciendo con mi ejemplo.  
Á quien mis penas viere :  
Aquí murió una vida,  
Porque un amor viviese

## ROMANCE

Finjamos que soy feliz,  
Triste pensamiento, un rato;  
Quizá podreis persuadirme,  
Aunque yo sé lo contrario.  
Que, pues sólo en la aprension  
Dicen que estriban los daños;  
Si os imagináis dichoso,  
No sereis tan desdichado.  
Sirvame el entendimiento  
Alguna vez de descanso,  
Y no siempre esté el ingenio  
Con el provecho encontrado.  
Todo el mundo es opiniones,  
De pareceres tan varios  
Que lo que el uno cree negro,  
El otro prueba que es blanco,  
Á unos sirve de atractivo,  
Lo que otro concibe enfado;  
Y lo que éste por alivio,  
Aquel tiene por trabajo.  
El que está triste, censura,  
Al alegre, de liviano;  
Y él que está alegre, se burla,  
De ver al triste penando.



Los dos filósofos griegos  
Bien esta verdad probaron;  
Pues lo que en el uno risa  
Causaba en el otro llanto.  
Célebre su opocision  
Ha sido, por siglos tantos,  
Sin que cual acertó esté  
Hasta ahora averiguado.  
Antes en sus dos banderas,  
El mundo todo alistado,  
Conforme el humor le dicta  
Sigue cada cual el bando.  
Uno dice que de risa  
Sólo es digno el mundo vario;  
Y otro, que sus infortunios  
Son sólo para llerados.  
Para todo se halla prueba  
Y razon en que fundarlo;  
Y no hay razon para nada,  
De haber razon para tanto.  
Todos son iguales jueces,  
Y siendo iguales, y varios,  
No hay quien pueda decidir  
Cual es lo más acertado.  
Pues si no hay quien lo sentencie,  
¿Porqué pensais vos, errado,  
Que os cometió Dios á vos  
La decision de los casos?  
¿Ó porqué, contra vos mismo,  
Severamente inhumano,  
Entre lo amargo y lo dulce,

Quereis elegir lo amargo?  
Si es mio mi entendimiento,  
¿Porqué siempre he de encontrarlo,  
Tan torpe para el alivio,  
Tan agudo para el daño?  
El discurso es un acero,  
Que sirve por ambos cabos,  
De dar muerte por la punta,  
Por el pomo, de resguardo.  
Si vos, sabiendo el peligro,  
Quereis por la punta usarlo,  
¿Qué culpa tiene el acero  
Del mal uso de la mano?  
No es saber saber hacer  
Discursos fútiles, vanos;  
Que el saber consiste sólo  
En elegir lo más sano.  
Especular las desdichas,  
Y examinar los presagios  
Sólo sirve de que el mal  
Crezca con anticiparlo.  
En los trabajos futuros,  
La atencion sutilizando,  
Más formidable que el riesgo,  
Suele fingir el amago.  
¿Qué feliz es la ignorancia,  
Del que, indoctamente sabio,  
Halla de lo que padece  
En lo que ignora, sagrado!  
No siempre suben seguros  
Vuelos del ingenio osados,

Que buscan trono en el fuego,  
Y hallan sepulcro en el llanto.  
Tambien es vicio el saber,  
Que si no se vá atajando,  
Cuanto ménos se conoce,  
Es más nocivo el estrago.  
Y si el vuelo no le abaten,  
En sutilezas cebado,  
Por cuidar de lo curioso,  
Olvida lo necesario.  
Si culta mano no impide  
Crecer al árbol copado,  
Quitan la sustancia al fruto  
La locura de los ramos.  
Si andar á nave ligera  
No estorba lastre pesado,  
Sirve el vuelo de que sea  
El precipicio más alto.  
En amenidad inútil,  
¿Qué importa al florido campo,  
Sino halla fruto el Otoño,  
Que ostente flores el Mayo?  
¿De qué le sirve al ingenio  
El producir muchos partos,  
Si á la multitud se sigue  
El malogro de abortarlos?  
Y á esta desdicha, por fuerza,  
Ha de seguirle el fracaso,  
De quedar el que produce,  
Sinó muerto, lastimado.  
El ingenio es como el fuego.

Que con la materia ingrato,  
Tanto la consume más,  
Cuanto él se ostenta más claro.  
Es de su propio señor  
Tan rebelado vasallo,  
Que convierte en sus ofensas  
Las armas de su resguardo.  
Este pésimo ejercicio,  
Este duro afan pesado,  
A los hijos de los hombres  
Dió Dios, para ejercitarlos.  
¿Qué loca ambicion nos lleva,  
De nosotros olvidados ;  
Si es para vivir tan poco,  
De qué sirve saber tanto ?  
¡ Oh ! ; si como hay de saber,  
Hubiera algún seminario,  
Ó escuela, donde á ignorar  
Se enseñáran los trabajos !  
¿ Qué felizmente viviera,  
El que flojamente cauto  
Burlara las amenazas  
Del influjo de los astros !  
Aprendamos á ignorar,  
Pensamientos, pues hallamos  
Que cuanto añado al discurso,  
Tanto le usurpo á los años,

## SONETO

Diuturna enfermedad de la esperanza,  
Que así entretienes mis cansados años,  
Y en el fiel de los bienes y los daños  
Tienes en equilibrio la balanza.

Que siempre suspendida, en la tardanza  
De inclinarse, no dejan tus engaños,  
Que lleguen á excederse en los tamaños  
La desesperacion, ó la confianza;

¿Quién te ha quitado el nombre de homicida?  
Pues lo eres más severa, si se advierte,  
Que suspendes el alma entretenida;

Y entre la infausta, ó la felice suerte,  
No lo haces tú, por conservar la vida,  
Sino por dar más dilatada muerte.

## OVILLEJOS

El pintar de Lisarda la belleza,  
En que así se excedió naturaleza,  
Con un estilo llano,  
Se me viene á la pluma, y á la mano.  
Y cierto que es locura  
El querer retratar su hermosura,  
Sin haber en mi vida dibujado,  
Ni saber que es azul ó colorado,  
Que es regla, que es pincel, oscuro ó claro,  
Aparejo, retoque, ni reparo.  
El diablo me ha metido en ser pintora:  
Dejémosle, mi Musa, por ahora,  
Á quien sepa el oficio;  
Más esta tentacion me quita el juicio.  
Y sin dejarme pizca,  
Ya no sólo me tienta, me pellizca,  
Me cóscas, me hormiguea,  
Me punza, me empuja, y me aporrea.  
Yo tengo de pintar, dé donde diere,  
Salga como saliere,  
Aunque saque un retrato  
Tal que despues le ponga : aqueste es gato.  
Pues no soy la primera  
Que con hurtos de Sol, y Primavera,

Echan, con mil primores,  
Una mujer, en infusión de flores;  
Y despues que muy bien alambicada  
Sacan una belleza destilada,  
Cuando el hervor se entibia,  
Pensaban que es rosada, y es endibia.  
Más no pienso robar yo sus colores;  
Descansen, por aquesta vez, las flores,  
Que no quiere mi Musa, ni se mete,  
En hacer su hermosura ramillete.  
Más ¿con qué he de pintar, si ya la vena  
No se tiene por buena,  
Si no forma, hortelana en sus colores,  
Un gran cuadro de flores?  
¡Oh siglo desdichado, y desvalido,  
En que todo lo hallamos ya servido!  
Pues que no hay voz, equívoco, ni frase,  
Que por común no pase;  
Y digan los censores:  
Eso, ya lo pensaron los mayores.  
Dichosos los antiguos, que tuvieron  
Paño de que cortar, y así vistieron  
Sus conceptos de albores,  
De luces, de reflejos y de flores;  
Que entónces era el Sol nuevo flamante,  
Y andaba tan valido lo brillante;  
Que el decir que el cabello era un tesoro,  
Valía otro tanto oro;  
Pues las estrellas con sus rayos rojos,  
Que aún no estaban cansadas de ser ojos;  
Cuando eran celebradas,

Ó dulces luces, por mi mal halladas,  
Dulces y alegres, cuando Dios quería;  
Pues ya no os puede usar la Musa mía,  
Sin que diga severo algun letrado,  
Que Garcilaso está muy maltratado,  
Y en lugar indecente;  
Más si no, es á su Musa competente,  
Y le ha de dar enojo semejante,  
Quite aquellos dos versos, y adelante.  
Digo, pues, que el coral entre los sabios  
Se estaba con la grana aún en los labios,  
Y las perlas con nítidos orientes  
Andaban enseñándose á ser dientes;  
Y alegaba la concha, no muy loca;  
Que si ellos dientes son, ella es la boca;  
Y así entónces, no hay duda,  
Empezó la belleza á ser conchuda.  
Pues las piedras, ay Dios, y qué riqueza!  
Era una platería, una belleza,  
Que llevaba por dote en sus facciones  
Más de treinta millones;  
Esto si era hacer versos descansado;  
Y no en aqueste siglo desdichado,  
Y de tal desventura,  
Que está ya tan cansada la hermosura  
De verse en los planteles,  
De azucenas, de rosas, y claveles,  
Ya del tiempo marchitos,  
Recogiendo humedades, y mosquitos  
Que con enfado extraño,  
Quisiera más un saco de ermitaño.

Y así andan los poetas desvalidos,  
Achicando las antiguallas de vestidos,  
Y tal vez, sin mancilla,  
Lo que es jubon ajustan á ropilla,  
O hacen de unos centones,  
De remiendos diversos los calzones,  
Y nos quieren vender por extremada  
Una belleza rota y remendada.  
Pues que es ver las metáforas cansadas,  
En que han dado las Musas alcanzadas;  
No hay ciencia, arte, ni oficio,  
Que con extraño vicio,  
Los poetas con vana sutileza,  
No anden acomodando á la belleza,  
Y pensando que pintan de los cielos,  
Hacen unos retablos de sus duelos.  
Pero diránme ahora  
Que quien á mi me mete en ser censora,  
Que de lo que no entiendo es exceso;  
Pero yo les respondo que por eso,  
Que siempre el que censura y contradice,  
Es quien ménos entiende lo que dice.  
Más si alguno se irrita,  
Murmúreme también, ¿quién se lo quita?  
No haya miedo que en eso me fatigüe,  
Ni que á ninguno obligue  
A que encargue su alma,  
Tengasela en su palma,  
Y haga lo que quisiere,  
Pues su sudor le cuesta al que leyere.  
Y si ha de disgustarse con leerlo,

Vénguese del trabajo con morderle,  
Y allá me las den todas,  
Pues yo no me he de hallar en esas bodas.  
¿Vén? Pues esto de bodas, es constante  
Que lo dije por sólo el consonante,  
Si alguno halla otra voz que más expresa,  
Yo le doy mi poder, y quiteme esa.  
Más volviendo á mi arenga comenzada,  
Válgate por Lisarda retratada,  
Y qué difícil eres!  
No es mala propiedad en las mujeres.  
Más ya lo prometí, cumplirlo es fuerza,  
Aunque las manos tuerza,  
Á acabar lo me obligo,  
Pues tomo bien la pluma, y Dios conmigo.  
Vaya, pues, de retrato;  
Dénme un Dios te socorra de barato.  
!Ay! con toda la trompa,  
Que una Musa de la ampa  
Á quien ayuda tan propicio Apolo,  
Se haya rozado con Jacinto Polo,  
En aquel conceptillo desdichado,  
Y pensarán que es robo muy pensado!  
Es, pues, Lisarda, es pues; ¡ay Dios! qué  
No sé quien es Lisarda, les prometo; [aprieto!®  
Que mi atención sencilla  
Pintarla prometió, no definirla.  
Digo, pues, ó que pudieses tan socces!  
Todo el papel ha de llenar de pudieses.  
¡Jesús! que mal empiezo;  
Principio iba á decir, ya lo confieso,

Y acordéme al instante  
Que principio no tiene consonante;  
Perdónen que esta mengua  
Es de que no me ayuda bien la lengua.  
¡Jesús! y que cansados  
Estarán de estar desesperados,  
Los tales mis oyentes;  
Más si esperar no gustan impacientes,  
Y juzgarán que es largo, y que es pesado,  
Vayan con Dios, que ya esto se ha acabado;  
Que quedándome sola, y retirada,  
Mi borrador haré más descansada,  
Por el cabello empiezo, esténse quedos,  
Que aquí hay que pintar muchos enredos;  
No hallo comparacion que bien le cuadre  
Qué para poco me parió mi madre!  
¿Rayos del sol? ya aquello se ha pasado,  
La pragmática nueva lo ha quitado.  
¿Cuerda de arco de amor, en dulce trance?  
Eso es llamarlo cerda, en buen romance.  
Que linda ocasion era  
De tomar la ocasion por la mollera;  
Pero aquesta ocasion ya se ha pasado,  
Y calva está de haberla repelado.  
Y así en su calva lisa,  
Su cabellera irá también postiza;  
Y el que llega á cogella,  
Se queda con el pelo, y no con ella;  
Y, en fin, despues de tanto dar en ello,  
¿Qué tenemos, mi Musa, de cabello?  
El de Absalon viniera aquí nacido,

Por tener mi discurso suspendido;  
Más no quiero meterme yo en hondura,  
Ni hacerme que entiendo de escritura.  
En ser cabello de Lisarda quede,  
Que es lo que encarecerse más se puede,  
Y bájese á la frente mi reparo,  
Gracias á Dios que salgo hácia lo claro,  
Que me pude perder en su espesura,  
Si no, saliera por la comisura.  
Tendrá, pues, la tal frente  
Una caballería largamente,  
Según está de limpia y despejada;  
Y si temen por esto verla arada,  
Pierdan ese recelo,  
Que estas caballerías son del cielo.  
¿Qué apostamos que ahora piensan todos  
Que he perdido los modos  
Del estilo burlesco,  
Pues que ya por los cielos encarezco?  
Pues no fué ese mi intento,  
Que yo no me acordé del firmamento,  
Porque mi estilo llano  
Se tiene acá otros cielos más á mano,  
Que á ninguna belleza se le veda  
El que tener dos cielos juntos pueda.  
Y como uno en su boca, otro en la frente,  
Por Dios que lo he enmendado lindamente.  
Las cejas son, ¿ahora diré arcos?  
No, que es su consonante luégo zarcos,  
Y si yo pinto zarca su hermosura,  
Dará Lisarda al diablo la pintura,

Y me dirá que sólo algun demonio,  
Levantara tan falso testimonio.  
Pues yo lo he de decir, y en esto ahora  
Conozco que del todo soy pintora,  
Que mentir de un retrato en los primores,  
Es el último exámen de pintores.

En fin, ya con ser arcos se han salido,  
¿Más que piensan que digo de Cupido,

Ó el que es la paz del día?

Pues no son sino de una cañería,  
Por donde encaña el agua á sus enojos,  
Por más señas que tiene allí dos ojos.

Esto ¿quién lo ha pensado?

Me dirán que esto es viejo y es trillado  
Más ya que los nombré, fuerza es pintarlos,  
Aunque no tope verso en que colgarlos.

¡Nunca yo los mentara!

Que quizás al lector se le olvidara.  
Empiezo á pintar, pues; nadie se ría  
De ver que titubea mi Talía,

Que no es hacer buñuelos,

Pues tienen su pimienta los ojuelos,

Y no hallo en mí conciencia  
Comparacion que tenga conveniencia  
Con tantos arreboles;

¡Jesús! ¿no estuve en un tris de decir soles?

Qué grande barbarismo!

Apolo me defienda de sí mismo,  
Que á los que son de luces sus pecados,  
Los veo condenar de alucinados,  
Y temerosa yo, viendo su arrojó,

Trato de echar mis luces en remojo.  
Tentacion solariega en mí es extraña,  
Que se vaya á tentar á la montaña;  
En fin, yo no hallo símil competente,  
Por más que doy palmadas en la frente,

Y las uñas me como;

¿Dónde el viste estará, y el así como,  
Que siempre tan activos

Se andan á principiar comparativos?  
Más ay! que donde vistes hubo antaño,

No hay así como ogaño;

Pues váyanse sin ellos muy serenos,  
Que no por eso dejan de ser buenos,  
Y de ser manantial de perfecciones,  
Que no todo ha de ser comparaciones;

Y ojos de una beldad tan peregrina,  
Razon es ya que salgan de madrina,  
Pues á sus niñas fuera hacer ultraje,  
Querer tenerlas siempre en pupilaje.  
En fin, nada les cuadra, que es locura

Al círculo buscar la cuadratura.

Síguese la nariz, y es tan seguida

Que ya quedó con esto definida;  
Que hay nariz torticosa, tan tremenda,  
Que no hay géometra alguno que la entienda.®

Pásome á las mejillas,

Y aunque es su consonante maravillas,  
No las quiero yo hacer predicadores  
Que digan : Aprended de mí á las flores;  
Más si he de confesarles mi pecado,  
Algo ei carmin y grana me han tentado,

Mas ahora ponérsela no quiero,  
Si ella lo quiere, gaste su dinero;  
    Que es grande bobería  
El quererla afeitar á costa mfa.  
Ellas, en fin, aunque parecen rosa,  
Lo cierto es que són carne, y no otra cosa.  
; Válgame Dios! lo que se sigue ahora,  
Haciéndome está cocos el Aurora,  
Por ver si la comparo con tu boca,  
Y el Oriente con perlas me provoca;  
    Pero no hay que mirarme,  
Que ni una sed de Oriente ha de costarme.  
    Es, en efecto, tan fina  
Que parece bocado de cecina,  
Y no he dicho muy mal, pues de salada  
Dicen que se le ha puesto colorada.  
; Ven cómo sé hacer comparaciones  
Muy propias en algunas ocasiones?  
Y es que donde no piensa el que es más vivo,  
    Falta el comparativo,  
Y si alguno dijere que es grosera  
Una comparacion de esta manera,  
Respóndame la Musa más ufana  
; Es mejor el gusano de la grana,  
Ó el clavel, que si el gusto los apura,  
Hara echar las entrañas su amargura?  
    Con todo, Númen mio,  
Aquesto de la boca va muy frio:  
    Yo digo mi pecado,  
Ya está el pincel cansado;  
Pero pues tengo ya frialdad tanta,

Gastemos esta nieve en la garganta,  
Que la tiene tan blanca y tan helada,  
Que le sale la voz garapiñada.  
Más por sus pasos yendo á paso llano,  
Se me vienen las manos á la mano;  
Aquí habré menester grande cuidado,  
Que ya toda la nieve se ha gastado,  
Y para la blancura que atesora,  
No me ha quedado ni una cantimplora;  
    Y fué la causa de esto  
Que como iba sin sal, se gastó presto.  
Más puesto que pintarla solicito,  
Por la Virgen que esperen un tantito,  
    Mientras la pluma tajo  
Y me alivio un poquito del trabajo;  
Y por decir verdad, mientras suspensa  
    Mi imaginacion piensa  
Algun concepto que á sus manos venga  
; Oh, si Lisarda se llamara Menga,  
Qué equívoco tan lindo me ocurría,  
Que sólo por el nombre se me enfria!  
    Ello fuí desgraciada  
En estar ya Lisarda bautizada:  
Acabemos, que el tiempo nunca sobra;  
Á las manos, y manos á la obra.  
    Empiezo por la diestra,  
Que aunque no es ménos bella la siniestra,  
    A la pintura, es llano,  
Que se le ha de asentar la primer mano.  
Es, pues, blanca y hermosa con exceso,  
Porque es de carne y hueso,



No de marfil, ni plata, que es quimera,  
Que á una estatua servir sólo pudiera ;  
Y con esto, aunque es bella,  
Sabe su dueño bien servirse de ella,  
Y la estima bizarra

Más no porque luce, porque agarra.  
Pues no le queda en fuga la siniestra,  
Porque aunque no es tan diestra,  
Y es algo ménos en su ligereza,  
No tiene un dedo ménos de belleza.

Aquí viene rodada  
Una comparacion acomodada ;  
Porque, no hay duda, es llano,  
Que es la una mano como la otra mano ;  
Y si alguno dijere que es friolera  
El querer comparar de esta manera,  
Respondo á su censura

Que el tal no sabe lo que se murmura ;  
Pues pudiera muy bien naturaleza  
Haber sacado manca esta belleza ;  
Que yo he visto bellezas muy amponas,  
Que si mancas no son, son mancarronas.  
Ahora falta á mi Musa la estrechura

De pintar la cintura :  
En ella he de gastar poco capricho,  
Pues con decir lo breve, se está dicho ;  
Porque ella es tan delgada,  
Que en una línea queda ya pintada.  
El pié yo no lo he visto, y fuera engaño  
Retratar el tamaño,  
Ni mi Musa sus puntos consiguiera,

Porque no es zapatera ;  
Pero segun airoso el cuerpo mueve,  
Debe el pié de ser breve,  
Pues que es, nadie ha ignorado,  
El pié de arte mayor, largo y pesado ;  
Y si en cuenta ha de entrar la vestidura,  
Que ya es el traje parte en la hermosura,  
Hasta aquí del garbo y de la gala

Á la suya no iguala,  
De fiesta, ó de revuelta,  
Porque está bien prendida, y más bien suelta.  
Un adorno garboso, y no afectado,  
Que parece descuido, y es cuidado ;  
Un aire, con que arrastra la tal niña,  
Con aseado desprecio la basquiña  
En que se van pegando  
Las almas entre el polvo que vá hollando.  
Un arrojar el pelo por un lado,  
Como que la acongoja por copado ;  
Y al arrojar el pelo,

Descubrir un : por tanto digo cielo,  
Quebrantando la ley ; más ¿ qué importara  
Que yo la quebrantara ?  
Á nadie cause escándalo, ni espanto,  
Pues no es la ley de Dios la que quebranto ;  
Y con tanto, si á Ustedes les parece,  
Será razon que ya el retrato cese,

Que no quiero cansarme,  
Pues ni aún el costo de él han de pagarme ;  
Veinte años de cumplir en Mayo acaba :  
Juana Inés de la Cruz la retrataba.

## REDONDILLAS

Hombres necios, que acusais  
A la mujer sin razon,  
Sin ver que sois la ocasion  
De lo mismo que culpais,

Si con ansia sin igual  
Solicitais su desden,  
¿Por qué quereis que obren bien  
Si las incitais al mal?

Combatís su resistencia,  
Y luego con gravedad  
Decís que fué liviandad  
Lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el denuedo  
De vuestro parecer loco  
Al niño que pone el coco,  
Y luego le tiene miedo.

Quereis con presuncion necia  
Hallar á la que buscáis,  
Para pretendida, Tais,  
Y en la profesion, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro  
Que el que, falto de consejo,  
El mismo empaña el espejo,  
Y siente que no esté claro?

Con el favor y el desden,  
Teneis condicion igual,  
Quejándoos, si os tratan mal,  
Burlándoos, si os quieren bien.

Opinion ninguna gana,  
Pues la que más se recata,  
Si no os admite, es ingrata,  
Y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andais,  
Que, con desigual nivel,  
A una culpais por cruel,  
Y á otra por fácil culpais.

¿Pues cómo ha de estar templada  
La que vuestro amor pretende,  
Si la que es ingrata ofende,  
Y la que es fácil enfada?

Más entre el enfado y pena  
Que vuestro gusto refiere,  
Bien haya la que no os quiere  
Y quejaos enhorabuena.

Dan vuestras amantes penas  
A sus libertades alas,

Y despues de hacerlas malas  
Las quereis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido  
En una pasion errada,  
La que cae de rogada  
Ó el que ruega de caído?

¿Ó cuál es más de culpar,  
Aunque cualquiera mal haga,  
La que peca por la paga,  
Ó el que paga por pecar?

¿Pues para qué os espantais  
De la culpa que teneis?  
Queredlas cual las haceis,  
Ó hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,  
Y despues, con más razon,  
Acusaréis la aficion  
De la que os fuere á rogar.

Bien con muchas armas fundo  
Que lidia vuestra arrogancia,  
Pues en promesa é instancia  
Juntais diablo, carne y mundo.

## DÉCIMAS

CELEBRA LOS AÑOS DE LA CONDESA DE PARÉDES

Vuestros años que la esfera  
A luces cuenta, Señora,  
Numera á perlas la aurora  
Y á flores la primavera,  
Hoy la luciente carrera  
Del círculo iluminado  
Cierran, que ha sido cuidado  
Atentamente advertido,  
Bello, luciente y florido,  
Del alba, el cielo y el prado.

Círculos, que vais girando,  
Los va, miéntras vais viviendo,  
Vuestro rostro floreciendo  
Y vuestros ojos dorando.  
Con que vais encadenando  
Cuando esparcis las centellas  
De vuestras lucientes huellas,  
Con rosas y resplandores,  
Una cadena de flores  
Con eslabones de estrellas.

Como allá vuestra persona  
Digna de tel majestad,

En círculos vuestra edad  
Os vá haciendo la corona,  
Y en luceros que eslabona  
Para la mayor grandeza,  
Corona vuestra cabeza  
En el solio de la esfera,  
Porque ella sólo pudiera  
Coronar vuestra belleza.

Yo, pues, que dichosa veo  
La edad, que adorar no exeuso,  
Por no medirla, rehusó  
Aún medirla á mi deseo;  
Deidad os miro, y os creo,  
Y así vuestra duracion,  
No la mido á mi intencion,  
Porque deseo que en todo  
Vivais allá á vuestro modo,  
Y no á mi limitacion.

## ROMANCE

Salud y gracia, sepades,  
Señor, que estas damiseías,  
Que dan con el imposible  
Mejor garbo á la belleza;  
Por no olvidar tan del todo,  
Ceremonias palaciegas,  
Entendidos desahogos  
De cortesanas empresas,  
Donde el amor y el recato  
Se avienen con tal decencia,  
Que pasando á ser cariño  
No dejan de ser decencia,  
Ó porque este año nuevo  
Las pusiese como nuevas,  
Y salir de veinticineo,  
Aunque salgamos de ochenta;  
Que ya sabeis que componen  
En la aritmética nuestra,  
Rendimientos, y no días  
Los años de la belleza.  
Ó porque el favor, que vive  
Del desden en la aspereza  
Atado, un día en el año  
Tenga una poca de suelta.

En círculos vuestra edad  
Os vá haciendo la corona,  
Y en luceros que eslabona  
Para la mayor grandeza,  
Corona vuestra cabeza  
En el solio de la esfera,  
Porque ella sólo pudiera  
Coronar vuestra belleza.

Yo, pues, que dichosa veo  
La edad, que adorar no exeuo,  
Por no medirla, rehuso  
Aún medirla á mi deseo;  
Deidad os miro, y os creo,  
Y así vuestra duracion,  
No la mido á mi intencion,  
Porque deseo que en todo  
Vivais allá á vuestro modo,  
Y no á mi limitacion.

## ROMANCE

Salud y gracia, sepades,  
Señor, que estas damiseías,  
Que dan con el imposible  
Mejor garbo á la belleza;  
Por no olvidar tan del todo,  
Ceremonias palaciegas,  
Entendidos desahogos  
De cortesanas empresas,  
Donde el amor y el recato  
Se avienen con tal decencia,  
Que pasando á ser cariño  
No dejan de ser decencia,  
Ó porque este año nuevo  
Las pusiese como nuevas,  
Y salir de veinticineo,  
Aunque salgamos de ochenta;  
Que ya sabeis que componen  
En la aritmética nuestra,  
Rendimientos, y no días  
Los años de la belleza.  
Ó porque el favor, que vive  
Del desden en la aspereza  
Atado, un día en el año  
Tenga una poca de suelta.

Ó porque la voluntad,  
Saliendo del ocio, pueda  
Con un poco de ejercicio  
Legitimarse potencias;  
Quisieron sacar galanes,  
En que cada Venus tenga  
A quien amar como Adónis,  
Quien como Marte la quiera.  
Más porque no pareciese  
Que pasaba esta licencia  
A profanar del recato  
Las leyes siempre severas,  
Ó que de la voluntad,  
Por razon ó por estrella,  
Se inclinaba aquella esquiva  
Soberana indiferencia,  
Y que de la dameraia  
Se ajaban las preeminencias,  
Que en México tambien hay  
Su poquito de etiqueta,  
Somelieron á la suerte,  
Que compromisaria recta  
A cada dama le diese  
Amante, quiera ó no quiera.  
Y ella que árbitro se vió  
Y dueña de tanta exenta  
Libertad, que aún del amor  
Ignora la dulce fuerza,  
Echó por esos galanes,  
Y viendo sus gentilezas  
Y que eran todos sin peros,

Escogidos, como en peras,  
Dijo : salga el que saliere,  
Pues á la dama más bella  
Aunque cualquiera la salga,  
La habrá de salir cualquiera.  
Empezó á sacar las suertes,  
Con tal ajuste y destreza,  
Que hizo entónces el acaso.  
Más que la eleccion pudiera  
A don Juan salió Matilde,  
Cuyas dulces niñas bellas  
Son acreedoras de amor  
De las más doradas flechas.  
A don Miguel, Amarilis,  
Beldad en cuya cadena  
En dulce esclavitud gimen  
Tantas libertades presas.  
A don Carlos salió Julia,  
Para que en mejor esfera  
Sepa nuestra astrología  
Que se incluye en dos estrellas.  
Silvia, á Guevara ; con cuya  
Belleza, donaire y prendas,  
Es un desairado el garbo,  
La discrecion una necia.  
A don Luis le cupo Lisi ;  
A don Alonso, Marcela ;  
A don Teobaldo, Felisa,  
Y á don Manuel, salió Celia.  
Y á vos, por el más galán,  
Dicho en paz de todos sea,

Pues no es bien llegue á los hombres  
La mujeril competencia.  
Os cupo, claro se estaba,  
Lo peor, que es cosa cierta,  
Que no se aviene fortuna  
Jamás con naturaleza ;  
Antes, enemiga siempre  
Y á su dictámen opuesta,  
Lo que ella desdeña, ampara ;  
Lo que ella ampara, desdeña.  
Yo pienso que lo hace adrede,  
Y no acaso, como piensan,  
Y que tiene en hacer mal  
Su poquita de advertencia.  
Pues, al uso de las lindas,  
Anda forjando soberbia  
De méritos ultrajados  
Los triunfos de su grandeza.  
Ella es Faláris de gustos,  
Ella es Nerona de haciendas,  
Que hace de abrasadas Romas  
Luminarias en sus fiestas.  
Más no quiero murmurarla,  
Que no es razón que se entienda,  
Que á quien debo un beneficio  
Le pago con una ofensa.  
En la suerte, en fin, Señor,  
Ella, como siempre ciega,  
Por serme á mí favorable,  
Anduvo con vos adversa.  
Salieron parecidas

Las suertes, de esta manera,  
La vuestra, como mi cara,  
La mía, como la vuestra.  
No os ofendió en esto nada,  
Pero ántes dispuso cuerda,  
Que á vista de un mal empleo  
Resalten más vuestras prendas.  
No fuera el sol tan lucido,  
Si á su dorada madeja  
Tal vez por negras lazadas  
No adornaran nubes densas.  
No ostentara el monte altivo  
Su robusta corpulencia,  
Si la bajeza del valle  
No adorara su grandeza.  
No saliera tan hermosa  
La aurora vertiendo perlas,  
Si no avivaran las luces  
Los léjos de las tinieblas.  
No campara de florida  
Lozana la primavera,  
Si no viniera el estío  
Pisando sus verdes huellas.  
No presumiera en el prado  
De cándida la azucena,  
Si no la hiciera lucir  
Lo oscuro de la violeta.  
No fuera del fuego tanta  
La ferocidad hambrienta,  
Si la oposicion del frío  
No esforzara su violencia.

Tened, pues, conformidad  
Con lo que la suerte ordena,  
Si os da lo que mereceis  
Dándoos á quien no os merezca.  
Pues, para daros ejemplo,  
La tienen, sin resistencia,  
Sol, primavera y aurora,  
Fuego, monte y azucena.  
Ella, en fin, quiso, comparando  
Mi gloria con vuestra pena,  
Que vuestro mérito baje  
Porque suba mi bajeza.  
Y yo, por el beneficio  
En debida recompensa,  
Ofrecí en sus sacras aras  
Un secretario de cera.  
Ofrecí más, en memoria  
Del año feliz que empieza,  
Los que se siguen, volver  
A contarlos por las eras.  
De las suertes, la memoria,  
Sumariamente, es aquesta,  
Si fortuna os la dió mala  
Dios os la depare buena.

## ROMANCE

Grande duquesa de Aveyro,  
Cuyas soberanas partes  
Informa cabado el bronce,  
Publica esculpido el jaspe.  
Alto honor de Portugal,  
Pues le dan mayor realce  
Vuestras prendas generosas  
Que no sus quinas reales.  
Vos, que esmaltais de valor  
El oro de vuestra sangre,  
Y siendo tan fino el oro,  
Son mejores los esmaltes.  
Vénus del mar lusitano,  
Digna de ser bella madre  
De amor, más que la que á Chipre  
Debió cuna de cristales.  
Gran Minerva de Lisboa,  
Mejor que la que triunfante  
De Neptuno, impuso á Atenas  
Sus insignias literales.  
Digna sólo de obtener  
El áureo pomo flamante  
Que dió á Vénus tantas glorias  
Como infortunios á Páris.



Cifra de las nueve Musas  
Cuya pluma es admirable  
Arcaduz, por quien respiran  
Sus nueve acentos suaves.  
Claro honor de las mujeres,  
De los hombres docto ultraje,  
Que probais que no es el sexo  
De la inteligencia parte.  
Primogénita de Apolo  
Que de sus rayos solares  
Gozando las plenitudes  
Mostrais las actividades.  
Presidenta del Parnaso,  
Cuyos medidos compases  
Hacen señal á las Musas  
Á que entonen ó que pausen.  
Clara sibila española  
Más docta y más elegante  
Que las que en diversas tierras  
Veneraron las edades.  
Alto asunto de la fama  
Para quien hace, que afanes  
Del martillo de Vulcano  
Nuevos clarines os labren.  
Oid una musa que  
Desde donde fulminante  
A la Tórrida dá el sol  
Rayos perpendiculares,  
Al eco de vuestro nombre,  
Que llega á lo más distante,  
Medias sílabas responde

Desde sus concavidades,  
Y al imán de vuestras prendas,  
Que lo más remoto atrae,  
Con amorosa violencia  
Obedece acero fácil.  
Desde la América enciendo  
Aromas á vuestra imágen,  
Y en este apartado polo  
Templo os erijo y altares.  
Desinteresada os busco,  
Que el afecto que os aplaude,  
Es aplauso á lo entendido  
Y no lisonja á lo grande.  
Porque, ¿para qué, Señora,  
En distancia tan notable  
Habrán vuestras altiveces  
Menester mis humildades?  
Yo no he menester de vos  
Que vuestro favor me alcance  
Favores en el consejo,  
Ni amparo en los tribunales.  
Ni que acomodeis mis deudos,  
Ni que ampareis mi linaje,  
Ni que mi alimento sean  
Vuestras liberalidades.  
Que yo, Señora, nací  
En la América abundante,  
Compatriota del oro,  
Paisana de los metales.  
Adonde el comun sustento  
Se da casi tan de balde.

Que en ninguna parte más  
Se ostenta la tierra madre.  
De la comun maldicion  
Libre parece que nacen  
Sus hijos, segun el pan  
No cuesta al sudor afanes.  
Europa mejor lo diga,  
Pues ha tanto que insaciable  
De sus abundantes venas  
Desangra los minerales,  
Y á cuántos el dulce Lotos  
De sus riquezas les hace  
Olvidar los propios nidos,  
Despreciar los pátrios lares.  
Pues entre cuantos la han visto  
Se ve con claras señales,  
Voluntad en los que quedan  
Y violencia en los que parten.  
Demás, de que en el estado  
Que Dios fué servido darme,  
Sus riquezas solamente  
Sirven para despreciarse,  
Que para volar segura  
De la religion la nave,  
Ha de ser la carga poca,  
Y muy crecido el velámen,  
Porque si algun contrapeso,  
Pide para asegurarse,  
De humildad, no de riquezas  
Ha menester hacer lastre.  
Pues ¿de qué cargar sirviera

De riquezas temporales,  
Si en llegando la tormenta  
Era preciso alijarse?  
Conque por cualquiera de estas  
Razones, pues es bastante  
Cualquiera, estoy de pedirós.  
Inhibida por dos partes.  
¿Pero adónde de mi patria  
La dulce aficion me hace  
Remontarme del asunto  
Y del intento alejarme?  
Vuelva otra vez, gran Señora,  
El discurso á recobrase,  
Y del hilo del discurso  
Los dos rotos cabos ate.  
Digo, pues, que no es mi intento,  
Señora, más que postrarme  
A vuestras plantas, que beso  
Apesar de tantos mares.  
La siempre divina Lisi,  
Aquella en cuyo semblante,  
Rie el dia, que oscurece  
A los dias naturales,  
Mi señora la condesa  
De Parédes; aquí calle  
Mi voz, que dicho su nombre  
No hay alabanzas capaces.  
Esta, pues, cuyos favores  
Grabados en el diamante  
Del alma, como su efigie,  
Vivirán en mí inmortales;

Me dilató las noticias  
Ya ántes dadas de los padres  
Misioneros, que pregonan  
Vuestras cristianas piedades  
Publicando como sois  
Quien con celo infatigable  
Solicita que los triunfos  
De nuestra fé se dilaten.  
Esta, pues, que sobre bella,  
Ya sabeis que en su lenguaje  
Vierte flores Amaltea,  
Y destila amor panales;  
Me informó de vuestras prendas  
Cómo son, y cómo sabe,  
Siendo sólo tanto Homero  
A tanto Aquiles bastante.  
Sólo en su boca el asunto  
Pudiera desempeñarse,  
Que de un ángel sólo puede  
Ser el cronista otro ángel.  
A la vuestra, su hermosura  
Alaba, porque envidiarse  
Se concede en las bellezas,  
Y desdice en las deidades.  
Yo, pues, con esto movida  
De un impulso dominante,  
De resistir imposible,  
Y de ejecutar no fácil;  
Con pluma en tinta, no en cera,  
En alas de papel frágil  
Las ondas del mar no temo,

Las pompas piso del aire,  
Y venciendo la distancia,  
Porque suele á lo más grave,  
La gloria de un pensamiento  
Dar dotes de agilidades,  
A la dichosa region  
Llego, donde las señales  
De vuestras plantas me avisan  
Que allí mis labios estampe.  
Aquí estoy á vuestros piés,  
Por medio de estos cobardes  
Rasgos, que son podatarios  
Del afecto que en mí arde.  
De nada puedo serviros,  
Señora, porque soy nadie,  
Más quizá por aplaudiros  
Podré aspirar á ser álguien.  
Hacedme tan señalado  
Favor, que de aquí adelante  
Pueda de vuestros criados  
En el número contarme.

### SONETO

¿Qué es esto, Alcino, cómo tu cordura  
Se deja así vencer de un mal celoso,  
Haciendo con extremos de furioso  
Demostraciones más que de locura?

¿En qué te ofendió, Celia? si se apura,  
¿Ó porqué al amor culpas de engañoso,  
Si no aseguró nunca poderoso  
La eterna posesion de su hermosura?

La posesion de cosas temporales,  
Temporal es, Alcino, y es abuso  
El querer conservarlas siempre iguales.

Con que tu error ó tu ignorancia acuso,  
Pues Fortuna y Amor, de cosas tales  
La propiedad no han dado, sino el uso.

### SONETO

Yo no dudo. Lisarda, que te quiero,  
Aunque sé que me tienes agraviado;  
Más estoy tan amante y tan airado,  
Que afectos que distingo no prefiero.

De ver que odio y amor te tengo, infiero,  
Que ninguno estar puede en sumo grado,  
Pues no le puede el odio haber ganado  
Sin haberle perdido amor primero.

Y si piensas que el alma que te quise  
Ha de estar siempre á tu aficion ligada,  
De tu satisfaccion vana te aviso;

Pues si el amor al odio ha dado entrada,  
El que bajó de sumo á ser remiso,  
De lo remiso pasará á ser nada.

## SONETO

EN LA MUERTE DE LA MARQUESA DE MANCERA

Mueran contigo, Laura, pues moriste,  
Los afectos que en vano te desean,  
Los ojos á quien privas de que vean  
La hermosa luz que á un tiempo concediste.

Muera mi lira infausta en que influiste  
Ecos que lamentables te vocean,  
Y hasta estos rasgos mal formados sean  
Lágrimas negras de mi pluma triste.

Muévase á compasion la misma muerte  
Que precisa no pudo perdonarte,  
Y lamente el amor su amarga suerte;

Pues si ántes, ambicioso de gozarte,  
Deseó tener ojos para verte,  
Ya le sirvieran sólo de llorarte.

## DÉCIMAS

Los buenos dias me allano  
A que os dé un reloj, señor,  
Por que fué lo que mi amor  
Acaso halló más á mano;  
Corto es el don, mas ufano  
De que sirve á tus auroras,  
Admitele, pues no ignoras  
Que mal las caricias mías  
Te pudieran dar los dias  
Sin dar primero las horas.

Raro es del arte portentoso  
En que su poder más luce,  
Que á breve espacio reduce  
El celestial movimiento,  
E imitando al sol, atento  
Mide su veloz carrera,  
Con que, si se considera,  
Pudiera mi obligacion  
Remitírte mayor don  
Más no de mejor esfera.

No tiene sonido en nada,  
Que fuera accion indecente

## SONETO

EN LA MUERTE DE LA MARQUESA DE MANCERA

Mueran contigo, Laura, pues moriste,  
Los afectos que en vano te desean,  
Los ojos á quien privas de que vean  
La hermosa luz que á un tiempo concediste.

Muera mi lira infausta en que influiste  
Ecos que lamentables te vocean,  
Y hasta estos rasgos mal formados sean  
Lágrimas negras de mi pluma triste.

Muévase á compasion la misma muerte  
Que precisa no pudo perdonarte,  
Y lamente el amor su amarga suerte;

Pues si ántes, ambicioso de gozarte,  
Deseó tener ojos para verte,  
Ya le sirvieran sólo de llorarte.

## DÉCIMAS

Los buenos dias me allano  
A que os dé un reloj, señor,  
Por que fué lo que mi amor  
Acaso halló más á mano;  
Corto es el don, mas ufano  
De que sirve á tus auroras,  
Admitele, pues no ignoras  
Que mal las caricias mías  
Te pudieran dar los dias  
Sin dar primero las horas.

Raro es del arte portentoso  
En que su poder más luce,  
Que á breve espacio reduce  
El celestial movimiento,  
E imitando al sol, atento  
Mide su veloz carrera,  
Con que, si se considera,  
Pudiera mi obligacion  
Remitirte mayor don  
Más no de mejor esfera.

No tiene sonido en nada,  
Que fuera accion indecente

Que tan pequeño presente  
Quisiera dar campanada ;  
Sólo por señas le agrada  
Decir el intento suyo,  
Con que su hechura concluyo  
Con decir de su primor  
Que fué muestra de mi amor,  
Más ya es de sol siendo tuyo.

Y no pienses que me agrada  
Poner mesura á tu vida,  
Que no es querer la medida  
Pedirtela regulada,  
Y en aciertos dilatada,  
Solicita mi cuidado,  
Para que el mundo admirado  
Pondere al ver tu cordura,  
El vivir muy sin mesura,  
Y el obrar, muy mesurado.

El delito de callado  
Disculpar habeis querido,  
Y quedais más convencido  
Con lo que habeis alegado ;  
El delito he sustanciado  
Con vuestra declaracion,  
Pues quien con tal discrecion  
Habla, muestra claramente  
Que el callar fué solamente  
Empeño, y no precision.

Cuando discreto excusais  
La causa por que callásteis,  
De lo que de hablar dejásteis  
La pérdida me acordais,  
El dolor me acrecentais  
Que en aquel dia que os ví,  
Tuve, de que no os oí,  
Pues prosiguiendo el callar,  
No pudiera yo pesar  
Cuanto fué lo que perdí.

Tulio español, mal al veros,  
Podrá mi pluma elogiaros,  
Por que querer alabaros  
Es presumir entenderos ;  
Aún que quien llega á atenderos  
Llega á conocer que es tanta  
Vuestra discrecion, que espanta,  
Con que en vuestra sutileza  
Conocerá que hay grandeza,  
Más no mesurará cuanta.

Un mar sois que al contemplario,  
Sin poder comprenderlo,  
Todos se admiran de verlo,  
Más nadie puede sondearlo ;  
Sólo al llegar á admirarlo,  
De su gran capacidad  
Se infiere su inmensidad,  
Por que, si, en lo que se mira,

Con la superficie admira,  
¿Qué hará la profundidad?

Y aunque lo que llevo á ver  
Me da tanta admiracion,  
Bien sé que su perfeccion  
No se puede comprender;  
Más pues no llevo á entender  
Tal grandeza, ni comprendo  
Lo mismo que estoy oyendo,  
A elogiarlo me abalanzo,  
Con la razon lo que alcanzo,  
Y con fé lo que no entiendo.

El paje os dirá discreto,  
Como luégo que leí  
Vuestro secreto rompí,  
Por no romper el secreto;  
Y aún hice más, os prometo,  
Los fragmentos, sin desden,  
Del papel, tragué tambien;  
Que secretos que venero,  
Aún en pedazos no quiero  
Que fuera del pecho estén.

## DECIMAS

SOBRE UN RETRATO

Este retrato que ha hecho  
Copiar mi cariño ufano,  
Es, sobre escribir la mano  
Lo que tiene dentro el pecho;  
Que, como éste viene estrecho  
Á tan alta perfeccion,  
Brotó fuera la aficion,  
Y en el índice la emplea  
Para que con verdad sea  
Índice del corazon.

Éste, que á la luz más pura  
Quiso imitar la beldad,  
Representa su deidad,  
Más no copia su hermosura;  
En él mi culto asegura  
Su veneracion mayor,  
Más no muestres el error  
De pincel tan poco sabio,  
Que para Lisi es agravio  
El que para mí es favor.



## DÉCIMAS

SOBRE EL MISMO TEMA

Copia divina en quien veo  
Desvanecido al pincel,  
De ver que ha llegado él  
Donde no pudo el deseo;  
Alto soberano empleo  
De más que humano talento,  
Exenta de atrevimiento,  
Pues tu beldad increíble,  
Como excede á lo posible,  
No la alcanza el pensamiento;

¿Qué pincel tan soberano  
Fué á copiarte suficiente?  
¿Qué númen movió la mente?  
¿Qué virtud rigió la mano?  
No se alabe el arte vano  
Que te formó peregrino,  
Pues en tu beldad convino,  
Para formar un portento,  
Fuese humano el instrumento,  
Pero el impulso divino.

Tan espíritu te admiro  
Que cuando deidad te creo,

Hallo el alma que no veo,  
Y dudo el cuerpo que miro;  
Todo el discurso retiro  
Admirada en tu beldad,  
Que muestra con realidad,  
Dejando el sentido en calma,  
Que puede copiarse el alma,  
Que es visible la deidad.

Mirando perfeccion tal  
Cual la que en tí llego á ver,  
Apénas puedo creer  
Que puedes tener igual:  
Y á no haber original,  
De cuya perfeccion rara,  
La que hay en tí se copiara,  
Perdida por tu aficion,  
Segundo Pigmaleon,  
La animacion te impetrara.

Toco, por ver si escondido  
Lo viviente en tí parece;  
¿Posible es que de él carece  
Quién roba todo el sentido?  
¿Posible es que no ha sentido  
Esta mano que le toca  
Y á que atiendas te provoca  
Á mis rendidos despojos?  
¿Qué no hay luz en esos ojos?  
¿Qué no hay voz en esa boca?

Bien puedo formar querella  
Cuando me dejas en calma,  
De que me robas el alma  
Y no te animas con ella;  
Y cuando altivo atropella  
Tu rigor mi entendimiento,  
Apurando el sufrimiento,  
Tanto tu piedad se aleja,  
Que se me pierde la queja,  
Y se me logra el tormento.

Tal vez pienso que piadoso  
Respondes á mi afición,  
Y otras teme el corazón  
Que te esquivas desdeñoso.  
Ya alienta el pecho dichoso,  
Ya infeliz al rigor muere,  
Pero, como quiera, adquiere,  
La dicha de poseer;  
Porque al fin en mi poder  
Serás lo que yo quisiere.

Y aunque ostentes el rigor  
De tu original fiel,  
A mí me ha dado el pincel  
Lo que no puede el amor.  
Dichosa vivo al favor  
Que me ofrece un bronce frío,  
Pues aunque muestras desvío,  
Podrás, cuando más terrible,  
Decir que eres imposible,  
Pero no que no eres mío.

## DÉCIMAS

Juzgo, aunque os canse mi trato,  
Que no os ofendo en rigor,  
Pues en cansaros, señor,  
Cumplo con vuestro mandato;  
Y pues éste fué el contrato,  
Sufrid mis necias porfias  
De escuchar todos los días  
Tan continuas peticiones,  
Que aquestas mis rogaciones  
Se han vuelto ya letanias.

Una viuda desdichada  
Por una casa pleitea,  
Y basta que viuda sea  
Sin que sea descasada;  
De vos espera amparada,  
Hallar la razon propicia,  
Para vencer la malicia  
De la contraria eficacia,  
Esperando en vuestra gracia  
Que le habeis de hacer justicia.

## DÉCIMAS

Hoy que á vuestras plantas llego  
Con el debido decoro,  
Como á deidad os adoro,  
Y como á deidad os ruego.  
No direis que el culto os niego,  
Pretendiendo el beneficio  
De vuestro amparo propicio,  
Pues á la deidad mayor  
Le es invocar su favor  
El más grato sacrificio.

Samuel, á vuestra piedad  
Recorre, por varios modos,  
Pues donde la pierden todos,  
Quiere hallar la libertad.  
Su esclavitud rescatad,  
Señora, que los motivos  
Son justos y compasivos  
De tan adversa fortuna,  
Y haced libres vez alguna  
De cuantas haceis cautivos.

Dos cosas pretende aquí  
Contraria mi voluntad,

Para el ingles, libertad,  
Y esclavitud para mí;  
Pues aunque indigna nací  
De que este nombre me deis,  
En vano resistireis  
De mi esclavitud la muestra;  
Pues yo tengo de ser vuestra  
Aunque vos no me acepteis.

Contraria es la peticion  
De uno y otro, si se apura,  
Que él la libertad procura,  
Y yo busco la prision;  
Pero vuestra discrecion  
Á quien nunca duda impide,  
Podrá, si los fines mide,  
Hacernos dichosos hoy,  
Con admitir lo que os doy  
Y conceder lo que él pide.

## REDONDILLAS

Señora, si la belleza  
Que en vos llevo á contemplar,  
Es bastante á conquistar  
La más ineulta dureza,

¿Porqué haceis que el sacrificio  
Que debo á vuestra luz pura,  
Debiéndose á la hermosura  
Se atribuya al beneficio?

Cuando es bien que glorias cante,  
De ser vos, quien me ha rendido,  
¿Quereis qué lo agradecido  
Se equivoque con lo amante?

Vuestro favor me condena  
A otra especie de desdicha,  
Pues me quitais con la dicha  
El mérito de la pena.

Si no es que dais á entender  
Que favor tan singular,  
Aunque se pueda lograr,  
No se puede merecer.

Con razon, pues la hermosura  
Aún llegada á poseerse,  
Si llegara á merecerse,  
Dejara de ser ventura.

Que estar un digno cuidado  
Con razon correspondido,  
Es premio de lo servido,  
Y no dicha de lo amado.

Que dicha se ha de llamar  
Sola la que, á mi entender,  
Ni se puede merecer,  
Ni se pretende alcanzar.

Ya quo este favor excede  
Tanto á todos, al lograrse,  
Que no sólo no pagarse,  
Más ni agradecer se puede.

Pues desde el dichoso día  
Que vuestra belleza ví,  
Tan del todo me rendí,  
Que no me quedó accion mía.

Con lo cual, Señora, nuestro,  
Y á decir mi amor se atreve,  
Que nadie pagaros debe,  
Que vos honreis lo que es vuestro.

Bien sé que es atrevimiento,  
Pero el amor es testigo

Que no sé lo que me digo  
Por saber lo que me siento.

Y en fin, perdonad por Dios,  
Señora, que os hable así,  
Que si yo estuviera en mí,  
No estuvierais en mí vos.

Sólo quiero suplicaros  
Que de mí recebáis hoy,  
No sólo el alma que os doy,  
Más la que quisiera daros.

## ROMANCE

En hora buena el gran Cárlos  
Sus felices años cumpla ;  
Dichosos, porque los vive,  
Grandes, porque los ocupa.  
En hora buena, en obsequio  
De su majestad augusta,  
De su resplandor, ministros  
Todos los astros concurren.  
En hora buena, en su rostro  
Que los dos mundos ilustran,  
Brillen encendidas flores,  
Florecientes rayos luzcan.  
En hora buena, su mano  
Gloriosamente introduzca,  
En los dos mundos su yugo,  
A los dos mares coyunda.  
De América, en hora buena  
Huelle la cerviz robusta,  
Que adora en el pie, que besa,  
La mano que la sojuzga.  
Su vida en buen hora sea  
De muchas vidas la suma,  
Porque como muchas dure  
La que vale más que muchas.

ROMANCE

Divina Lisi mía,  
Perdona si me atrevo  
A llamarte así cuando  
Aún, de ser tuya, el nombre no merezco.  
A esto, no osadía  
Es llamarte así, puesto  
Que á ti te sobran rayos,  
Si en mí pudiera haber atrevimientos.  
Error es de la lengua,  
Que lo que dice imperio  
Del dueño, en el dominio,  
Parezcan posesiones en el siervo.  
Mi rey, dice el vasallo,  
Mi cárcel, dice el preso,  
Y el más humilde esclavo,  
Sin agraviarlo, llama suyo al dueño.  
Así cuando yo mía  
Te llamo, no pretendo  
Que juzguen que eres mía,  
Sino sólo que yo ser tuya quiero.  
Yo te ví, pero basta,  
Que á publicar incendios  
Basta apuntar la causa  
Sin añadir la culpa del efecto.

Que mirarte tan alta,  
No impide á mi denuedo,  
Que no hay deidad segura  
Al altivo volar del pensamiento.  
Y aunque otras más merezcan  
En distancia del cielo,  
Lo mismo dista el valle  
Más humilde que el monte más soberbio.  
En fin, yo de adorarte  
El delito confieso;  
Si quieres castigarme,  
Ese mismo castigo será premio.

## ROMANCE

¡Qué bien, divina Lisi,  
Tu sacra deidad sabe,  
Para humillar mis dichas,  
Mezclarme en los favores los pesares !  
No esperar fué el delito  
Que quieres castigarme ;  
¿ Quién creará que fué culpa  
No esperar lo que no puede esperarse ?  
Casualidad fué sola  
Quien pudo ocasionarme,  
Que nunca á un infelice  
Faltan para su mal casualidades.  
En leyes de palacio,  
El delito más grave  
Es esperar, y en mí  
Fué el delito mayor el no esperarte.  
Acusas mi cariño,  
Cómo si fuera fácil  
Pensar yo que tu piensas  
Que dejar de adorarte puede nadie.  
Desconfiar de aquello  
Que es preciso ignorarse,  
Es gala de lo cuerdo  
Y fuera imperfeccion en las deidades.

Más tú, divino dueño,  
¿ Cómo puedes negarme  
Que sabes que te adoro,  
Porque quién eres, de por fuerza, sabes ?  
Baste ya de rigores,  
Hermoso dueño, baste,  
Que tan indigno blanco  
A tus sagrados tiros es desaire.

## COPLAS DE MÚSICA

Círculos de luces cumple  
Hoy el mayor lumínar,  
Que en imperios de zafir  
Huella campos de cristal.

Para celebrar de Carlos  
El venturoso natal,  
Si no son nuevos los rayos,  
Parecen que lucen más.

Aunque es Carlos mejor sol,  
No llega el sol á envidiar  
Su luz, que ignora la envidia  
Exceso tan desigual.

Con demostración luciente  
Al mundo quiere mostrar  
Que quien su deidad venera  
No envidia su majestad.

Ambos el mundo poseen,  
Más con tal disparidad,  
Que el sol es para servir,  
Y Carlos para mandar.

## ROMANCE

Excusado el daros años,  
Señora, me ha parecido,  
Pues quitarlos á las damas  
Fuera mayor beneficio,  
Y por esto no os los diera,  
Pero despues he advertido  
Que no impera en las deidades  
El estrago de los siglos.  
Y así más años vivais  
Que aquel pájaro fenicio  
Ha vivido, no en Arabia,  
Sino en símiles prolijos.  
Por crudición primera  
Esa avecilla os remito,  
Que al festín de vuestros años  
Puede servir de principio.  
Más que dolores ardientes  
Sintió en el leño encendido  
De Ejea el amante tierno  
Por la venganza del Tío,  
Más que el cuello de Medusa  
Vertió venenosos hilos  
Que cayendo en rojas gotas  
Levantaron basiliscos.



Más que el cíclope celoso  
Dió al infeliz mozo gritos,  
Que aún despues de trasformado  
Se le escapó fugitivo.  
Más que el doloroso acento  
Del dulce de Tracia hijo,  
Suspendió en canciones, furias  
Desató en dulzuras, grillos.  
Más que quien al sol se atrevió  
A hurtar el rayo lucido,  
Y en el Caúcaso atormenta  
Diuturno fiero ministro,  
Más que al infeliz Facton  
El fraternal llanto pío,  
Lloró bálsamo oloroso  
Si empezó humor cristalino.  
Más que las cuarenta y nueve  
Pagan en duros castigos  
La obediencia al fiero padre  
Contra los incautos primos.  
Más que en estragos Medea  
De sus músicos hechizos,  
Probó los males que causa  
El celoso precipicio.  
Más que le costaron daños  
Por el juvenil delirio,  
Un hermoso robo á Troya  
Y á España un honor perdido.  
Más ya que estais cansada  
De estos *mases*, imagito,  
Que suele moier un más

Más que un mazo y un martillo,  
Y así en cifra os lo diré  
Por no dejar de decirlos,  
Sed más que todos los *mases*  
De los modernos y antiguos.  
Y, en fin, en lo que vivais  
Con vuestro consorte digno,  
Vuestra fama sola pueda  
Igualaros el guarismo.  
Llevad la inmortalidad  
A medias, como los hijos  
De Leda hermosa, llevando  
De más el lucir unidos.

## SONETO

Cuando mi error y tu vileza veo,  
Contemplo, Silvio, de mi amor errado,  
Cuan grave es la malicia del pecado,  
Cuan violenta la fuerza de un deseo.

A mi misma memoria apénas creo  
Que pudiese caber en mi cuidado  
La última línea de lo despreciado,  
El término final de un mal empleo.

Yo bien quisiera cuando llego á verte,  
Viendo mi infame amor poder negarlo,  
Más luégo la razon justa me advierte

Que sólo se remedia en publicarlo;  
Porque del gran delito de quererte,  
Sólo es bastante pena, confesarlo.

## SONETO

Silvio, yo te aborrezco y aún condeno  
El que estés de esta suerte en mi sentido;  
Que infama el hierro al escorpion herido  
Y á quien lo huella mancha inmundo el cieno.

Eres como el mortífero veneno,  
Que daña á quien lo vierte inadvertido;  
Y, en fin, eres tan malo y fementido,  
Que aún para aborrecido no eres bueno.

Tu aspecto vil á mi memoria ofrezco,  
Aunque con susto me lo contradice,  
Por darme yo la pena que merezco,

Pues cuando considero lo que hice,  
No sólo á tí corrida te aborrezco,  
Pero á mí, por el tiempo que te quise.

### SONETO

Dices que yo te olvido, Célio, y mientes  
En decir que me acuerdo de olvidarte,  
Pues no hay en mi memoria alguna parte  
En que, aún como olvidado, te presentes.

Mis pensamientos son tan diferentes  
Y en todo tan ajenos de tratarte,  
Que ni saben si pueden olvidarte,  
Ni si te olvidan saben si lo sientes.

Si tú fueras capaz de ser querido,  
Fueras capaz de olvido, y ya era gloria  
Al ménos la potencia de haber sido.

Más tan léjos estás de esta victoria,  
Que aqueste no acordarme no es olvido,  
Sino una negacion de la memoria.

### SONETO

Dices que no te acuerdas, Clori, y mientes  
En decir, que te olvidas de olvidarte,  
Pues das ya en tu memoria alguna parte  
En que por olvidado me presentes.

Si son tus pensamientos diferentes  
De los de Albiro, dejarás tratarle,  
Pues tú misma pretendes agraviarle  
Con querer persuadir lo que no sientes.

Niégame ser capaz de ser querido,  
Y tú misma concedes esa gloria;  
Con que en tu contra tu argumento ha sido;

Pues si para alcanzar tanta victoria,  
Te acuerdas de olvidarte del olvido,  
Ya no das negacion en tu memoria.

## DÉCIMA

Tenazmente porfiado  
Intentas, Silvio, molesto,  
Porque erraste lo compuesto  
Componer lo que has errado;  
Yerro cometes doblado,  
Pues cuando mil tretas usas  
Con que confesar rehusas  
Y en no haber culpa te cierras,  
Por excusar lo que yerras,  
Yerras todo lo que excusas.

## ROMANCE

Hermosa, divina Elvira,  
Á cuyas plantas airosas  
Los que á Apolo son laureles,  
Aún no los sirven de alfombra ;  
Á quien Vénus y Minerva  
Reconocen envidiosas,  
La Ateniense por más sabia,  
La Cipria por más hermosa :  
Á quien si el pastor Ideo  
Diera la dorada poma,  
Lo justo de la sentencia  
Le excusara la discordia.  
Pues á vista del exceso  
De tus prendas generosas  
Sin esperar á el exámen  
Te cediera la corona.  
Tú que impedirle pudieras  
La tragedia lastimosa  
Á Andromeda, y de Perseo  
El asunto á la victoria,  
Pues mirando tu hermosura  
Las Nereidas ambiciosas,  
Su belleza despreciaran  
Y á tí te envidiaran sola.

Ese concepto oriental  
Que del llanto de la aurora  
Concebió, concha lucida,  
A imitación de tu boca,  
En quien la naturaleza  
Del arte competidora,  
Siendo forma natural,  
Finge ser artificiosa :  
Quizá porque en su figura  
Erudición cierta y docta  
A fascinantes contagios  
Dá virtud preservadora.  
Con justa razón ofrezco  
A tus aras victoriosas,  
Pues por tributo del mar  
A Vénus sólo le toca.  
Bien mi obligación quisiera  
Que excediera, por preciosa,  
Á la que líquida en vino  
Engrandeci6 egipcias bodas.  
Ó aquella que, blason régio  
De la grandeza española,  
Nuestros cat6licos reyes  
Guardan vinculada joya.  
Pero me consuela el ver  
Que si tu tocado adorna,  
Con prestarle tú el Oriente  
Será más rica que todas.  
Que el lucir tanto los astros  
Que del cielo son antorchas,  
No es tanto por lo que son

Como donde se colocan.  
Recíbela por ofrenda  
De mi fineza amorosa,  
Pues para ser sacrificio  
No en vano quiso ser ostia :  
Mientras yo para la prenda  
De tu mano generosa  
Como para mejor perla  
Del corazon hago concha.

## VILLANCICO

Hoy es del divino amor  
La encarnacion amorosa,  
Fineza que es tan costosa  
Que á las demás da valor.

Que aunque el bien en los nacidos  
Primero fué el ser formados,  
¿Para qué era ser criados  
Sin poder ser redimidos?

Ni el poder sólo gozar  
El sér, pudo ser placer,  
Porque ¿para qué era el sér  
Si era el sér para penar?

Los misterios eslabona,  
Y es para nuestro remedio  
Del de la redencion medio  
Y él de la creacion corona.

¿Qué bien al mundo no ha dado  
La encarnacion amorosa,  
Si aún la culpa fué dichosa  
Por haberla ocasionado?

Ni ella sola ser podia  
Causa, que si se repara,  
Para que Dios encarnara  
Bastaba sola María.

Lo contrario no lo admito,  
Porque se me hace extrañeza  
Poder más que su belleza  
El remedio de un delito.

Que aunque este importó el consuelo  
De un mundo en llanto profundo,  
¿Cuánto valdrá más que un mundo  
La que vale más que el cielo?

Aunque de haber encarnado  
Pudo ser doble el motivo:  
De todos por compasivo,  
De ella por enamorado.

Y así el bajar este día  
Al suelo por varios modos,  
Fué por la culpa de todos  
Y la gracia de María

## ROMANCE

A SAN PEDRO

Del descuido de una culpa,  
Un gallo, Pedro, os avisa,  
Que aún lo irracional reprende  
À quien la razon olvida.  
Que poco la Providencia  
De instrumentos necesita,  
Pues un apóstol convierte  
Con lo que un ave predica.  
Exámen fué vuestra culpa  
Para vuestra prelación,  
Que peligra de muy recto  
Quien de frágil no peligra.  
Timido mueve el impulso  
De la mano compasiva,  
Quien en su castigo propio  
Tiene del dolor noticia.  
En las agenas flaquezas  
Siempre la vuestra se os pinta,  
Y el estruendo del que cae  
Os acuerda la caída.  
Así templan vuestros ojos  
Con la piedad la justicia,  
Cuando lloran como reos  
Los que como jueces miran.

## SONETO

EN LA MUERTE DEL DUQUE DE VERAGUAS

Moriste, duque excelso, enfin moriste,  
Sol de Veragua clara y refulgente,  
Que apenas ilustrabas el oriente  
Cuando en fatal ocaso te pusiste.

Tú que por tantas veces te ceñiste  
El desden vencedor del sol ardiente,  
Apareciste exhalacion luciente,  
Llegaste aplauso, ejemplo feneciste.

Moriste, enfin ; pero mostraste osado  
El valor de tu pecho no vencido,  
De la propia nacion tan venerado,

De las contrarias armas tan temido,  
Moriste de improviso, que aún el hado  
No osara acometerte prevenido.

## COPLAS

Celebrad criaturas  
Las dichas que logro,  
Aún que á mis venturas  
Todo viene corto.

Sabed que mis bienes  
Llegan á tal colmo,  
Que aún á la esperanza  
Exceden mis gozos.

Del Señor un ángel  
Me asiste animoso,  
Que con nímio celo  
Guarda mi decoro.

Soy esclava humilde  
Del Señor que adoro,  
Y por ello ostento  
Serviles despojos.

Con su santo sello  
Señaló mi rostro  
Para que no admita  
Más que su amor sólo.

Del que ángeles sirven  
Esposa ~~me~~ nombre,

A quien sol y luna  
Admiran hermoso.

Desprecia por Cristo  
Mi pecho amoroso  
El reino del mundo  
Con su fausto todo.

Ahora que sigo  
Con paso amoroso  
Al que ha deseado  
El corazon todo.

¡Ay! no me confundas,  
Señor, con enojo,  
Sino obra conmigo  
Cual siempre piadoso.

Dióme, en fe, su anillo  
De su desposorio,  
Y de inmensas joyas  
Compuso mi adorno.

Vistióme con ropas  
Tejidas con oro,  
Y con su corona  
Me honró como esposo.

Lo que he deseado  
Ya lo ven mis ojos,  
Y lo que esperaba  
Ya feliz lo gozo.



## SONETO

A LA MUERTE DEL REY FELIPE IV

¡Oh cuán frágil se muestra el sér humano  
En los últimos términos fatales  
Donde sirven aromas orientales  
De culto inútil, de resguardo vano!

Sólo á tí respetó el poder tirano  
¡Oh gran Felipe! pues con las señales  
Que ha mostrado que todos son mortales,  
Te ha acreditado á tí de soberano.

Conoces ser de tierra fabricado  
Este cuerpo, y que está con mortal guerra  
El bien del alma en él aprisionado;

Y así subiendo al bien que el cielo encierra,  
Que en la tierra no cabes has probado,  
Pues aún tu cuerpo dejas por que es tierra.

## SONETO

Rosa divina que en gentil cultura  
Eres con tu fragante sutileza,  
Magisterio purpúreo en la belleza,  
Enseñanza nevada á la hermosa

Amago de la humana arquitectura,  
Ejemplo de la vana gentileza  
En cuyo sér unió naturaleza  
La cuna alegre y triste sepultura.

¡Cuán altiva en tu pompa presumida,  
Soberbia el riesgo de morir desdeñas,  
Y luego desmayada y encojida,

De tu caduco sér das místicas señas!  
Con que docta muerte y necia vida,  
Viviendo engañas y muriendo enseñas.

SONETO

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,  
Como en tu rostro y tus acciones veía  
Que con palabras no te persuadía,  
Que el corazón me vieses deseaba.

Y amor que mis intentos ayudaba  
Venció lo que imposible parecía,  
Pues entre el llanto que el dolor vertía,  
El corazón deshecho destilaba.

Baste ya de rigores, mi bien, baste,  
No te atormenten más celos tiranos,  
Ni el vil recelo tu virtud contraste

Con sombras necias, con indicios vanos;  
Pues ya en líquido humor viste y tocaste  
Mi corazón deshecho entre tus manos.

SONETO

Deténte, sombra de mi bien esquivo,  
Imagen del hechizo que más quiero,  
Bella ilusión por quien alegre muero,  
Dulce ficción por quien penoso vivo.

Si al imán de tus gracias atractivo  
Sirve mi pecho de obediente acero,  
¿Para qué me enamoras lisonjero  
Si has de burlarme luego fugitivo?

Más blasonar no puedes, satisfecho  
De que triunfa de mí tu tiranía,  
Que aún que dejas burlado el lazo estrecho,

Que tu forma fantástica ceña,  
Poco importa burlar brazos y pecho  
Si te labra prisión mi fantasía.

### SONETO

Yo adoro á Lisi, pero no pretendo  
Que Lisi corresponda mi fineza,  
Pues si juzgo posible su belleza,  
Á su decoro y mi aprension ofendo.

No emprender solamente es lo que emprendo  
Pues sé que á merecer tanta grandeza [do  
Ningun mérito basta, y es simpleza  
Obrar contra lo mismo que yo entiendo.

Como cosa concibo tan sagrada  
Su beldad, que no quiere mi osadía  
Á la esperanza dar ni aún leve entrada;

Pues cediendo á la suya mi alegría,  
Por no llegarla á ver mal empleada,  
Aún pienso que sintiera verla mía.

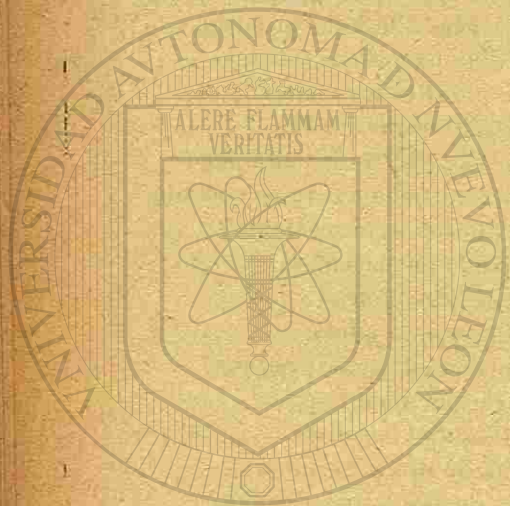
### LIRAS

Amado dueño mio,  
Escucha un rato mis cansadas quejas,  
Pues al viento las fio  
Que breve las conduzca á tus orejas,  
Si no se desvanece el triste acento  
Como mis esperanzas en el viento.  
Oyéme con los ojos,  
Ya que están distantes los oidos,  
Y de ausentes enojos  
En ecos de mi pluma mis gemidos;  
Y ya que á tí no llega mi voz ruda  
Oyéme sordo, pues me quejo muda.  
Si del campo te agradas  
Goza de sus frescuras venturosas,  
Sin que aquestas cansadas  
Lágrimas te detengan enfadosas,  
Que en él verás, si atento te entretienes,  
Ejemplos de mis males y mis bienes.  
Si al arroyo parlero  
Ves galan de las flores en el prado  
Que amante y lisonjero  
A cuantas mira intima su cuidado,  
En su corriente mi dolor te avisa  
Que á costa de mi llanto tiene risa.

Si ves que triste llora  
Su esperanza marchita en ramo verde  
Tórtola gemidora,  
En él y en ella mi dolor te acuerde,  
Que imitan con verdor y con lamento  
El mi esperanza y ella mi tormento.  
Si la flor delicada,  
Si la peña que altiva no consiente  
Del tiempo ser hollada,  
Ambas me imitan aún que variamente,  
Ya con fragilidad, ya con dureza,  
Mi dicha aquella y ésta mi firmeza.  
Si ves el ciervo herido,  
Que baja por el monte acelerado,  
Buscando dolorido  
Alivio al mal en un arroyo helado,  
Y sediento al cristal se precipita,  
No en el alivio, en el dolor me imita.  
Si la liebre encojida  
Huye medrosa de los galgos fieros,  
Y por salvar la vida  
No deja estampa de los piés ligeros :  
Tal mi esperanza en dudas y recelos  
Se ve acosada de villanos celos.  
Si ves el cielo claro,  
Tal es la sencillez del alma mía,  
Y si de luz avaro  
De tinieblas emboza el claro día,  
Es con su oscuridad y su inclemencia  
Imágen de mi vida en esta ausencia.  
Así que, Fabio amado,

Saber puedes mis males sin costarte  
La noticia cuidado,  
Pues puedes de los campos informarte,  
Y pues yo á todo mi dolor ajusto,  
Saber mi pena, sin dejar tu gusto.  
¿Mas cuándo ¡ ay gloria mía!  
Mereceré gozar tu luz serena?  
¿Cuándo llegará el día  
Qué pongas dulce fin á tanta pena?  
¿Cuándo veré tus ojos, dulce encanto,  
Y de los míos quitarás el llanto?  
¿Cuándo tu voz sonora  
Herirá mis oídos delicada,  
Y el alma que te adora  
De inundación de gozos anegada,  
A recibirte con amante prisa  
Saldrá á los ojos desatada en risa?  
¿Cuándo tu luz hermosa  
Revestirá de gloria mis sentidos?  
¿Y cuándo yo dichosa  
Mis suspiros daré por bien perdidos,  
Teniendo en poco el precio de mi llanto,  
Que tanto ha de penar quien goza tanto?  
¿Cuándo de tu apacible  
Rostro alegre veré la luz afable,  
Y aquel bien indecible  
A toda humana pluma inexplicable?  
¿Que mal se ceñirá á lo definido  
Lo que no cabe en todo lo sentido?  
Ven, pues, mi prenda amada,  
Que ya fallece mi cansada vida

De esta ausencia pesada ;  
Ven, pues, que mientras tarda tu venida,  
Aunque me cueste su verdor enojos ;  
Regaré mi esperanza con mis ojos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## GLOSA

Si de mis mayores gustos.  
Mis gustos han nacido,  
Gustos al cielo le pido,  
Aunque me cuesten disgustos.

¡ Qué mal, Fabio, resiste  
Mi amor mi suerte penosa,  
Pues la estrella que me asiste,  
De una causa muy gustosa  
Produce un efecto triste!

Porque mis pesados sustos,  
Que padezco desiguales  
En mis pesares injustos,  
No nacieron de mis males,  
Si de mis mayores gustos

Y de manera me ordena  
Los sucesos mi desdicha,  
Que como los encadena,  
Lo futuro de una dicha  
Es posesion de una pena.

Todo lo debo á Cupido,  
Pues de un favor que me dá,

Que es siempre de prometido,  
Aún no está engendrado, y ya  
Más disgustos han nacido.

Y aún han hecho efectos tales  
De mi estrella los desdenes  
Con efectos desiguales,  
Que aborrezco ya á los bienes  
Como á causas de los males.

Y así no llora el sentido  
El ver que carezco aquí  
De las dichas que he tenido,  
Porque sólo para tí  
Gustos al cielo le pido.

Pues te quiero de manera,  
Y el bien así me limitó,  
Que al cielo le agradeciera  
Si el gusto que á mí me quitó  
A tí, Fabio, te le diera.

Que estimo tanto tus gustos,  
Que sin mirar ni pesar,  
O sean justos ó injustos,  
Tus gustos he de comprar,  
Aunque me cuesten disgustos.

## DÉCIMAS

Dime, vencedor rapáz,  
Vencido de mi constancia,  
¿Qué ha sacado tu arrogancia  
De alterar mi firme paz?  
Que aunque de vencer capaz  
Es la punta de tu harpon  
El más duro corazón,  
¿Qué importa el tiro violento  
Si á pesar del vencimiento  
Queda viva la razón?

Tienes grande señorío,  
Pero tu jurisdicción  
Domina la inclinación,  
Más no pasa al albedrío;  
Y así librarme confío  
De tu loco atrevimiento,  
Pues aunque rendida siento  
Y presa la libertad,  
Se rinde la voluntad,  
Pero no el consentimiento.

En dos partes dividida  
Tengo el alma en confusión,

Que es siempre de prometido,  
Aún no está engendrado, y ya  
Más disgustos han nacido.

Y aún han hecho efectos tales  
De mi estrella los desdenes  
Con efectos desiguales,  
Que aborrezco ya á los bienes  
Como á causas de los males.

Y así no llora el sentido  
El ver que carezco aquí  
De las dichas que he tenido,  
Porque sólo para tí  
Gustos al cielo le pido.

Pues te quiero de manera,  
Y el bien así me limitó,  
Que al cielo le agradeciera  
Si el gusto que á mí me quitó  
A tí, Fabio, te le diera.

Que estimo tanto tus gustos,  
Que sin mirar ni pesar,  
O sean justos ó injustos,  
Tus gustos he de comprar,  
Aunque me cuesten disgustos.

## DÉCIMAS

Dime, vencedor rapáz,  
Vencido de mi constancia,  
¿Qué ha sacado tu arrogancia  
De alterar mi firme paz?  
Que aunque de vencer capaz  
Es la punta de tu harpon  
El más duro corazón,  
¿Qué importa el tiro violento  
Si á pesar del vencimiento  
Queda viva la razón?

Tienes grande señorío,  
Pero tu jurisdicción  
Domina la inclinación,  
Más no pasa al albedrío;  
Y así librarme confío  
De tu loco atrevimiento,  
Pues aunque rendida siento  
Y presa la libertad,  
Se rinde la voluntad,  
Pero no el consentimiento.

En dos partes dividida  
Tengo el alma en confusión,

Una, esclava á la pasión,  
Y otra á la razón medida.  
Guerra civil encendida  
Aflige el pecho importuna,  
Quiere vencer cada una,  
Y entre fortunas tan varias  
Morirán ambas contrarias,  
Pero vencerá ninguna.

Cuando fuera, amor, te veía,  
No merecí de ti palma,  
Y hoy que estás dentro del alma,  
Es resistir valentía.  
Córrese, pues, tu porfía  
De los triunfos que te gana,  
Pues cuando ocupas tirano  
El alma sin resistillo,  
Tienes vencido el castillo,  
É invencible el castellano.

Invicta razón alienta  
Armas contra tu vil saña,  
Y el pecho es corta campaña  
A batalla tan sangrienta;  
Y así, amor, en vano intenta  
Tu esfuerzo loco ofenderme,  
Pues podré decir, al verme  
Esperar sin entregarme,  
Que conseguiste matarme,  
Más no pudiste vencerme.

## REDONDILLAS

A UNA PRESUMIDA

Que te dan en la hermosura  
La palma, dices, Leonor,  
La de vírgen es mejor,  
Que tu cara la asegura.

No te precies con descoco  
Que á todos robas el alma,  
Que si te han dado la palma  
Es, Leonor, porque eres coco.



## REDONDILLAS

A UN BORRACHO LINAJUDO

Por que tu sangre se sepa  
Cuentas á todos, Alfeo,  
Que es de reyes, y yo creo  
Que eres de muy buena cepa.

Y que pues á cuantos topas  
Con esos reyes enfadas,  
Que más que reyes de espadas  
Debieron de ser de copas.

## REDONDILLAS

A UN SOBERBIO

El no ser de padre honrado  
Fuera defecto á mi ver,  
Si como recibí el sér  
De él, se lo hubiera yo dado.

Más piadosa fué tu madre,  
Que hizo que á muchos sucedas,  
Para que entre tantos puedas  
Tomar al que más te cuadre.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## REDONDILLAS

Al Silvio, tu opinion ya errada,  
Que en lo común, si se apura,  
No admiten por hermosura  
Hermosura enamorada.

Pues si hacen de la extrañeza  
El atractivo más grato,  
Es el agrio de lo ingrato  
La sazón de la belleza.

Porque gozando excepciones  
De perfección más que humana,  
La acredita soberana  
Lo libre de las pasiones.

Que no se conserva bien,  
Ni tiene seguridad  
La rosa de la beldad  
Sin la espina del desden.

Más si el amor hace hermosuras,  
Pudiera excusar ufana,  
Con merecer la manzana,  
La contienda de las diosas.

Belleza llevo á tener  
De mano tan generosa,  
Que dices, que seré hermosa  
Solamente con querer.

Y así, en la lid contenciosa  
Fuera siempre la triunfante,  
Que pues nadie tan amante,  
Luégo nadie tan hermosa.

Más si de amor el primor  
La belleza me asegura,  
Te deberé la hermosura,  
Pues me causas el amor.

Del amor tuyo confío  
La beldad que me atribuyo  
Porque, siendo obsequio tuyo,  
Resulta en provecho mío.

Pero á todo satisfago  
Con ofrecerte de nuevo  
La hermosura que te debo,  
Y el amor con que te pago.

## REDONDILLAS

Este amoroso tormento  
Que en mi corazón se ve,  
Sé que lo siento, y no sé  
La causa por que lo siento.

Siento una grande agonía  
Por lograr un devaneo,  
Que empieza como deseo  
Y pára en melancolía.

Y cuando con más ternura  
Mi infeliz estado lloro,  
Sé que estoy triste, é ignoro  
La causa de mi tristeza.

Siento un anhelo tirano  
Por la ocasion á que aspiro,  
Y cuando cerca la miro,  
Yo misma aparto la mano.

Porque si acaso se ofrece,  
Después de tanto desvelo,  
La desazona el recelo,  
O el susto la desvanece.

Y si alguna vez sin susto  
Consigo tal posesion,  
Cualquiera leve ocasion  
Me malogra todo el gusto.

Siento mal del mismo bien  
Con receloso temor,  
Y me obliga el mismo amor  
Tal vez á mostrar desden.

Cualquier leve ocasion labra  
En mi pecho de manera  
Que el que imposibles venciera,  
Se irrita de una palabra.

Con poca causa ofendida  
Suelo en mitad de mi amor  
Negar un leve favor  
A quien le diera la vida.

Ya sufrida, ya irritada,  
Con contrarias penas lueho,  
Que por él sufriré mucho,  
Y con él sufriré nada.

No sé en que lógica cabe  
El que tal cuestion le pruebe,  
Que por él, lo grave es leve,  
Y con él, lo leve es grave.

Sin bastantes fundamentos,  
Forman mis tristes cuidados

De conceptos engañados  
Un monte de sentimientos.

Y en aquel fiero conjunto  
Hallo, cuando se derriba,  
Que aquella máquina altiva  
Sólo estribaba en un punto.

Tal vez el dolor me engaña,  
Y presumo sin razon  
Que no habrá satisfaccion  
Que pueda templar mi saña.

Y cuando á averiguar llego  
El agravio porque niño,  
Es como espanto de niño,  
Que pára en burlas y juego.

Y aún que el desengaño toco,  
Con la misma pena lucho  
De ver que padezco mucho,  
Padeciendo por tan poco.

A vengarle se abalanza  
Tal vez el alma ofendida,  
Y después arrepentida  
Toma de mí otra venganza.

Y si al desden satisfago,  
Es con tan ambiguo error,  
Que yo pienso que es rigor  
Y se remata en halago.

Hasta el labio desatento  
Suele equívoco tal vez,  
Por usar de la altivez  
Encontrar el rendimiento.

Cuando por soñada culpa  
Con más enojo me incito  
Yo le acrimino el delito,  
Y le busco la disculpa.

No huyo el mal, ni busco el bien,  
Porque, en mi confuso error,  
Ni me asegura el amor,  
Ni me despecha el desden.

En mi ciego devaneo,  
Bien hallada con mi engaño,  
Solicito el desengaño,  
Y no encontrarlo deseo.

Si alguno mis quejas oye,  
Más á decirlas me obliga,  
Porque me las contradiga  
Que no por que las apoye.

Porque si con la pasion  
Algo contra mi amor digo,  
Es mi mayor enemigo  
Quien me concede razon.

Y si acaso en mi provecho  
Hallo la razon propicia,

Me embaraza la justicia  
Y ando cediendo el derecho.

Nunca hallo gusto cumplido  
Porque entre alivio y dolor,  
Hallo culpa en el amor  
Y disculpa en el olvido.

Esto de mi pena dura  
Es algo del dolor fiero,  
Y mucho más no refiero,  
Porque pasa de locura.

Si acaso me contradigo  
En este confuso error,  
Aquel que tuviere amor  
Entenderá lo que digo.

## ROMANCE

Gallardo jóven ilustre,  
Que en bien logrados abriles  
De sazón temprana ofreces  
Frutos que el otoño envidie.  
Tú que en gloriosa palestra  
De las literarias lides  
Al alto honor de la ciencia  
Nuevo añades sacro timbre.  
Tú porque el tiempo nunca  
En sus anales te olvide,  
Con los instantes que logras,  
Eternos espacios mides.  
Cuyo nombre será siempre  
En inscripciones plausibles,  
Fatiga honrosa á los bronce,  
Dulce afán á los buriles.  
Cuyas cláusulas sonoras  
Dan ocupacion felice  
Á la fama, que las canta  
Y al eco, que las repite.  
Porque impedido el aliento  
Del bronce que lo comprime,  
Pisó de la eternidad  
Imaginarios confines.

Hoy que doctoral insignia  
Tu dichosa frente ciñe,  
Y que de la amarga siembra  
Gustosos frutos percibes,  
Goza el laurel, goza el premio  
Que tu fama te apercibe,  
Puro blason que te adorne,  
Cándido honor que te anime.  
Gózale honroso, aunque corto,  
Desigualmente compite,  
El que tus sienas halaga  
Al que tus méritos pide.  
Goza el tan debido premio,  
Y ese candor que te viste,  
Si no corona tu ciencia,  
Por lo ménos la publique.  
Aguila del sol más alto  
Registre sus rayos lince,  
No ménos que á tanto objeto  
Tanto espíritu se incline.  
Gózate excepcion del tiempo,  
Y porque el mundo te admire;  
Vive tanto como sabes,  
Goza tanto como vives.

## ROMANCE

Si el día en que tu naciste,  
Bellísima excelsa Elvira,  
Es ventura para todos,  
¿Porqué no lo será mia?  
¿Nací yo acaso en las yerbas,  
Ó criéme en las hortigas?  
¿Fué mi ascendiente algun risco,  
Ó mi cuna alguna sima?  
¿No soy yo gente? ¿No es forma  
Racional la que me anima?  
¿No desciendo, como todos,  
De Adan por mi recta línea?  
¿No hay sindérisis en mí  
Con que lo mejor elija,  
Y ya que bien no lo entienda  
Por lo ménos lo percibas?  
¿Pues porqué no he de ir á verte  
Cuando todos te visitan?  
¿Soy ave nocturna para  
No poder andar de día?  
Si porque estoy encerrada  
Me tienes por impedida,  
Para estos impedimentos  
Tiene el afecto sus limas;

Para el alma no hay encierro,  
Ni prisiones que la impidan,  
Porque sólo la aprisionan  
Las que se forma ella misma.  
Sútil y ágil el deseo,  
No hay cuando sus plumas gira  
Solidez que no penetre,  
Ni distancia que no mida.  
Mejorados van mis ojos  
Cuando á verte se destinan,  
Pues para que ellos te vean  
Retiró el alma la vista.  
Contento con mi carencia  
Mi respeto sacrifica,  
Por el culto que te doy,  
El gusto que se me priva.  
Entre el gusto y el decoro  
Quiere la razon que elija  
Lo que es adoracion tuya  
Antes que la fruicion mía.  
Yo me alegro de no verte,  
Porque fuera grosería  
Que te cueste una indecencia  
El que yo logre una dicha.  
Á objeto tanto ella sola  
Llegara ménos indigna,  
Porque nunca á la deidad  
Los ojos mortales miran.  
Allá voy á verte, pero  
Perdóname la mentira,  
Que mal puede ir á un lugar

El que siempre en él habita.  
Yo siempre de tu asistencia  
Soy la mental estantigua,  
Que te asisto y no me sientes,  
Que te sirvo y no me miras.  
Yo, envidiosa de la esfera  
Dichosa que tu iluminas,  
Formo de mis pensamientos  
Las alfombras que tu pisas,  
Y aunque invisible, allí el alma  
Te venera tan rendida,  
Que apenas logra el deseo  
Desperdicios de tu vida.  
Más cierto que del asunto  
Estoy más de cuatro millas,  
Que leguas dijera á no  
Ser el asonante en ía,  
Revístome de dar años  
Que aunque tan no parecida  
Dádiva en las damas, es  
De la que tu necesitas.  
Pues es tan breve el espacio  
De tu juventud florida,  
Que á otras se les darán años,  
Pero á tí se te dán días.  
Yo te los doy, y no pienses  
Que vòy desapercibida  
De las alhajas que observa  
Hoy la etiqueta precisa.  
Pues si de los años es  
Una cadena la insignia,

Yo tengo la de tu esclava,  
Mira si hay otra más rica.  
Por joyel un corazón  
Que en vez de diamantes brilla  
El fondo de mi fineza,  
El resplandor de mi dicha.  
Gózeslos como deseo,  
Como mereces los vivas,  
Que en lo que quiero y mereces  
Dos infinitos se cifran.  
Que pues vives de lucir  
De los lustrós la medida,  
Pues que se dijo *á lustrando*,  
Sólo en tí se verifica.  
No quiero cansarte más,  
Porque de que estés, es día,  
Hermosa, á más no poder,  
Y de adrede desabrida.

## ROMANCE

Afuera, afuera, ansias mías,  
No el respeto se embaraze,  
Que es lisonja de la pena  
Perder el miedo á los males.  
Salga el dolor á las voces  
Si quiere mostrar lo grande,  
Y acredite lo insufrible  
Con no poder ocultarse.  
Salgan signos á la boca  
De lo que el corazón arde,  
Que nadie creará el incendio  
Si el humo no da señales.  
No á impedir el grito sea  
El miramiento bastante,  
Que no es muy valiente el preso  
Que no quebranta la cárcel.  
Él que su cuidado estima  
Sus sentimientos no calle,  
Que es agravio del motivo  
No hacer del dolor alarde.  
Mayor es, que yo, mi pena,  
Y, esto supuesto, más fácil  
Será que ella á mí me venza  
Que no que yo en ella mande.



## ROMANCE

Seguro me juzga Gila;  
Porque no la pido celos,  
Cuando el no pedirlos es  
Indicio de que los tengo.  
Vela mi sospecha, y cuanto  
Más padezco en mi silencio,  
Me quita el dolor el habla,  
Y ella piensa que es el sueño.  
Mis agravios disimulo,  
Temiendo su rompimiento,  
Con que en mi boca es mordaza  
Lo que en ella juzgo freno.  
Pérdida de mi caudal  
Es tu amoroso comercio,  
Pues lo que me cuesta más  
Me lo paga á ménos precio.  
Pierdo con su compañía,  
Pues siendo el trato uno mismo,  
Pasa ella los contrabandos  
Y yo los indultos debo.  
En fin, yo muero callando,  
Y ella juzga que en mi pecho,  
Le debe á mi confianza  
Los obsequios de mi miedo.

## ROMANCE

Si el desamor ó el enojo  
Satisfacciones admiten,  
Y si tal vez los rigores  
De urbanidades se visten :  
Escucha, Fabio, mis males,  
Cuyo dolor si se mide  
Aún el mismo padecerlo  
No lo sabrá hacer creible.  
Oye mi altivez postrada,  
Porque son incompatibles  
Un pundonor que se ostente  
Con un amor que se humille.  
Escucha de mis afectos  
Las tiernas voces humildes,  
Que en enfáticas razones  
Dicen más de lo que dicen.  
Que si despues de escucharme  
Rigor en tu pecho asiste,  
Informaciones de bronce  
Te acreditan de insensible.  
No amarte tuve propuesto,  
Más proponer de qué sirve,  
Si á persuasiones sirenas  
No hay propósitos Ulises.

Pues es, aunque se prevenga  
En las amorosas lides,  
El griego ménos prudente  
Y más engañosa Circe.  
¿Ni qué importa que en un pecho  
Donde la pasión reside,  
Se resista la razón  
Si la voluntad se rinde?  
En fin, me rendí; ¿qué mucho  
Si mis errores conciben  
La esclavitud como gloria,  
Y como pensión lo libre?  
Aún en mitad de mi enojo  
Estuvo mi amor tan firme,  
Que á pesar de mis alientos,  
Aunque no quise, te quise.  
Pensé desatar el lazo  
Que mi libertad oprime,  
Y fué apretar la lazada  
El intentar desasirme.  
Si de tus méritos nace  
Esta pasión que me aflige,  
¿Cómo el efecto podrá  
Cesar si la causa existe?  
¿Quién no admira que el olvido  
Tan poco del amor diste  
Que quien camina el primero  
El segundo se avecine?  
No, pues, permitais, mi Fabio,  
Si en ti el mismo afecto vive,  
Que un leve enojo blasone

Contra un amor invencible.  
No hagas que un amor dichoso  
Se vuelva en afecto triste,  
Ni que las aras de Anteros  
A Cupido se dediquen.  
Deja que nuestras dos almas,  
Pues un mismo amor las rije,  
Teniendo la unión en poco  
Amantes se identifiquen.  
Un espíritu amoroso  
Nuestras dos vidas anime,  
Y Lachesis al formarlos  
De un solo copo los hile.  
Nuestros dos conformes pechos  
Con solo un aura respiren,  
Un destino nos gobierne  
Y una inclinación nos guie.  
Y, en fin, á pesar del tiempo  
Pase nuestro amor felice,  
De las puertas de la Parca,  
Unidad indivisible.  
Donde siempre amantes formos  
Nuestro eterno amor envidien  
Los Leandros y las Eros,  
Los Piramos y las Tisbes.

## ENDECHAS

Divino dueño mio,  
Si al tiempo de apartarme  
Tiene mi amante pecho  
Alientos de quejarse,  
Oye mis penas, mira mis males.

Aliéntese el dolor,  
Si puede lamentarse,  
Y á vista de perderte  
Mi corazón exhale  
Llanto á la tierra, quejas al aire.

Apénas de tus ojos  
Quise al sol elevarme,  
Cuando mi precipicio  
Dá, en sentidas señales,  
Venganza al fuego, nombre á los manes.

Apénas tus favores  
Quisieron coronarme  
Dichoso más que todos,  
Felice como nadie,  
Cuando los gustos fueron pesares.

Sin duda el ser dichoso  
Es la culpa más grave,  
Pues mi fortuna adversa  
Dispone que la pague,  
Con que á mis ojos tus luces falten.

¡ Ay dura ley de ausencia !  
¿ Quién podrá derogarte  
Si adonde yo no quiero  
Me llevas, sin llevarme,  
Con alma muerto vivo cadáver ?

Será de tus favores  
Sólo el corazón cárcel,  
Por ser aún el silencio,  
Si quiero que los guarde,  
Custodio indigno, sigilo frágil.

Y puesto que me ausento  
Por el último vale,  
Te prometo rendido  
Mi amor, y sé, constante,  
Siempre quererte, nunca olvidarte.

## ROMANCE

Traigo conmigo un cuidado,  
Y tan esquivo, que creo  
Que aunque sé sentirlo tanto  
Aún yo mismo no lo siento.  
Es amor, pero es amor  
Que, faltándole lo ciego,  
Los ojos que tiene son  
Para darle más tormento.  
El término no es *à quo*.  
Que causa el pesar que veo,  
Que siendo el término el bien  
Todo el dolor es el medio.  
Si es lícito y aún debido  
Este cariño que tengo,  
¿ Porqué me han de dar castigo  
Porqué pago lo que debo?  
¡ Oh cuánta fineza, oh cuántos  
Cariños he visto tiernos !  
Que amor que se tiene en Dios  
Es calidad sin opuestos.  
De lo lícito no puede  
Hacer contrarios conceptos,  
Con que es amor que al olvido  
No puede vivir expuesto.

Yo me acuerdo (¡ oh nunca fuera !)  
Que he querido en otro tiempo  
Lo que pasó de locura  
Y lo que excedió de extremo.  
Más como era amor bastardo  
Y de contrarios compuesto,  
Fué fácil desvanecerse  
De achaque de su sér mesmo.  
Más ahora (¡ ay de mí ! ) está  
Tan en su natural centro  
Que la virtud y razon  
Son quien aviva su incendio.  
Quien tal oyere dirá  
Que si es así ¿ porqué peno ?  
Más mi corazon ansioso  
Dirá que por eso mesmo.  
¡ Oh humana flaqueza nuestra  
Adónde el más puro afecto  
Aún no sabe desnudarse  
Del natural sentimiento !  
Tan precisa es la apetencia,  
Que á ser amados tenemos  
Que aún sabiendo que no sirve  
Nunca dejarla sabemos.  
Que corresponda á mi amor  
Nada añade, más no puedo  
Por más que lo solicito  
Dejar yo de apetecerlo.  
Si es delito, ya lo digo,  
Si es culpa, ya lo confieso ;  
Más no puedo arrepentirme

Por más que hacerlo pretendo.  
Bien ha visto quien penetra  
Lo interior de mis secretos,  
Que yo misma estoy formando  
Los dolores que padezco,  
Bien sabe que soy yo misma  
Verdugo de mis deseos ;  
Pues muertos entre mis ansias  
Tienen sepulcro en mi pecho.  
Muero (¿ quién lo creará ?) á manos  
De la cosa que más quiero,  
Y el motivo de matarme  
Es el amor que le tengo.  
Así alimentando triste  
La vida con el veneno,  
La misma muerte que vivo  
Es la vida con que muero.  
Pero valor, corazon,  
Por que en tan dulce tormento  
En medio de cualquier fuerte  
No dejar de amar protesto.

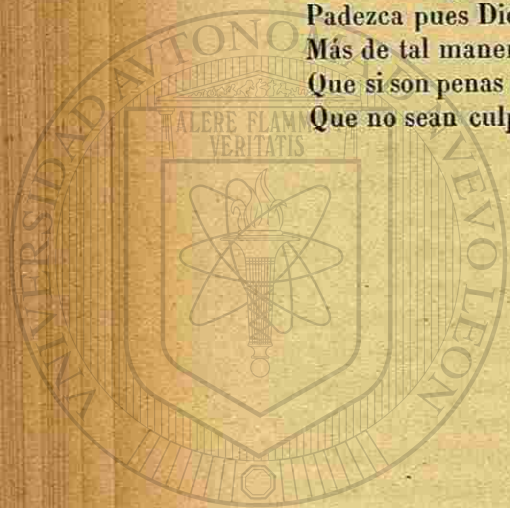
## ROMANCE

Miéntras la gracia me excita  
Por elevarme á la esfera,  
Más me abate hasta el profundo  
El peso de mis miserias.  
La virtud y la costumbre  
En el corazon pelean,  
Y el corazon agoniza  
En tanto que lidian ellas.  
Y aunque es la virtud tan fuerte,  
Temo que tal vez la venzan,  
Que es muy grande la costumbre,  
Y está la virtud muy tierna.  
Oscurécese el discurso  
Entre confusas tinieblas ;  
¿ Pues quién podrá darme luz  
Si está la razon á ciegas ?  
De mí misma soy verdugo  
Y soy cárcel de mí misma ;  
¿ Quién vió que pena y penante  
Una propia cosa sean ?  
Hago disgusto á lo mismo  
Que más agradar quisiera,  
Y del disgusto que doy  
En mí resulta la pena.

Amo á Dios y siento en Dios,  
Y hace mi voluntad misma  
De lo que es alivio, cruz,  
Del mismo puerto, tormenta.  
Padezca pues Dios lo manda ;  
Más de tal manera sea  
Que si son penas las culpas,  
Que no sean culpas las penas.

DÉCIMA

Fuerza es que os llegue á decir  
Que sin salud llevo á estar  
De vivir para estudiar  
Y no estudiar el vivir,  
Y así el llegar á escribir  
De agena letra, no hacer  
Novedad os pueda al ver  
Que haya resuelto al serviros  
Por no poder escribiros  
Escribiros por poder.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

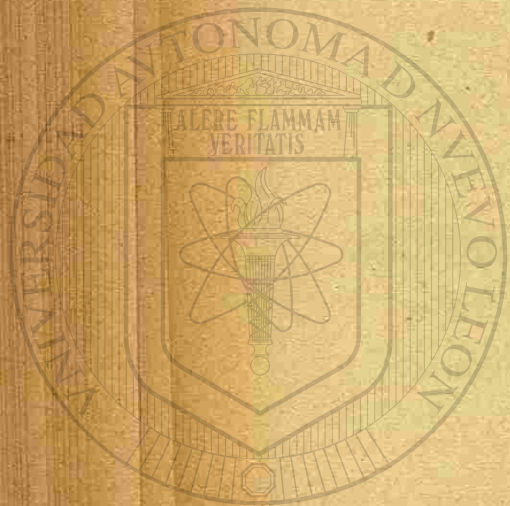


OBRAS DRAMÁTICAS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## LOS EMPENOS DE UNA CASA

COMEDIA FAMOSA

### INTERLOCUTORES

DON CÁRLOS.  
DON JUAN.  
DON PEDRO.  
CELIA.  
HERNANDO.  
CASTAÑO.

DON RODRIGO.  
DOÑA LEONOR.  
DOÑA ANA.  
Dos Embozados.  
Coros de música.

### JORNADA PRIMERA

SALEN DOÑA ANA Y CELIA.

DOÑA ANA.

Hasta que venga mi hermano,  
Celia, le hemos de esperar.

CELIA.

Pues eso será velar,  
Porque él juzga que es temprano  
La una ó las dos : y á mi ver  
Aunque es grande ociosidad  
Viene á decir la verdad,  
Pues viene al amanecer.  
¿Más porqué ahora te dió  
Esa gana de esperar,  
Si te entras siempre á acostar  
Tú, y le espero sola yo?



DOÑA ANA.

Has de saber, Celia mía,  
Que aquesta noche ha fiado  
De mí todo su cuidado,  
Tanto de mi afecto fía.  
Bien sabes tú que él salió  
De Madrid dos años há,  
Y á Toledo donde está  
Á una cobranza llegó,  
Pensando luégo volver,  
Y así en Madrid me dejó,  
Donde estando sola yo.  
Y poder ser vista y ver,  
Me vió don Juan y le ví,  
Y me solicitó amante,  
Á cuyo pecho constante  
Atenta correspondí;  
Cuando, ó por no ser tan llano  
Como el pleito se juzgó,  
Ó lo cierto porque no  
Quería irse mi hermano  
Por que vive aquí una dama  
De perfecciones tan sumas  
Que dicen que faltan plumas  
Para alabarla á la Fama,  
De la cual enamorado  
Aunque no correspondido,  
Por conseguirla perdido  
En Toledo se ha quedado,  
Y por que yo no estuviese  
Sola en la corte sin él,

Ó por que á su amor cruel  
De algun alivio le fuese,  
Dispuso que venga aquí  
Á vivir yo, que al instante  
Dé cuenta á Don Juan, que, amante,  
Vino á Toledo tras mí;  
Fineza á que agradecida  
Toda el alma estar debiera,  
Si ya; ¡ ay de mí! no estuviera  
Del empeño arrepentida,  
Porque el amor que es villano  
En el trato y la bajeza  
Se ofende de la fineza.  
Pero, volviendo á mi hermano,  
Sábeta que él ha inquirido  
Con obstinada porfia  
Que motivo haber podía  
Para no ser admitido,  
Y hallando que es otro amor,  
Aunque yo nõ sé de quien,  
Sintiendo más que el desden  
Que otro gozase el favor,  
Que como este fiero engaño  
Es envidioso veneno,  
Se siente el provecho ageno  
Mucho más que el propio daño:  
Sobornando, ¡ oh vil costumbre  
Que así la razon estraga!  
¡ Qué es tan ciego amor, que paga  
Porque le den pesadumbre!  
Una criada que era

De quien ella se fiaba,  
En el estado que estaba  
Su amor con el fin que espera  
Y con los demás que pasa,  
Supo de la infiel criada,  
Que estaba determinada  
Á salirse de su casa  
Esta noche con su amante;  
De que mi hermano furioso,  
Como á quien está celoso  
No hay peligro que le espante,  
Con unos hombres trató  
Que finjiéndose justicia,  
Mira que astuta malicia,  
Prendan al que la robó,  
Y que al pasar por aquí  
Al galan y dama bella,  
Como en depósito; á ella  
Me la entregasen á mí,  
Y que luégo al apartarse,  
Como que acaso ellos van  
Descuidados, al galan  
Dén lugar para escaparse,  
Con lo cual claro se arguye  
Que él se valdrá de los piés  
Huyendo, pues piensa que es  
La justicia de quien huye;  
Y mi hermano con la traza  
Que su amor ha discurrido,  
Sin riesgo habrá conseguido  
Traer su dama á su casa,

Y en ella es bien fácil cosa  
Galantearla abrasado  
Sin que él parezca culpado,  
Ni ella pueda estar quejosa,  
Porque si tanto despecho  
Ella llegase á entender,  
Visto es que ha de aborrecer  
Á quien tal daño le ha hecho.  
Aquesto que te he contado,  
Celia, tengo que esperar;  
¿Mira como puedo entrar  
Á acostarme sin cuidado?

CELIA.

Señora, nada me admira,  
Que en amor no es novedad  
Del color de la mentira;  
Ni quien verá que se espante  
Si lo que es llega á entender.  
Temeridad de mujer,  
Ni resolucion de amante,  
Ni de traidoras criadas,  
Que eso en todo el mundo pasa,  
Y quizá dentro de casa  
Hay algunas calderadas.  
Sólo admirádome han,  
Por las acciones que has hecho,  
Los indicios que tu pecho  
Dá en olvidar á Don Juan.  
Y no sé porque el cuidado  
Das en trocar en olvido,  
Cuando ni causa has tenido

Tú, ni Don Juan te la ha dado.

DOÑA ANA.

Que él no me la dá, es verdad,  
Que no la tengo, es mentira.

CELIA.

¿De qué modo?

DOÑA ANA.

¿Qué te admira?

Es ciega la voluntad;  
Tras mí, como sabes, vino  
Amante y fino Don Juan,  
Quitándose de galan  
Lo que se añade de fino  
Sin dejar á que aspirar  
Á la ley del albedrío,  
Porque si él es ya tan mio  
¿Qué tengo que desear?  
Pero no es aquella sola  
La causá de mi despego,  
Sino porque ya otro fuego  
En mi pecho se acrisola.  
Suelo en esta calle ver  
Pasar á un galán manco,  
Que si no es el mismo Febo,  
Yo no sé quien puede ser.  
Á éste ¡ay de mí! Celia mía,  
No sé si es gusto ó capricho,  
Y... pero ya te lo he dicho  
Sin saber que lo decía

CELIA.

¿Lloras?

DOÑA ANA.

¿Pues no hé de llorar?

¡Ay infeliz de mí! ¿cuándo  
Conozco que estoy errando  
Y no me puedo enmendar?

CELIA (Aparte).

Que buenas nuevas me dan  
Con esto que ahora he oido;  
Para tener yo escondido  
En su cuarto al tal Don Juan  
Que, habiendo notado el modo  
Con que le trata enfadada,  
Quiere hacer la tarquinada  
Y dar al traste con todo.

¿Y quién, señora, ha logrado  
Tu amor?

DOÑA ANA.

Sólo decir puedo

Que es un Don Carlos de Olmedo  
El galan. Más han llamado.  
Mira quien es, que despues  
Te hablaré, Celia.

CELIA.

¿Quién llama?

entro. — La justicia.

DOÑA ANA.

Esta es la dama;

Abre, Celia.

CELIA.

Entre quien es.

Entran embozados y Doña Leonor

EMBOZADOS.

Señora, aunque yo no ignoro  
El decoro de esta casa,  
Pienso que al entrar en ella  
Ha sido más venerarla  
Que ofenderla; y así, os ruego  
Que me tengais esta dama  
Depositada, hasta tanto  
Que se averigüe la causa  
Porque le dió muerte á un hombre  
Otro que la acompañaba;  
Y perdonad, que á hacer vuelvo  
Diligencias no excusadas  
En tal caso.

Vanse

DOÑA ANA.

¿Qué es aquesto?

Celia, á aquellos hombres llama  
Que lleven esta mujer,  
Que no estoy acostumbrada  
A oír estas liviandades.

CELIA (Aparte).

Bien la deshecha mi ama  
Hace de querer tenerla.

DOÑA LEONOR.

Señora, en la boca el alma  
Tengo ¡ay de mí! si piedad  
Mis tiernas lágrimas causan  
En tu pecho, hablar no acierto,  
Te suplico arrodillada  
Que ya que no de mi vida,

Tengas piedad de mi fama,  
Sin permitir, puesto que  
Ya una vez entré en tu casa,  
Que á otra me lleven adonde  
Corra mayores borrascas  
Mi opinion, que á ser mujer  
Como imaginas, liviana,  
Ni á ti te hiciera este ruego,  
Ni yo tuviera estas ansias.

DOÑA ANA.

A lástima me ha movido  
Tu belleza y tu desgracia.  
Bien dice mi hermano, Celia.

CELIA.

Es belleza sobre humana  
Y si está así en la tormenta,  
¿Cómo estará en la bonanza?

DOÑA ANA.

Alzad del suelo, señora,  
Y perdonad si turbada  
Del repentino suceso,  
Poco atenta y cortesana  
Me he mostrado, que ignorar  
Quien sois pudo dar la causa  
A la extrañeza; más ya  
Vuestra persona gallarda  
Informa en vuestro favor,  
De suerte que toda el alma  
Ofrezco para serviros.

DOÑA LEONOR.

Déjame besar tus plante.

Bella deidad cuyo templo,  
Cuyo culto, cuyas aras  
De mi deshecha fortuna  
Son el asilo.

DOÑA ANA.

Levanta,  
Y cuéntame que sucesos  
A tal desdicha te arrastran.  
Aunque, si eres tan hermosa,  
No es mucho ser desdichada.

CELIA (Aparte).

De la envidia que le tiene  
No le arriendo la ganancia

DOÑA LEONOR.

Señora, aunque la vergüenza  
Me pudiera ser mordaza  
Para callar mis sucesos,  
La que como yo se halla  
En tan infeliz estado,  
No tiene por que callarlos ;  
Ántes pienso que me abono  
En hacer lo que me mandas,  
Pues son tales los indicios  
Que tengo de estar culpada,  
Que por culpables que sean  
Son más decentes sus causas ;  
Y así, escúchame.

DOÑA ANA.

El silencio

Te responde.

CELIA.

Cosa brava.

¿Relacion á media noche  
Y con vela? Que no valga.

DOÑA LEONOR.

Si de mis sucesos quieres  
Escuchar los tristes casos  
Con que ostentan mis desdichas  
Lo poderoso y lo vario,  
Escucha, por si consigo  
Que divirtiendo tu agrado,  
Lo que fué trabajo propio  
Sirva de ageno descanso,  
Ó porque en el desahogo  
Hallen mis tristes cuidados  
Á la pena de sentirlos  
El alivio de contarlos.  
Yo nací noble, este fué  
De mi mal el primer paso,  
Que no es pequeña desdicha  
Nacer noble un desdichado ;  
Que aunque la nobleza sea  
Joya de precio tan alto,  
Es alhaja que en un triste  
Sólo sirve de embarazo ;  
Porque estando en un sugeto  
Repugnan como contrarios,  
Entre plebeyas desdichas  
Haber respetos honrados.  
Decirte que nací hermosa  
Presumo que es excusado,

Pues lo atestiguan tus ojos  
Y lo prueban mis trabajos;  
Sólo diré : aquí quisiera  
No ser yo quien lo relato,  
Pues en callarlo ó decirlo  
Dos inconvenientes hallo :  
Porque si digo que fuí  
Celebrada por milagro  
De discrecion, me desmiente  
La necedad del contarlo ;  
Y si lo callo, no informo  
De mí, y en un mismo caso  
Me desmiento si lo afirmo,  
Y lo ignoras si lo callo.  
Pero es preciso al informe  
Que de mis sucesos hago,  
Aunque pase la modestia  
La vergüenza de contarlo ;  
Para que entiendas la historia  
Presuponer asentado  
Que mi discrecion la causa  
Fué principal de mi daño.  
Inclinéme á los estudios  
Desde mis primeros años  
Con tan ardientes desvelos,  
Con tan ansiosos cuidados,  
Que reduje á tiempo breve  
Fatigas de mucho espacio.  
Conmuté el tiempo industriosa  
A lo intenso del trabajo,  
De modo que en breve tiempo

Era el admirable blanco  
De todas las atenciones;  
De tal modo, que llegaron  
A venerar como  
Lo que fué adquirido lauro.  
Era de mi patria toda  
El objeto venerado  
De aquellas adoraciones  
Que forma el comun aplauso.  
Y como lo que decía  
Fuese bueno, ó fuese malo,  
Ni el rostro lo deslucía,  
Ni lo desairaba el garbo,  
Llegó la supersticion  
Popular á empeño tanto,  
Que ya adoraban deidad  
El ídolo que formaron.  
Voló la fama parlera,  
Discurrió reinos extraños,  
Y en la distancia segura  
Acreditó informes falsos.  
La pasion se puso antojos  
De tan engañosos grados,  
Que á mis moderadas prendas  
Agradaban los tamaños.  
Víctimas en mis aras eran  
Devotamente postrados  
Los corazones de todos  
Con tan comprensivo lazo,  
Que habiendo sido al principio  
Aquel culto voluntario,

Llegó despues la costumbre  
Favorecida de tantos,  
Á hacer, como obligatorio,  
El festejo cortesano;  
Y si alguno disentía  
Paradojo ó avisado,  
No se atrevia á proferirlo  
Temiendo que, por extraño,  
Su dictámen no incurriese  
Siendo de todos contrario,  
En la nota de grosero,  
O en la censura de vano.  
Entre estos aplausos yo,  
Con la atencion zozobrando  
Entre tanta muchedumbre,  
Sin hallar seguro blanco,  
No acertaba á amar alguno,  
Viéndome amada de tantos.  
Sin temor en los concursos  
Defendia mi recato  
Con peligro del peligro  
Y con el daño del daño.  
Con una afable modestia  
Igualando el agasajo,  
Quitaba lo general  
Lo sospechoso al agrado.  
Mis padres en mi mesura  
Vanamente asegurados,  
Se descuidaron conmigo:  
¡Qué dictámen tan errado!  
Pues fué quitar por de fuera

Las guardas y los candados  
Á una fuerza que en sí propia  
Encierra tantos contrarios.  
Y como tan neciamente  
Connigo se descuidaron,  
Fué preciso hallarme el riesgo  
Donde me perdió el cuidado.  
Sucedió, pues, que entre muchos  
Que de mi fama incitados  
Contestar con mi persona  
Intentaban mis aplausos,  
Llegó acaso á verme ¡ay cielos!  
¿Cómo permitís tiranos  
Que un afecto tan preciso  
Se forjase de un acaso?  
Don Carlos de Olmedo, un joven  
Forastero, más tan claro  
Por su origen, que en cualquiera  
Lugar que llegue á hospedarlo  
Podrá no ser conocido,  
Pero no ser ignorado.  
Aquí, que me des te pido  
Licencia para pintarlo,  
Por disculpar mis errores,  
Ó divertir mis cuidados,  
Ó por que al ver de mi amor  
Los extremos temerarios,  
No te admire que el que fué  
Tanto, mereciera tanto  
Era su rostro un enigma  
Compuesto de dos contrarios,

Que eran valor y hermosura,  
Tan felizmente hermanados  
Que faltándole á lo hermoso  
La parte de afeminado,  
Hallaba lo más perfecto  
En lo que estaba más falto ;  
Porque ajando las facciones  
Con un varonil desgarro,  
No sintió á la hermosura  
Tener imperio asentado,  
Tan remoto á la noticia,  
Tan ageno del reparo  
Que aún no le debió lo bello  
La atención de despreciarlo,  
Que como en un hombre está  
Lo hermoso como sobrado,  
Es bueno para tenerlo,  
Y malo para ostentarlo.  
Era el talle como suyo,  
Que aquel talle y aquel garbo  
Aunque la naturaleza  
Á otro dispusiera darlo,  
Sólo le asentara bien  
Al espíritu de Carlos :  
Que fué de su providencia  
Esmero bien acertado,  
Dar un cuerpo tan gentil  
A espíritu tan gallardo ;  
Gozaba un entendimiento  
Tan sutil, tan elevado,  
Que la edad de lo entendido

Era un mentís en sus años.  
Alma de estas perfecciones  
Era el gentil desenfado  
De un despejo tan airoso,  
Un gusto tan cortesano,  
Un recato tan amable,  
Un tan atractivo agrado,  
Que en el más bajo descuido  
Se hallaba el primor más alto :  
Tan humilde en los afectos,  
Tan tierno en los agasajos,  
Tan fino en las persuaciones,  
Tan apacible en el trato  
Y en todo, en fin, tan perfecto,  
Que ostentaba cortesano  
Despojos de lo vendido,  
Por galas de lo alentado.  
En los desdenes sufrido,  
En los favores callado,  
En los peligros resuelto,  
Y prudente en los acasos.  
Mira, si con estas prendas,  
Con otras más, que te callo,  
Quedaría en la más cuerda  
Defensa para el recato.  
Enfin, yo le amé, no quiero  
Cansar tu atención contando  
De mi temerario empeño  
La historia caso por caso ;  
Pues tu discrecion no ignora  
De empeños enamorados.



Que es su ordinario principio  
Desasosiego y cuidado,  
Su medio, lances y riesgos,  
Su fin, tragedias ó agravios.  
Creció el amor en los dos  
Recíproco, y deseando

Que nuestra feliz union  
Lograda en tálamo casto  
Confirmase de Himeneo  
El indisoluble lazo,  
Y porque acaso mi padre  
Que ya para darme estado  
Andaba entre mis amantes  
Los méritos regulando,  
Atento á otras conveniencias  
No nos fuese de embarazo,  
Dispusimos esta noche  
La fuga, y atropellando  
El cariño de mi padre,  
Y de mi honor el recato,  
Salí á la calle, y apenas  
Entre cobardes recelos  
De mi desdicha, fiando  
La una mano á las basquiñas  
Y á mi manto la otra mano,  
Cuando á nosotros resueltos  
Llegaron dos embozados :  
¿ Qué gente ? dicen, y yo  
Con el aliento turbado,  
Sin reparar lo que hacía,  
Porque suele en tales casos

Hacer publicar secretos  
El cuidado de guardarlos,  
¡ Ay Carlos ! perdidos somos,  
Dije, y apenas tocaron  
Mis voces á sus oídos,  
Cuando los dos arrancando  
Los aceros, dijo el uno :  
Matadlo, Don Juan, matadlo,  
Que esa tirana que lleva,  
Es Doña Leonor de Castro,  
Mi prima. Sacó mi amante  
El acero, y alentado,  
Apénas con una punta  
Llegó al pecho contrario,  
Cuando diciendo : ¡ ay de mí !  
Dió en tierra, y viendo el fracaso  
Dió voces el compañero,  
Á cuyo estruendo llegaron  
Algunos ; y aunque pudiera  
La fuga salvar á Carlos,  
Por no dejarme en el riesgo  
Se detuvo temerario,  
De modo que la justicia  
Que acaso andaba rondando,  
Llegó á nosotros, y aunque  
Segunda vez obstinado  
Intentaba defenderse,  
Persuadido de mi llanto,  
Rindió la espada á mi ruego  
Mucho más que á sus contrarios.  
Prendiéronle, en fin ; y á mí,

Como á ocasion del estrago  
Viendo que el que queda muerto  
Era Don Diego de Castro,  
Mi primo, en tu noble casa,  
Señora, depositaron  
Mi persona y mis desdichas,  
Donde en un punto me hallo  
Sin crédito, sin honor,  
Sin consuelo, sin descanso,  
Sin aliento, sin alivio;  
Y, finalmente esperando  
La ejecucion de mi muerte  
En la sentencia de Carlos.

DOÑA ANA

¡Cielos! ¿Qué es esto que escucho?

(Aparte)

Al mismo que yo idolatro  
Es al que quiere Leonor,  
¡Oh qué presto ha vengado  
Amor á Don Juan! ¡Ay triste!  
Señora, vuestros cuidados  
Siento como es justo. Celia,  
Lleva esta dama á mi cuarto  
Mientras yo á mi hermano espero.

CELIA

Venid, Señora.

LEONOR

Tus pasos sigo.

¡Ay de mí! pues es fuerza  
Obedecer á los hados.

Vanse Celia y Leonor.

DOÑA ANA

Si de Carlos la gala y bizarría  
Pudo por sí mover á mi cuidado,  
¿Cómo parecerá siendo envidiado  
Lo que sólo por sí bien parecía?  
Si sin triunfo rendirle pretendía,  
Sabiendo ya que vive enamorado,  
¿Qué victoria será verle apartado,  
De quién ántes por suyo le tenía?  
Pues perdone Don Juan, que aunque yo  
[quiera

Pagar su amor, que á olvido condeno,  
¿Cómo podré si ya en mi pena fiera  
Introducen los celos su veneno?  
Que es Carlos más galan, y, aunque no fuera,  
Tiene de más galan el ser ageno.

Sale Don Carlos con la espada desnuda y Castaño.

DON CARLOS

Señora, si en vuestro amparo  
Hallan piedad las desdichas,  
Lograd et triunfo mayor  
Siendo amparo de las mías.  
Siguiendo viene mis pasos  
No ménos que la justicia,  
Y como huir de ella es  
Generosa cobardía,  
Al asilo de esos piés  
Mi acosado aliento aspira,  
Aunque si ya perdí el alma,  
Poco me importa la vida.

GASTAÑO

A mí si me importa mucho;  
Y así, señora, os suplica  
Mi miedo que me escondais  
Debajo de las basquiñas.

DON CARLOS

Calla necio.

GASTAÑO

¿Pues será

La primera vez, si lo miras,  
Ésta, que los sacristanes  
A los delinquentes libran?

DOÑA ANA

Carlos es. ¡Válgame el cielo!

(Aparte)

La ocasión á la medida  
De deseo se me viene  
De obligar con bizarrías  
Su amor, sin hacer ultraje  
Á mi presuncion altiva,  
Pues amparándole aquí  
Con generosas caricias,  
Pues amparándole aquí  
Cubriré lo enamorada  
Con visos de compasiva.  
Y sin ajar la altivez  
Que en mi decoro es precisa,  
Podré, sin rendirme yo,  
Obligarle á que se rinda,  
Que aunque sé que ama á Leonor,  
Qué voluntad hay tan fina

En los hombres, que si vén  
Que otra ocasion los convida  
La dejen por la que quieren?  
Pues alto amor, ¿qué vacilas,  
Si de que puede mudarse  
Tengo el ejemplo en mí misma?

Caballero, las desgracias  
Suelen del valor ser hijas  
Y cebo de las piedades;  
Y así, si las vuestras libran  
En mí su alivio, cobrad  
La respiracion perdida,  
Y en esta cuadra, que cae  
Á un jardin, entrad aprisa,  
Ántes que venga un hermano  
Que tengo, y con la malicia  
De veros conmigo solo  
Otro riesgo os aperciba

DON CARLOS.

No quisiera yo, señora,  
Que el amparo de mi vida  
Á vos os costara un susto.

GASTAÑO.

¿Ahora en aquello miras?  
Cuerpo de quien me parió.

DOÑA ANA.

Nada á mí me desanima,  
Venid, que aquí hay una pieza  
Que nunca mi hermano pisa  
Por ser en la que se guardan  
Alhajas, que en las visitas

De cumplimiento me sirven,  
Como son, alfombras, sillas  
Y otras cosas; y ademas  
De aquello, tiene salida  
Á un jardin por si algo hubiere,  
Y porque nada os aflija  
Venid, y os lo mostraré;  
Pero ántes será precisa  
Diligencia el que yo cierre  
La puerta, porque advertida  
Salga en llamando mi hermano.

CASTAÑO.

Señor, ¡qué casa tan rica  
Y qué dama tan bizarra!  
¿No hubieras, pese á mis tripas,  
Que claro es que ha de pesarles,  
Pues se han de quedar vacías,  
Enamorado tú á aquesta  
Y no á aquella pobrecita  
De Leonor, cuyo caudal  
Son cuatro bachillerías?

DON CARLOS.

Vive Dios, villano;

DONA ANA.

Vamos,

(Aparte).

Amor, pues que tú me brindas  
Con la dicha, no le niegues  
Despues el logro á la dicha.

(Vanse).

Salen Don Rodrigo y Hernando.

DON RODRIGO.

¿Qué me dices, Hernando?

HERNANDO.

Lo que pasa,

Que mi señora se salió de casa.

DON RODRIGO.

¿Y con quién, no has sabido?

HERNANDO.

¿Cómo puedo,

Si, como sabes ya, todo Toledo

Y cuantos á él llegaban,

Su belleza é ingenio celebraban?

Con lo cual, conocerse no podía

Cual festejo era amor, cual cortesía,

En que no sé si tú culpado has sido,

Pues festejarla tanto has permitido,

Sin advertir que aunque era recatada,

Es fuerte la ocasion, y el verse amada;

Y que es fácil que amante é importuno

Entre los otros le agradase alguno.

DON RODRIGO.

Hernando, no me apures la paciencia

Que aqueste ya no es tiempo de advertencia.

¡Oh fiera! ¿Quién diría

De aquella mesurada hipocresía,

De aquel punto y recato que mostraba,

Qué liviandad tan grande se encerraba

En su pecho alevoso?

¡Oh mujeres! ¡Oh monstruo venenoso?

¿Quién en vosotras fia

Si con igual locura y osadía,

Con la misma medida

Se pierde la ignorante y la entendida?  
Pensaba yo, hija vil, que tu belleza  
Por la incomodidad de mi probeza,  
Con tu ingenio sería

Lo que más alto dote te daría;  
Y ahora en lo que has hecho  
Conozco que es más daño que provecho;  
Pues el ser conocida y celebrada  
Y por nuevo milagro festejada,

Me sirve, hecha la cuenta,  
Sólo de que se sepa más tu afrenta.  
¿Pero cómo á la queja se abalanza  
Primero mi valor, que á la venganza?  
¿Pero cómo ¡ay de mí! si en lo que lloro  
La afrenta sé, y el agresor ignora?  
Y así ofendido sin saber me quedo,  
Ni como, ni de quien vengarme puedo.

HERNANDO.

Señor, aunque no sé con evidencia  
Quien puede de Leonor causar la ausencia,  
Por el rumor que había

De los muchos festejos que la hacía,  
Tengo por caso llano  
Que la llevó Don Pedro de Arellano.

DON RODRIGO.

Pues si Don Pedro fuera,  
Dí ¿qué dificultad hallar pudiera  
En qué yo por mujer se la entregara  
Sin que tan grande afrenta me causara?

HERNANDO.

Señor, como eran tantos los que amaban

Á Leonor y su mano deseaban,  
Y á tí te la han pedido,  
Temería no ser el elejido:

Que todo enamorado es temeroso,  
Y nunca juzga que será el dichoso,  
Y aunque usando tal medio

Le alabo yo el temor y no el remedio;  
Sin duda por quitar la contingencia  
Se quiso asegurar con el ausencia,  
Y así, Señor, si tomas mi consejo,

Tú estás cansado y viejo;

Don Pedro es mozo, rico, y alentado

Y sobre todo el mal ya está causado,

Pórtate con él cuerdo cual conviene

Y ofrécele lo mismo que él se tiene;

Dile que vuelva á casa Leonor bella

Y luégo al punto cásale con ella,

Y él vendrá en ello, pues no habrá quien luya

Lo que ha de resultar en hora suya:

Y con lo que te ordeno

Vendrás á hacer antídoto el veneno.

DON RODRIGO.

¡Oh Hernando! ¡qué tesoro es tanpreciado

Un fiel amigo ó un leal criado!

Buscar á mi ofensor aprisa elijo

Por convertirle de enemigo en hijo.

HERNANDO.

Sí, Señor, que el remedio es bien se aplique  
Ántes que el mal, que pasa, se publique.

(Vanse).

Sale Leonor retirándose de Don Juan.

DON JUAN.

Espera, hermosa homicida,  
¿ De quién huyes? ¿ Quién te agravia?  
¿ Qué harás de quién te aborrece  
Si así á quien te adora tratas?  
Mira que ultrajas huyendo  
Los mismos triunfos que alcanzas,  
Pues siendo el vencido yo  
Tú me vuelves las espaldas,  
Y que haces que se ejerciten  
Dos acciones encontradas :  
Tú huyendo de quien te quiere ;  
Yo siguiendo á quien me mata.

LEONOR.

Caballero, ó lo que sois,  
Si apenas en esta casa,  
Que á su dueño ignoro, acabo  
De poner la infeliz planta,  
¿ Cómo quereis que yo pueda  
Escuchar vuestras palabras,  
Si de ellas entiendo sólo  
El asombro que me causan?  
Y así, si, como sospecho,  
Me juzgais otra, os engaña  
Vuestra pasión. Deténeos  
Y conoced más cobrada  
La atención, que no soy yo  
La que vos buscáis.

DON JUAN.

¡ Ah ingrata !  
Sólo eso falta que finjas

Para no escuchar mis ansias,  
Como que mi amor tuviera  
Condición tan poco hidalga  
Que en escuchar mis lamentos  
Tu decoro peligrara ;  
Pues bien para asegurarte  
Las experiencias pasadas  
Bastaban de nuestro amor  
En que viste veces tantas  
Que las olas de mi amor  
Cuando más crespas llegaban  
Á querer con los deseos  
De amor anegar la playa,  
Era márgen tu respeto  
Al mar de mis esperanzas.

LEONOR.

Ya he dicho que no soy yo,  
Caballero, y esto basta ;  
Idos, ó yo llamaré  
Á quien oyendo esas ansias  
Las premie por verdaderas,  
Ó las castigue por falsas.

DON JUAN.

Escucha.

LEONOR.

No tengo que.

DON JUAN.

Pues, vive el cielo, tirana,  
Que forzada me has de oír  
Si no quieres voluntaria,

Y ha de escucharme grosero  
Quien de lo atento se cansa.

(Cógela de un brazo.)

LEONOR.

¿Qué es esto? ¡Cielos, valedme!

DON JUAN.

En vano á los cielos llamas,  
Que mal puede hallar piedad  
Quien siempre piedad le falta.

LEONOR.

¡Ay de mí! ¿No hay quién socorra  
Mi inocencia?

(Salen Don Carlos, y Doña Ana deteniéndole.)

DOÑA ANA.

Ténte, aguarda,  
Que yo veré lo que ha sido  
Sin que tú al peligro salgas  
Si es que mi hermano ha venido.

DON CARLOS.

Señora, esta voz el alma  
Me ha atravesado, perdona.

DOÑA ANA.

La puerta tengo cerrada,  
Y así, de no ser mi hermano  
Segura estoy; más me causa  
Inquietud el que no sea,  
Que Carlos halle á su dama;  
Pero si ella está en mi cuarto  
Y Celia fué á acompañarla,  
¿Qué ruido puede ser este?  
Y á oscuras toda la cuadra

Está ¿Quién va?

DON CARLOS.

Yo, señora,  
¿Qué me preguntas?

DON JUAN.

Doña Ana,  
Mi bien, señora, ¿porqué  
Con tanto rigor me tratas?  
¿Éstas eran las promesas?  
¿Éstas eran las palabras  
Qué me distes en Madrid  
Para alentar mi esperanza?  
¿Si obediente á tus preceptos,  
De tus rayos salamandra,  
Girasol de tu semblante,  
Alicie de tus luces claras,  
Dejé, sólo por servirte  
El regalo de mi casa,  
El respeto de mi padre,  
Y el cariño de mi patria?  
Si tú, si no de amorosa,  
De atenta y de cortesana,  
Diste con tácito agrado  
Á entender lo que bastaba  
Para que supiese yo  
Que era ofrenda mi esperanza,  
Admitida en el sagrado  
Sacrificio de tus aras,  
¿Cómo ahora tan esquiva  
Con tanto rigor me tratas?

DOÑA ANA.

¿Qué es esto que escucho?  
¡Cielos!

(Aparte.)

¿No es este Don Juan de Vargas,  
Que mi ingratitud ordena,  
Y sus finezas ensalza?  
¿Pues quién aquí le ha traído?

DON CÁRLOS.

Señora, escuchá.

(Llega Don Carlos á Leonor.)

LEONOR.

Hombre, aparta,  
Ya te he dicho que me dejes.

DON CÁRLOS

Escucha, hermosa Doña Ana.  
Mira que Don Carlos soy,  
Á quien tu piedad ampara.

LEONOR.

Don Carlos ha dicho, cielos,  
Y hasta en el habla jurara  
Que es Don Carlos; y es que como  
Tengo á Carlos en el alma,  
Todos Carlos me parecen,  
Cuando él ¡ay prenda adorada!  
En la prision estará.

DON CÁRLOS.

¿Señora?

LEONOR.

Apartad, que basta  
Deciros que me dejeis.

DON CÁRLOS.

Si acaso estais enojada  
Por que hasta aquí os he seguido,  
Perdonad, pues fué la causa  
Solamente el evitar  
Si algun daño os amenaza.

LEONOR.

¡Valgame Dios, lo que á Carlos  
Parece!

DON JUAN.

¿Qué, en fin, ingrata  
Con tal rigor me desprecias?  
(Sale Celia con luz.)

CELIA.

Á ver si está aquí mi ama,  
Para sacar á Don Juan  
Que oculto dejé en su cuadra,  
Vengo. ¿Más qué es lo que veo?

LEONOR.

¿Qué es esto? ¡El cielo me valga!  
¿Carlos no es éste que miro?

DON CÁRLOS.

Ésta es Leonor, ¿ó me engaña  
La aprension?

DOÑA ANA.

¿Don Juan aquí?  
Aliento y vida me faltan.

DON JUAN.

¿Aquí Don Carlos de Olmeda?  
Sin duda que de Doña Ana  
Es amante, y que por él



Aleve, inconstante y falsa  
Me trata á mí con desden.

LEONOR.

¡ Cielos! ¿ En aquesta casa  
Cárlos, cuando amante yo  
En la prision le lloraba?  
¿ En una cuadra escondido,  
Y á mí, pensando que hablaba  
Con otra, decirme amores?  
Sin duda que de esta dama  
Es amante; pero cómo  
¿ Si es ilusion lo que pasa  
Por mí? ¿ Si á él llevaron preso  
Y quedé depositada  
Yo? Toda soy un abismo  
De penas.

DON JUAN.

Fácil, liviana;  
Estos eran los desdenes,  
¿ Tener dentro de su casa  
Oculto un hombre? ¡ Ay de mí!  
¿ Por esto me desdeñabas?  
Pues, vive el cielo, traidora,  
Que pues no puede mi saña  
Vengar en tí mi desprecio,  
Porque aquella ley tirana  
Del respeto á las mujeres,  
De mis rigores te salva,  
Me he de vengar en tu amante.

DOÑA ANA.

Detente, Don Juan, aguarda.

DON CÁRLOS.

Son tantas las confusiones  
En que mi pecho batalla,  
Que en su varia confusion  
El discurso se embaraza,  
Y por discurrirlo todo  
Acierto á discurrir nada.  
¡ Aquí Leonor, cielos! ¿ Cómo?

DOÑA ANA.

Detente.

DON JUAN.

Aparta, tirana,  
Que á tu amante he de dar muerte.

CELIA.

Señora, mi señor llama,

DOÑA ANA.

¿ Qué dices, Celia? ¡ Ay de mí!  
Caballeros, si mi fama  
Os mueve, débaos ahora  
El ver que no soy culpada  
Aquí en la entrada de alguno  
A esconderos, que palabra  
Os doy de daros lugar  
De que averigüéis mañana  
La causa de vuestras dudas;  
Pues si aquí mi hermano os halla,  
Mi vida y mi honor peligran.

DON CÁRLOS.

En mí bien asegurada  
Está la obediencia, puesto

Que debo estar á tus plantas  
Como á amparo de mi vida.

DON JUAN.

Y en mí, que no quiero, ingrata,  
Aunque ofendido me tienes,  
Cuando eres tú quien lo manda,  
Que á otro porque te obedece,  
Le quedes más obligada.

DOÑA ANA.

Yo os estimo la atención ;  
Celia, tú en distintas cuadras  
Oculta á los dos, supuesto  
Que no es posible que salga,  
Hasta la mañana, alguno.

CELIA.

Ya poco término falta,  
Don Juan, conmigo venid.  
Tú, señora, á esa fantasma  
Entrála donde quisieres.

(Vanse Celia y Don Juan.)

DOÑA ANA.

Caballero, en esta cuadra  
Vos entrad.

DON CARLOS.

Ya te obedezco.

¡ Oh, quiera el cielo que salga  
De tan grande confusión !

(Vase.)

DOÑA ANA.

Leonor, también retirada  
Puedes estar.

LEONOR.

Yo, señora,  
Aunque no me lo mandarás,  
Me ocultara mi vergüenza.

(Vase.)

DOÑA ANA.

¿ Quién vió confusiones tantas  
Como en el breve discurso  
De tan pocas horas pasan ?  
¡ Apenas estoy en mí !

(Sale Celia.)

CELIA.

Señora, ya en mi posada  
Está. ¿ Qué quieres ahora ?

DOÑA ANA.

Á abrir á mi hermano baja,  
Que es lo que ahora importa, Celia.

CELIA.

Ella está tan asustada,  
Que se olvida de saber  
Como entró Don Juan en casa ;  
Más ya pasado el aprieto,  
No faltará una patraña  
Que decir, y echar la culpa  
Á alguna de las criadas,  
Que es cierto que donde hay muchas  
Se peca de confianza,  
Pues unas á otras se culpan  
Y una por otras se salva.

(Vase.)

DOÑA ANA.

¡ Cielos, en qué empeño estoy !

De Cárlos enamorada,  
Perseguida de Don Juan,  
Con mi enemiga en mi casa,  
Con criadas que me venden,  
Y mi hermano que me guarda...  
Pero él llega; disimulo.

(Sale Don Pedro.)

DON PEDRO.

Señora, querida hermana,  
Que bien tu amor se conoce,  
Y que bien mi afecto pagas,  
Pues te halló despierta el sol,  
Y te ve vestida el alba.  
¿Dónde tienes á Leonor?

DOÑA ANA.

En mi cuadra retirada  
Mandé que estuviese, en tanto,  
Hermano, que tú llegabas.  
¿Más cómo tan tarde vienes?

DON PEDRO.

Porque al salir de su casa  
La conoció un deudo suyo,  
Á quien con una estocada  
Dejó Cárlos casi muerto;  
Y yo viendo alborotada  
La calle, aunque no sabian  
Quien era y quien la llevaba,  
Para que aquel alboroto  
No declarara la causa,  
Hice, que de los criados  
Dos al herido cargaran,

Como de piedad movido,  
Hasta llevarle á su casa,  
Mientras otros á Leonor  
Y á Cárlos preso llevaban  
Para entregártela á ti,  
Y hasta dejar sosegada  
La calle venir no quise.

DOÑA ANA.

Fué atencion muy bien lograda;  
Pues excusaste mil riesgos  
Sólo con esa tardanza.

DON PEDRO.

Eres en todo discreta,  
Y pues Leonor sosegada  
Está, si á tí te parece,  
No será bien inquietarla,  
Que para que oiga mis penas,  
Teniéndola yo en mi casa,  
Sobrado tiempo me queda;  
Que no es amante el que trata  
Primero de sus alivios

Que no del bien de su dama;  
Y tambien para que tú  
Te recojas, que ya basta  
Por aliviar mis desvelos,  
La mala vida que pasas.

DOÑA ANA.

Hermano, yo por servirte  
Muchos más riesgos pasara,  
Pues somos los dos tan uno  
Y tan como propias trata

Tus penas el alma, que  
Imagino al contemplarlas  
Que tu desvelo y el mio  
Nacen de una misma causa.

DON PEDRO.

De tu fineza lo creo.

DOÑA ANA.

Si entendieras mis palabras,

DON PEDRO.

Vámonos á recoger,  
Si es que quien ama descansa.

DOÑA ANA.

Voy á sosegar me un poco,  
Si es que sosiega quien ama,

DON PEDRO.

Amor, si industrias alientas,  
Anima mis esperanzas.

DOÑA ANA.

Amor, si tú eres cautelas,  
Á mis cautelas ampara.

(Vanse.)

## JORNADA SEGUNDA.

SALEN DON CÁRLOS Y CASTAÑO.

DON CÁRLOS.

Castaño, yo estoy sin mí.

CASTAÑO.

Y yo que en todo te sigo  
Tan sólo he estado conmigo.  
Aquel rato que dormí.

DON CÁRLOS.

¿Sabes lo que me ha pasado?  
Más juzgo que sueño fué.

CASTAÑO.

Si es sueño, muy bien lo sé;  
Y yo tambien he soñado  
Y dormido como dama  
Pues los vestidos, Señor,  
Que me dió al salir Leonor,  
Son quien me sirvió de cama.

DON CÁRLOS.

¿Galas tuyas á llevarlas  
Anoche Leonor te dió?

CASTAÑO.

Sí, Señor, si las lió,  
¿No era preciso el liarlas?

Tus penas el alma, que  
Imagino al contemplarlas  
Que tu desvelo y el mio  
Nacen de una misma causa.

DON PEDRO.

De tu fineza lo creo.

DOÑA ANA.

Si entendieras mis palabras,

DON PEDRO.

Vámonos á recoger,  
Si es que quien ama descansa.

DOÑA ANA.

Voy á sosegar me un poco,  
Si es que sosiega quien ama,

DON PEDRO.

Amor, si industrias alientas,  
Anima mis esperanzas.

DOÑA ANA.

Amor, si tú eres cautelas,  
Á mis cautelas ampara.

(Vanse.)

## JORNADA SEGUNDA.

SALEN DON CÁRLOS Y CASTAÑO.

DON CÁRLOS.

Castaño, yo estoy sin mí.

CASTAÑO.

Y yo que en todo te sigo  
Tan sólo he estado conmigo.  
Aquel rato que dormí.

DON CÁRLOS.

¿Sabes lo que me ha pasado?  
Más juzgo que sueño fué.

CASTAÑO.

Si es sueño, muy bien lo sé;  
Y yo tambien he soñado  
Y dormido como dama  
Pues los vestidos, Señor,  
Que me dió al salir Leonor,  
Son quien me sirvió de cama.

DON CÁRLOS.

¿Galas tuyas á llevarlas  
Anoche Leonor te dió?

CASTAÑO.

Sí, Señor, si las lió,  
¿No era preciso el liarlas?

DON CARLOS.

¿Dónde las tienes?

CASTAÑO.

Allí,

Y en cama quiero rompellas  
Que pues yo las cargué á ellas  
Ellas me carguen á mí.

DON CARLOS.

Yo he visto, pierdo el sentido,  
En esta casa á Leonor.

CASTAÑO.

Aquesto será, Señor,  
Que quien bueyes ha perdido,  
Y así tú, que en tus amores  
Te desvanece el furor,  
Como has perdido á Leonor,  
Sólo te aparecen Leonores.  
Más dime, que te pasó  
Con aquella dama bella,  
Que así Dios se duela de ella  
Como de mí se dolió;  
Porque viendo que contigo  
Empezaba á discurrir  
Me traté yo de dormir  
Por excusar un testigo.

DON CARLOS.

Castano, aquesta es malicia;  
Pero lo que paso fué  
Que como sabes entré  
Huyendo de la justicia;  
Que ella atenta y cortesana

Ampararme prometió,  
Y en esta cuadra me entró,  
Y me dijo que era hermana  
De Don Pedro de Arellano,  
Y que aquí oculto estaria,  
Porque si acaso venia  
No me encontrara su hermano;  
Y con tanta bizarría  
Me hizo una y otra promesa,  
Que con ser tal su belleza  
Es mayor su cortesía.  
Y discreta y lisonjera,  
Alabándome, añadió  
Cosas que, á ser vano yo,  
Á otro afecto atribuyera;  
Pero son quimeras vanas  
De jóvenes, altiveces  
Que en mirándolas corteses  
Luégo las juzgan livianas;  
Y sus malicias erradas  
En su mismo mal contentas,  
Si no las vén desatentas,  
No las tienen por honradas.  
Y á un pensar tan desigual  
Y aún no indigno del desden  
Nunca ellas obran bien  
Que cuando las tratan mal.  
Pues al que se desvanece  
Con cualquiera presuncion,  
Le hace daño la atencion,  
Y es porque no la merece.

Pero, volviendo al suceso  
De lo que á mí me pasó,  
Ella me favoreció,  
Castaño, con grande exceso.  
Yo mi historia le conté  
Y ella con discreto modo  
Quedó de ajustarlo todo  
Con tal que yo aquí me esté,  
Diciendo que no me diese  
Cuidado, que ella lo hacía  
Por el riesgo que tenía  
Si yo en público saliese.  
Condición para mí que  
Imposible hubiera sido,  
Á no haberme sucedido  
Lo que ahora te dire.  
Estando de esta manera,  
Oímos, al parecer,  
Dar voces una mujer  
En otra cuadra de afuera;  
Y aunque Doña Ana impedir  
Que yo saliese quería,  
Veniéndola mi porfía  
Por fuerza hube de salir.  
Sacó una luz al rumor  
Una criada, y con ella  
Conocer á Leonor bella  
Pude.

CASTAÑO.

¿A quién?

DON CÁRLOS.

Á mi Leonor.

CASTAÑO.

¿Á Leonor? ¿Hazlo soñado?  
¡Ay tan grande bobería!  
Yo por loco te tenía,  
Pero no tan declarado.  
De oirlo sólo me espanto,  
Señor, véte poco á poco,  
Mira, muy bueno es ser loco,  
Más no es bueno serlo tanto.  
La locura es conveniente  
Por las entradas de mes,  
Como luna, un si es no es  
Cuanto ayude á ser valientes,  
Más no, Señor, de manera  
Que oyendo esos desatinos  
Te me atizben los vecinos  
Por que saben la tronera.

DON CÁRLOS

Pícaro, si no estuviera

Donde estoy...

CASTAÑO.

Tenté, Señor,

Que yo tambien ví á Leonor.

DON CÁRLOS.

¿Adonde?

CASTAÑO.

En tu faltriguera,  
Pintado con mil primores.  
Y que era viva entendí,

Por que luégo que la ví  
Le salieron los colores ;  
Y aunque de razon escasa,  
No me resolvió la duda,  
Yo pensé, viéndola muda,  
Que estaba puesta la pasa.

DON CÁRLOS.

¿Qué friolera!

CASTAÑO.

¿Qué te enfadas?

Si viva me pareció,  
Algunas he visto yo  
Que están vivas y pintadas.

DON CÁRLOS.

Si en belleza es sol Leonor,  
¿Para qué afeites quería?

CASTAÑO.

Pues si es sol, ¿cómo podía  
Estar sin resplandor?

Más si á Leonor viste, dí,  
¿Qué determinas hacer?

DON CÁRLOS.

Quiero esperar hasta ver  
Que causa la trajo aquí,  
Pues si piadosa mi estrella  
Aquí la dejó venir,  
¿Adónde tengo de ir  
Si aquí me la dejo á ella?  
Y así, es mejor esperar  
De todo resolucion,  
Para ver si hay ocasion

De volvérmela á llevar.

CASTAÑO.

Bien dices ; más hácia acá,  
Señor, viene enderezada  
Una al parecer criada  
De esta casa.

DON CÁRLOS.

¿Qué querrá?

(Sale Celia)

CELIA.

Caballero, mi señora  
Os ordena que al jardín  
Os retireis luégo, á fin  
De que ha de salir ahora  
Á esta cuadra mi señor,  
Y no será bien que os vea ;

(Aparte.)

Aquesto es por que no sea,  
Que él desde aquí vea á Leonor.

DON CÁRLOS.

Decidle que mi obediencia  
La responde.

(Vase.)

CELIA.

Vuelvo á irme.

CASTAÑO.

¿Oye V. ? ¿y querrá oirme ?

CELIA.

¿Qué he de oir?

CASTAÑO.

De penitencia.



CELIA.

Por cierto lindos cuidados  
Se tiene el muy socarrón.

CASTAÑO.

Pues digo, ¿no es confesión  
El decirle mis pecados?

CELIA.

No á mi afecto se abalance  
Que son lances excusados.

CASTAÑO.

Si nos tienes encerrados,  
¿No te hé de querer de lance?

CELIA.

Ya le he dicho que no me quiera.

CASTAÑO.

¿Pues qué quiere tu rigor,  
Si de mí encierro y tu amor  
No me puedo hacer afuera?  
¿Más siendo criada, te engries?

CELIA.

¿Criada á mí, el muy estropajo?

CASTAÑO.

Calla, que aqueste agasajo  
Es porque no te describes.

CELIA.

Yo me voy, que es fuerza, y luégo,  
Si no es juego, volveré.

CASTAÑO.

Juego es; más bien sabé usted  
Que tiene vueltas el juego.

(Salen Leonor y Doña Ana.)

DOÑA ANA.

¿Cómo la noche has pasado,  
Leonor?

LEONOR.

Decirte, señora,  
Que no me lo preguntaras  
Quisiera.

DOÑA ANA.

¿Por qué?

(Aparte.)

¡ Ah penosa

Atención, que me precisas  
Á agradar á quien me enoja!

LEONOR.

Porque si me lo preguntas,  
Es fuerza que te responda  
Que la pasé bien ó mal,  
Y en cualquiera de estas cosas  
Encuentro un inconveniente;  
Pues mis penas y tus honras  
Están tan mal avenidas,  
Que si te respondo ahora  
Que mal, será grosería;  
Y que bien, será lisonja.

DOÑA ANA.

Leonor, tu ingenio y tu cara  
El uno á otro se malogra,  
Que quien es tan entendida  
Es lástima que sea hermosa.

LEONOR.

Como tú estás tan segura

De que ventajas á todas  
Las hermosuras, te muestras  
Fácilmente cariñosa  
En alabarlas; porque  
Quien no compite, no estorba.

DOÑA ANA.

Leonor, y de tus cuidados,  
¿Cómo estás?

LEONOR.

Como quien toca,  
Naufragio entre la borrasca  
De las olas procelosas,  
Ya con la quilla el abismo,  
Y ya el cielo con la popa.

(Aparte.)

¿Cómo le preguntaré;  
Pero está el alma medrosa,  
Á qué vino anoche Carlos?  
Más; ¿qué temo si me ahoga  
Después de tantos tormentos  
De los celos la ponzoña?

DOÑA ANA.

Leonor, ¿en qué te suspendes?

LEONOR.

Quisiera saber, perdona,  
Que pues ya mi amor te dije,  
Fuera cautela notoria  
Querer no mostrar cuidado  
De aquello que tú no ignoras,  
Que es preciso que le tenga;  
Y así, pregunto, señora,

Pues sabes ya que yo quiero  
Á Carlos, y que su esposa  
Soy, ¿cómo entró anoche aquí?

DOÑA ANA.

Deja que no te responda  
Á esa pregunta tan presto.

LEONOR.

¿Por qué?

DOÑA ANA.

Porque quiero ahora  
Que te diviertas, oyendo  
Cantar.

LEONOR.

Mejor mis congojas  
Se divirtieran sabiendo  
Esto, que es lo que me importa,  
Y así...

DOÑA ANA.

Con decirte, que  
Fué una contingencia sola,  
Te respondo; más mi hermano  
Viene.

LEONOR.

Pues que yo me esconda  
Será preciso.

DOÑA ANA.

Antes no,  
Que ya yo de tu persona  
Le di cuenta, porque pueda  
Aliviarte en tus congojas;  
Que al fin los hombres mejor

Diligencian estas cosas,  
Que nosotras.

LEONOR.

Dices bien ;  
Más no sé que me alborota.

(Sale Don Pedro.)

¡Más cielos qué es lo que miro!  
¿Este es tu hermano, señora?

DON PEDRO.

Yo soy, hermosa Leonor,  
¿Qué os admira?

LEONOR.

¡Ay de mí! Toda  
Soy de mármol; ¡ah fortuna,  
Qué así mis males dispongas  
Qué á la casa de Don Pedro  
Me traigas!

DON PEDRO.

Leonor hermosa,  
Segura estais en mi casa ;  
Porque aunque sea á la costa  
De mil vidas, de mil almas,  
Sabré librar vuestra honra  
Del riesgo que os amenaza.

LEONOR.

Vuestra atencion generosa  
Estimo, señor Don Pedro.

DON PEDRO.

Señora, ya que las olas  
De vuestra airada fortuna  
En esta playa os arrojan,

No habeis de decir que en ella  
Os falta quien os socorra.

Yo, señora, he sido vuestro,  
Y aunque siempre desdenosa  
Me habeis tratado, el desden  
Más mi fineza acrisola,  
Que es muy garboso desaire  
El ser fino á toda costa.

Ya en mi casa estais; y así  
Sólo tratamos ahora  
De agradaros y serviros.  
Pues sois dueña de ella toda.  
Divierte á Leonor, hermana.

DOÑA ANA.

Celia.

CELIA.

¿Qué mandas, señora?

DOÑA ANA.

Dí á Clori y Laura que canten.  
(Aparte.)

Y tú, pues ya será hora  
De lo que tengo dispuesto,  
Porque mi industria engañosa  
Se logre, saca á Don Carlos  
Á aquella reja, de forma  
Que nos mire, y que no todo  
Lo que conversemos oiga  
De este modo lograré  
El que la pasion celosa  
Empiece á entrar en su pecho ;  
Que aunque los celos blasonan

De que avivan el amor,  
Es su operacion muy otra,  
En quien se vé como dama,  
Ó se mira como esposa;  
Pues en la esposa despecha  
Lo que en la dama enamora.  
¿No vas á decir que canten?

CELIA.

Voy á decir ambas cosas.

DON PEDRO.

Más con todo, Leonor bella,  
Dadme licencia que rompa  
Las leyes de mi silencio  
Con mis quejas amorosas:  
Que no siente los cordeles  
Quien el dolor no pregona.  
¿Qué defecto en mi amor visteis,  
Que siempre tan desdeñosa  
Me tratásteis? ¿Era ofensa  
Mi adoracion decorosa?  
Y si amaros fué delito,  
¿Cómo otro la dicha goza,  
É igualándonos la culpa,  
La pena no nos conforma?  
¿Cómo si es ley el desden  
En vuestra beldad, forzosa  
En mí la ley se ejecuta,  
Y en el otro se deroga?  
¿Qué tuvo para con vos  
Su pasion de más airosa?  
¿De más bien vista su pena?

¿Qué siendo una misma cosa  
En mí os pareció culpable  
Y en el otro meritoria?  
Si él os pareció más digno,  
¿No supliera en mi persona  
Lo que de galan me falta,  
Lo que de amante me sobra?  
Más sin duda, mi fineza  
Es quien el premio me estorba,  
Que es quien la merece ménos  
Quien siempre la dicha logra;  
Más si yo os he de adorar  
Eternamente, ¿qué importa  
Qué vos me negueis el premio,  
Pues es fuerza que conozca  
Que me concedéis de fino  
Lo que os negais de piadosa?

LEONOR.

Permitid, señor Don Pedro,  
Ya que me haceis tantas honras,  
Que os suplique, por quien sois,  
Me hagais la mayor de todas,  
Y sea, que ya que veis  
Que la fortuna me postra  
No apureis más mi dolor,  
Pues me basta á mí por soga  
El cordel de mi vergüenza,  
Y el peso de mis congojas.  
Y puesto que en el estado  
Que veis que tienen mis cosas,  
Tratarme de vuestro amor

Es una accion tan impropia,  
Que ni es bien decirlo vos,  
Ni justo que yo lo oiga,  
Os suplico que calleis;  
Y si es venganza que toma  
Vuestro amor de mi desden,  
Elegidla de otra forma,  
Que para que estéis vengado  
Hay en mis penas de sobra.

(Hablan aparte y salen á una reja, Don Carlos, Celia y Castaño).

CELIA.

Hasta aquí podeis salir,  
Que aunque mandó mi señora  
Que os retirarais, yo quiero  
Haceros esta lisonja,  
De que desde aquesta reja  
Oigais una primorosa  
Música, que á cierta dama,  
Á quien mi señor adora,  
Ha dispuesto; aquí os quedad.

CASTAÑO.

Oiga Usted.

CELIA.

No puedo ahora.

(Vase y sale por el otro lado).

CASTAÑO.

Fuése y cerrónos la puerta  
Y dejónos como monjas  
En reja, y sólo nos falta  
Una escucha que nos oiga.  
(Llega y mira).

Pero, Señor, ¡ vive Dios!  
Que es cosa muy pegajosa  
Tu locura, pues á mí  
Se me ha pegado.

DON CÁRLOS.

¿ En qué forma ?

CASTAÑO.

En que escucho los cencerros,  
Y aún los cuernos se me antoja,  
De los bueyes que perdimos.  
(Llega Don Carlos).

DON CÁRLOS.

¡ Qué miro! ¡ Amor me socorra!  
¡ Leonor, Doña Ana y Don Pedro  
Son! ¿ Ves cómo no fué cosa  
De ilusion él que aquí estaba ?

CASTAÑO.

¿ Y de qué esté no te enojas ?

DON CÁRLOS.

No, basta saber como vino,  
Que si yo en la casa propia  
Estoy, sin estar culpado,  
¿ Cómo quieres que suponga  
Culpa en Leonor? Antes juzgo  
Que la fortuna piadosa  
La condujo á donde estoy.

CASTAÑO.

Muy reposado enamoras,  
Pues no sueles ser tan cuerdo ;  
Más ¿ si hallando golpe en bola  
La ocasión el tal Don Pedro

La cogiese por la cola,  
Estariamos muy buenos?

DON CARLOS.

Calla, Castaño, la boca,  
Que es muy bajo quien sin causa  
De la dama á quien adora,  
Se da á entender que la ofende,  
Pues en su aprension celosa  
¿ Qué mucho que ella le agravie  
Cuando él á sí se deshonra?  
Más escucha que ya templan.

DOÑA ANA.

Cantad pues.

CELIA.

Vaya de solfa

MÚSICA.

¿Cuál es la pena más grave  
Que en las penas de amor cabe?

voz I.

El carecer del favor

Será la pena mayor,

Puesto que es el mayor mal.

coro I.

No es tal.

voz I.

Sí es tal.

coro II.

¿Pues cuál es?

voz II.

Son los desvelos

Á que ocasionan los celos,  
Que es un dolor sin igual.

coro II.

No es tal.

voz II.

Sí es tal.

coro I.

¿Pues cuál es?

voz III.

Es la impaciencia

Á que ocasiona la ausencia,  
Que es un letargo mortal:

coro I.

No es tal.

voz III.

Sí es tal.

coro II.

¿Pues cuál es?

voz IV.

Es el cuidado

Con que se goza lo amado,

Que nunca es dicha cabal.

coro II.

No es tal.

voz IV.

Sí es tal.

coro I.

¿Pues cuál es?

voz V.

Mayor se infiere

No gozar á quien me quiere

Cuando es el amor igual.

coro I.

No es tal.

voz I.

Sí es tal.

coro II.

Tú, que ahora has respondido,  
Conozco que sólo has sido  
Quien las penas de amor sabe.

coro I.

¿Cuál es la pena más grave  
Qué en las penas de amor cabe?

DON PEDRO.

Leonor, la razon primera  
De las que han cantado aqui  
Es más fuerte para mi;  
Pues si bien se considera,  
Es la pena más severa  
Que puede dar el amor  
La carencia del favor,  
Que es su término fatal.

LEONOR.

No es tal.

DON PEDRO.

Sí es tal.

DOÑA ANA.

Yo, hermano, de otra opinion  
Soy, pues si se llega á ver,  
El mayor mal viene á ser  
Una celosa pasion;  
Pues fuera de la razon

De que del bien se carece,  
Con la envidia se padece  
Otra pena más mortal.

LEONOR.

No es tal.

DOÑA ANA.

Sí es tal.

LEONOR.

Aunque se halla mi sentido  
Para nada, he imaginado  
Que el carecer de lo amado  
En amor correspondido,  
Pues con juzgarse querido  
Cuando del bien se carece,  
El ansia de gozar crece  
Y con ella crece el mal.

DOÑA ANA.

No es tal.

LEONOR.

Sí es tal.

DON CÁRLOS.

¡ Ay Castaño! Yo dijera  
Que de amor en los desvelos  
Son el mayor mal los celos,  
Si á tenerlos me atreviera;  
Más pues quiere Amor que muera,  
Muera de sólo temerlos,  
Sin llegar á padecerlos,  
Pues este es sobrado mal,

CASTAÑO.

No es tal.

DON CARLOS.

Si es tal.

CASTAÑO.

Señor, el mayor pesar  
Con que el amor nos baldona,  
Es querer una fregona  
Y no tener que la dar,  
Pues si llevo á enamorar,  
Corrido y confuso quedo;  
Pues conseguirlo no puedo  
Por la falta de caudal.

MÚSICA.

No es tal.

CASTAÑO.

Si es tal.

CELIA.

El dolor más importuno  
Que da amor en sus ensayos,  
Es tener doce lacayos  
Sin regalarme ninguno,  
Y tener perpetuo ayuno,  
Cuando estar harta debiera  
Esperando costurera  
Los alivios del dedal.

MÚSICA.

No es tal.

CELIA.

Si es tal.

DOÑA ANA.

Leonor, si no te divierte  
La música, al jardin vamos,

Quizá tu fatiga en él  
Se aliviará.

LEONOR.

¿ Qué descanso

Puede tener la que sólo  
Tiene por alivio el llanto?

DON PEDRO.

Vamos, divino imposible.

DOÑA ANA.

Haz, Celia, lo que he mandado,  
Que yo te mando un vestido  
Si se nos logra el engaño.

(Vanse Don Pedro, Doña Ana y Leonor)

CELIA.

Eso si es mandar con modo,  
Aunque esto de : yo te mando,  
Cuando los amos lo dicen,  
No viene á hacer mucho al caso,  
Pues están siempre tan hechos  
Que si acaso mandan algo,  
Para dar luego se excusan,  
Y dicen á los criados  
Que lo que mandaron no  
Fué mando, sino mandato.  
Pero vaya de tramoya,  
Yo llevo, y la puerta abro,  
Que presto que ya Don Juan,  
Que era mi mayor cuidado,  
Con la llave que le dí  
Estuvo tan avisado  
Que sin que yo le sacase



Se salió paso entre paso  
Por la puerta del jardín,  
Y mi señora ha tragado,  
Que fué otra de las criadas  
Quien le dió entrada en su cuarto.  
Gracias á mi hipocresía  
Y unos juramentos falsos  
Que sobre el caso me eché  
Con tanto desembarazo  
Que ella quedó tan segura  
Que ahora me ha encomendado  
Lo que allá dirá el enredo.  
Yo llevo. ¿ Señor Don Carlos?

DON CARLOS.

¿ Qué quieres, Celia ? ¡ Ay de mí !

CELIA.

Á ver si habeis escuchado  
La música vine.

DON CARLOS.

Sí,

Y te estimo agasajo.  
Más dime, Celia, ¿ á qué vino  
Aquella dama que ha estado  
Con Doña Ana y con Don Pedro ?

CELIA.

Ya picó el pez, largo el trapo.  
Aquella dama, señor,  
Más yo no puedo contarle  
Si primero no me dais  
La palabra de callarlo.

DON CARLOS.

Yo te la doy. ¿ Á qué vino ?

CELIA.

Temo, señor, que es pecado  
Descubrir vidas ajenas,  
Más supuesto que tú has dado  
En que lo quieres saber,  
Y yo en que no he de contarle,  
Vaya, más sin que lo sepas,  
Y sabe que aquel milagro  
De belleza es una dama  
Á quien adora mi amo,  
Y anoche, yo no sé como,  
Ni como no, entró en su cuarto;  
Él la enamora y regala,  
Con que, fin, yo no lo alcanzo,  
Ni yo en conciencia pudiera  
Afirmarte que ello es malo,  
Que puede ser que la quiera  
Para ser fraile descalzo.  
Y perdona, que no puedo  
Decir lo que has preguntado,  
Que estas cosas mejor es  
Que las sepas de otros labios.

(Vase Celia).

DON CARLOS.

¿ Castaño, no has oído aquesto ?  
Cierta es mi muerte, y mi agravio.

CASTAÑO.

¿ Pues si ella no nos lo ha dicho,  
Cómo puedo yo afirmarle ?

DON CARLOS.

¡ Cielos ! ¿ qué es esto, qué escucho ?  
¿ Es ilusion, es encanto  
Lo que ha pasado por mí ?  
¿ Quién soy yo ? ¿ Dónde me hallo ?  
¿ No soy yo quién de Leonor  
La beldad idolatrando,  
La sollicité tan fino,  
La serví tan recatado,  
Qué en premio de mis finezas,  
Conseguí favores tantos;  
Y, por último, seguro  
De alcanzar su blanca mano,  
Y de ser solo el dichoso  
Entre tantos desdichados ?  
¿ No salió anoche conmigo,  
Su casa y padre dejando,  
Reduciendo á mi la dicha  
Que solicitaban tantos ?  
¿ No la llevó la justicia ?  
¿ Pues cómo, ¡ ay de mí ! la hallo  
Tan sosegada en la casa  
De Don Pedro de Arellano,  
Que amante la solicita ?  
Y yo, ¿ más cómo no abraso  
Antes mis agravios, que  
Pronunciar yo mis agravios ?  
Más, ¡ Cielos ! ¿ Leonor no pudo  
Venir por algun acaso  
Á esta casa sin tener  
Culpa de lo que ha pasado,

Pues prevenirlo no pudo ?  
¿ Y que Don Pedro, llevado  
De la ocasion de tener  
En su poder el milagro  
De la perfeccion, pretenda  
Como mozo y alentado,  
Lograr la ocasion felice  
Que la fortuna le ha dado,  
Sin que Leonor corresponda  
Á sus intentos osados ?  
Bien puede ser que así sea,  
¿ Más cumplo yo con lo honrado,  
Consintiendo que á mi dama  
La festeje mi contrario  
Y qué con tanto lugar  
Cómo tenerla á su lado,  
La enamore y solicite,  
Y qué haya de ser tan bajo  
Yo, qué lo mire y lo sepa,  
Y no intente remediarlo ?  
Eso no ; ¡ viven los cielos !  
Sigueme, vamos Castaño,  
Y saquemos á Leonor,  
Á pesar de todos cuantos  
La quisieren defender.  
CASTAÑO.  
Señor, ¿ estás dado al diablo ?  
¿ No ves que hay en esta casa  
Una tropa de lacayos  
Que sin que nadie lo sepa  
Nos darán un sépan cuantos,

Y andarán descomedidos  
Por andar muy bien criados?

DON CÁRLOS.

¡Cobarde! ¿Aquesto me dices?  
Aunque vibre el cielo rayos,  
Aunque iras el cielo esgrima,  
Y el abismo aborte espantos,  
Me la tengo de llevar.

GASTAÑO.

Ahora, sús, si ha de ser, vamos,  
Y luégo de aquí á la horca,  
Que será el segundo paso.  
(Salen Don Rodrigo y Don Juan).

DON RODRIGO.

Don Juan, pues vos sois su amigo,  
Reducidle á la razon,  
Pues por aquesta ocasion  
Os quise traer conmigo,  
Que pues vos sois el testigo  
Del daño que me causó  
Cuando á Leonor me llevó,  
Podreis con desembarazo  
Hablar en aqueste caso  
Con más llaneza que yo.  
Ya de todo os he informado,  
Y en un caso tan severo  
Siempre lo trata el tercero  
Mejor que no el agraviado;  
Que al que es noble y nació onrado,  
Cuando se le representa  
La afrenta, por más que sienta,

Le impide, aunque ese es el medio,  
La vergüenza del remedio  
El remedio de la afrenta.

DON JUAN.

Señor Don Rodrigo, yo,  
Por la ley de caballero,

Os prometo reducir  
Á vuestro gusto á Don Pedro,  
Á que él juzgo que está llano,  
Porque tampoco no quiero  
Vender por fineza mía  
Á lo que es mérito vuestro.

Y pues, porque no se niegue  
No le avisamos, entremos  
Á la sala; ¿mas que miro?  
¿Aquí Don Carlos de Olmedo  
Con quién anoche reñí?  
¡Ah ingrata Doña Ana! ¡Ah fiero  
Basilisco!

(Sale Celia).

CELIA.

¡Jesucristo!  
Don Juan de Vargas y un viejo,  
Señor, y te han visto ya.

DON CÁRLOS.

No importa, que nada temo.

DON RODRIGO.

Aquí Don Carlos está,  
Y para lo que traemos  
Que tratar, grande embarazo  
Será.

CASTAÑO.

Señor, reza el credo,  
Porque estos pienso que vienen  
Para darnos pan de perro;  
Pues sin duda que ya saben  
Que fuiste quien á Don Diego  
Hirió y se llevó á Leonor.

DON CARLOS.

No importa, ya estoy resuelto  
Á cuanto me sucediere.

DON RODRIGO.

Mejor es llegar, yo llego.  
Don Carlos, Don Juan y yo,  
Cierto negocio traemos  
Que precisamente ahora  
Se ha de tratar á Don Pedro,  
Y así, si no es embarazo  
Á lo que venís, os ruego,  
Nos deis lugar, perdonando  
El estorbo, que los viejos  
Con los mozos, y más cuando  
Son tan bizarros y atentos  
Como vos, esta licencia  
Nos tomamos.

DON CARLOS (aparte).

¡Vive el cielo!  
Que aún ignora Don Rodrigo  
Que soy de su agravio el dueño.

DON JUAN.

No sé, ¡vive el cielo! como  
Viendo á Don Carlos contengo

La cólera que me incita.

CELIA.

Don Carlos, pues el empeño  
Mirais en que está mi ama,  
Si llega su hermano á veros,  
Que os escondais, os suplico.

DON CARLOS.

Tiene razon, ¡vive el cielo!  
Que si aquí me ve su hermano,  
La vida á Doña Ana arriesgo,  
Y habiéndome ella amparado  
Es infamia; ¿más qué puedo  
Hacer yo en aqueste caso?  
Ello no hay otro remedio,  
Ocúltome, que el honor  
De Doña Ana es lo primero  
Y después saldre á vengar  
Mis agravios y mis celos.

CELIA.

¡Señor, por Dios, que te escondas  
Antes que salga Don Pedro!

DON CARLOS.

Señor Don Rodrigo, yo  
Estoy, perdonad si os tengo  
Vergüenza, que vuestras canas  
Dignas son de este respeto,  
Sin que Don Pedro lo sepa  
En su casa; y así, os ruego  
Que me dejéis ocultar  
Antes que él salga, que el riesgo

Que un honor puede correr  
Me obliga.

DON JUAN.

¡Qué esto consiento!

¿Qué mas claro ha de decir  
Qué aquel basilisco fiero  
De Doña Ana aquí le trae?  
¡Oh, pese á mi sufrimiento  
Qué no le quito la vida!  
Pero ajustar el empeño  
Es ántes de don Rodrigo,  
Pues le dí palabra de ello,  
Que después yo volveré,  
Puesto que la llave tengo  
Del jardin, y tomaré  
La venganza que deseo.

DON RODRIGO.

Don Carlos, nada me admira,  
Mozo he sido, aunque soy viejo;  
Vos sois mozo, y es preciso  
Que deis sus frutos al tiempo;  
Y supuesto que decís  
Que os es preciso esconderos,  
Haced vos lo que os convenga,  
Que yo la causa no inquiero  
De cosas que no me tocan.

DON CARLOS.

Pues adios.

DON RODRIGO.

Guárdeos el cielo.

CELIA.

Vamos aprisa, á Dios gracias  
Que se ha excusado este aprieto,  
Y vos, señor, esperad  
Mientras aviso á mi dueño.

DON CARLOS.

Un Etna llevo en el alma.

DON JUAN.

Un volcan queda en el pecho.  
(Vanse Don Carlos, Celia y Castaño).

DON RODRIGO.

Veis aquí como es el mundo,  
Á mí me agravia Don Pedro,  
Don Carlos le agravia á él,  
Y no faltará un tercero  
Tambien que agravie á Don Carlos,  
Y es que lo permite el cielo  
En castigo de las culpas,  
Y dispone que paguemos  
Con males que recibimos  
Los males que hemos hecho.

DON JUAN.

Estoy tan fuera de mí  
De haber visto manifiesto  
Mi agravio, que no sé como  
He de sosegar el pecho  
Para hablar en el negocio  
De que he de ser medianero,  
Que quien ignora los suyos,  
Mal hablará en los ajenos.  
(Sale Don Carlos á la reja).

DON CARLOS.

Ya que fué fuerza ocultarme  
Por el debido respeto  
De Doña Ana, como á quien  
El amparo y vida debo,  
Desde aquí quiero escuchar,  
Pues sin ser yo visto puedo,  
Á que vino don Rodrigo,  
Que entre mil dudas el pecho,  
Astrólogo de mis males,  
Me pronostica los riesgos.

(Sale Don Pedro).

DON PEDRO.

Señor Don Rodrigo ¿vos  
En mi casa? Mucho debo  
Á la ocasion que aquí os trae,  
Pues que por ella merezco  
Que vos me hagais tantas honras.

DON RODRIGO.

Yo las recibo, Don Pedro,  
De vos, y ved si es verdad,  
Pues á vuestra casa vengo  
Por la honra, que me falta.

DON PEDRO.

Don Juan amigo, no es nuevo  
El que vos honréis mi casa;  
Tomad entrambos asiento,  
Y decid, ¿cómo venís?

DON JUAN.

Yo vengo al servicio vuestro,  
Y pues á lo que venimos

Dilacion no admite, empiezo:  
Don Pedro, vos no ignorais,  
Como tan gran caballero,  
Las muchas obligaciones  
Que teneis de parecerlo;  
Estó supuesto, el señor  
Don Rodrigo tiene un duelo  
Con vos.

DON PEDRO.

¿ Conmigo, Don Juan?  
Hogaréme de saberlo.

(Aparte.)

¡ Válgame Dios! ¿ qué sera?

DON RODRIGO.

Don Pedro, ved que no es tiempo  
Este de haceros de nuevas,  
Y si acaso decís eso  
Por la cortés atencion  
Que debeis á mi respeto,  
Yo estimo la cortesía,  
Y en la atencion os dispenso.  
Vos, amante de Leonor,  
La solicitásteis ciego,  
Pudiendo haberos valido  
De mí, y con indignos medios  
La sacasteis de mi casa,  
Cosa que, pero no quiero  
Reñir ahora el delito  
Que ya no tiene remedio,  
Que cuando os busco piadoso,  
No es bien reñiros severo,

Y como lo más se enmiende,  
Yo os perdonaré lo ménos.  
Supuesto esto, ya sabeis  
Vos que no hay sangre en Toledo  
Que pueda exceder la mía;  
Y siendo esto todo cierto,  
¿ Qué dificultad podeis  
Hallar para ser mi yerno?  
Y si es falta el estar pobre,  
Y vos rico, fuera bueno  
Responder eso si yo  
Os tratara el casamiento  
Con Leonor; más pues vos fuisteis  
El que la eligió primero,  
Y os pusisteis en estado  
Que ha de ser preciso hacerlo,  
No he tenido yo la culpa  
De lo que fué arrojó vuestro.  
Yo sé que está en vuestra casa,  
Y sabiéndolo, no puedo  
Sufrir que esté en ella sin que  
Le deis de esposo al momento  
La mano.

DON PEDRO (aparte.)

¡ Valgame Dios!

¿ Qué puedo en tan grande empeño  
Responder á Don Rodrigo?  
Pues sí que la tengo niego,  
Es fácil que él lo averigüe,  
Y si la verdad confieso  
De que la sacó Don Carlos,

Se la dará á él, y yo pierdo,  
Si pierdo á Leonor, la vida.  
Pues si el casarme concedo,  
Puede ser que me desaire  
Leonor; ¡ qué hallara un medio  
Con que poder dilatarlo!

DON JUAN.

¿ De qué, amigo, estais suspenso?  
¿ Cuando la proposicion  
Resulta en decoro vuestro,  
Cuando el señor Don Rodrigo,  
Tan reportado y tan cuerdo,  
Os convida con la dicha  
De haceros felice dueño  
De la beldad de Leonor?

DON PEDRO.

Lo primero, que protesto,  
Señor Don Rodrigo, es que  
Tanto la beldad venero  
De Leonor, que puesto que  
Sabeis ya mis galanteos,  
Quiero que esteis persuadido  
Que nunca pudo mi pecho  
Mirarla con otros ojos,  
Ni hablarla con otro intento  
Que el de ser feliz, con ser  
Su esposo; y esto supuesto,  
Sabed que Leonor anoche  
Supo, aún á fingir no acierto,  
Que estaba mala mi hermana,  
Á quien con cariño tierno

Estima, y vino á mi casa  
Á verla sólo, creyendo  
Que os tardarais más  
Con la diversion del juego ;  
Hízose algo tarde, y como  
Temió el que hubieseis ya vuelto,  
Como sin licencia vino,  
Despachamos á saberlo  
Un criado de los míos,  
Y aqueste volvió, diciendo :  
Que ya estabais vos en casa,  
Y que habiais echado ménos  
Á Leonor, por cuya causa  
Haciendo justos extremos  
La buscabais ofendido ;  
Ella temerosa, oyendo  
Aquesto, volver no quiso.  
Este es en suma el suceso,  
Que ni yo saqué á Leonor,  
Ni pudiera, pretendiendo  
Para esposa su beldad,  
Proceder tan desatento,  
Que para mirarme en él  
Manchara ántes el espejo.  
Y para que no juzgueis  
Que ésta es excusa que invento  
Por no venir en casarme,  
Mi fé y mi palabra os empeño,  
De ser su esposo al instante  
Como Leonor venga en ello,  
Y en esto conocereis.

Que no tengo impedimento  
Para dejar de ser suyo  
Más de que no la merezco.

DON CÁRLOS.

¿No escuchas esto, Castaño ?  
La vida y el juicio pierdo.

CASTAÑO.

La vida es la novedad,  
Que lo del juicio no es nuevo.

DON RODRIGO.

Don Pedro, á lo que habeis dicho  
Hacer réplica no quiero,  
Sobre si pudo ó no ser,  
Como decís, el suceso ;  
Pero siéndole ya á todos  
Notorios vuestros festejos,  
Sabiendo que Leonor falta,  
Y yo la busco, y sabiendo  
Que en vuestra casa la hallé,  
Nunca queda satisfecho  
Mi honor, si vos no os casais,  
Y en lo que me habeis propuesto  
De si Leonor querrá ó no,  
Eso no es impedimento,  
Pues ella tener no puede  
Más gusto que mi precepto ;  
Y así, llamadla, y veréis  
Cuán presto lo ajusto.

DON PEDRO.

Temo,



Señor, que Leonor se asuste,  
Y así os suplico deis tiempo  
De que antes se lo proponga  
Mi hermana; porque supuesto  
Que yo estoy llano á casarme,  
Y que por dicha lo tengo,  
Que importa que se difiera  
De aquí á mañana, que es tiempo  
En que les puedo avisar  
Á mis amigos y deudos  
Porque asistan á mis bodas,  
Y también porque llevemos  
Á Leonor á vuestra casa,  
Donde se haga el casamiento.

DON RODRIGO.

Bien decís; pero sabed  
Que ya quedamos en eso,  
Y que es Leonor vuestra esposa.

DON PEDRO.

Dicha mía es el saberlo.

DON RODRIGO.

Pues, hijo, adios, que también  
Hacer de mi parte quiero  
Las prevenciones.

DON PEDRO.

Señor,  
Vamos, os iré sirviendo.

DON RODRIGO.

No ha de ser, y así quedaos  
Que habeis menester el tiempo.

DON PEDRO.

Yo tengo de acompañaros

DON RODRIGO.

No hareis tal.

DON PEDRO.

Pues ya obedezco.

DON JUAN.

Don Pedro, quedad con Dios.

(Vanse Don Rodrigo y Don Juan.)

DON PEDRO.

Id con Dios, Don Juan. Yo quedo  
Tan confuso, que no sé  
Si es pesar, ó si es contento,  
Si es fortuna, ó es desaire,  
Lo que me está sucediendo.  
Don Rodrigo con Leonor  
Me ruega, yo á Leonor tengo,  
El caso está en tal estado  
Que yo excusarme no puedo  
De casarme, solamente  
Es á Leonor á quien temo,  
No sea que lo resista;  
Más puede ser que ella viendo  
El estado de las cosas,  
Y de su padre el precepto,  
Venga á ser mía. Yo voy;  
Amor, ablanda su pecho.

(Vase.)

(Sale Don Carlos y Castaño.)

DON CARLOS.

No debo de estar en mí,

Castaño, pues no estoy muerto;  
Don Rodrigo ¡ay de mí! juzga  
Que á Leonor sacó Don Pedro,  
Y se la viene á ofrecer,  
Y él, muy falso y placentero  
Viene en casarse con ella  
Sin ver el impedimento  
De que se salió con otro.

CASTAÑO.

¿Qué quieres? El tal sugeto  
Es marido conveniente,  
Y no repara en pucheros,  
El vió volando esta garza  
Y quiso matarla al vuelo,  
Con que si él ya la cazó,  
Ya para tí *volaverunt*.

DON CARLOS.

Yo estoy tan sin mí, Castaño,  
Que aún á discurrir no acierto  
Lo que haré en aqueste caso.

CASTAÑO.

Yo te daré un buen remedio  
Para que quedes vengado.  
Doña Ana es rica, y yo pienso  
Que revienta por ser novia,  
Enamórala, y con eso  
Te vengas de cuatro, y ocho,  
Que dejas á aqueste necio  
Mucho peor que endiablado,  
Encuñadado *in æternum*.

DON CARLOS.

Por cierto gentil venganza.

CASTAÑO.

¿Mal te parece el consejo?  
Tú no debes de saber  
Lo que es un cuñado, un suegro,  
Una madrastra, una tía,  
Un escribano, un ventero,  
Una mula de alquiler,  
Ni un albacea, que pienso,  
Que del infierno el mejor  
Y más bien cobrado censo  
No llegan á su zapato.

DON CARLOS.

¡Ay de mí, infeliz! ¿Qué puedo  
Hacer en este caso?  
¡Ay Leonor! si yo te pierdo,  
Pierda la vida tambien.

CASTAÑO.

No pierdas ni aún un cabello,  
Si no vamos á buscarla,  
Que en el tribunal supremo,  
De su gusto, quizá se  
Revocará este decreto.

DON CARLOS.

¿Y si la fuerza su padre?

CASTAÑO.

¿Qué es forzarla? ¿Pues el viejo  
Está ya para Tarquino?  
Vamos á buscarla luégo,  
Que como ella diga nones,

No hará pares con Don Pedro.

DON CARLOS.

Bien dices, Castaño, vamos.

CASTAÑO.

Vamos, y deja lamentos,  
Que se alarga la jornada  
Si aquí más nos detenemos.

## JORNADA TERCERA

SALEN CELIA Y LEONOR.

LEONOR.

Celia, yo me he de matar  
Si tú salir no me dejas  
De esta casa, ó de este encanto.

CELIA.

Repórtate, Leonor bella,  
Y mira por tu opinion.

LEONOR.

¿ Qué opinion quieres que tenga  
Celia, quien de oír acaba  
Unas tan infaustas nuevas  
Cómo que quiere mi padre,  
Porque con engaño piensa  
Que Don Pedro me sacó,  
Que yo ¡ay Dios! su esposa sea?  
Y esto cae sobre haber  
Antes dichome tú misma  
Que Carlos ¡ah falso amante!  
A Doña Ana galantea,  
Y que con ella pretende  
Casarse, que es quien pudiera,  
Como mi esposo, librarne

No hará pares con Don Pedro.

DON CARLOS.

Bien dices, Castaño, vamos.

CASTAÑO.

Vamos, y deja lamentos,  
Que se alarga la jornada  
Si aquí más nos detenemos.

## JORNADA TERCERA

SALEN CELIA Y LEONOR.

LEONOR.

Celia, yo me he de matar  
Si tú salir no me dejas  
De esta casa, ó de este encanto.

CELIA.

Repórtate, Leonor bella,  
Y mira por tu opinion.

LEONOR.

¿ Qué opinion quieres que tenga  
Celia, quien de oír acaba  
Unas tan infaustas nuevas  
Cómo que quiere mi padre,  
Porque con engaño piensa  
Que Don Pedro me sacó,  
Que yo ¡ay Dios! su esposa sea?  
Y esto cae sobre haber  
Antes dichome tú misma  
Que Carlos ¡ah falso amante!  
A Doña Ana galantea,  
Y que con ella pretende  
Casarse, que es quien pudiera,  
Como mi esposo, librarne

Del rigor de esta violencia.  
Conque estando en este estado  
No le quedan á mis penas  
Ni asilo que las socorra,  
Ni amparo que las defienda.

CELIA (Aparte).

Verdad es que se lo dije,  
Y á Don Carlos con la misma  
Tramoya tengo confuso,  
Porque mi ama me ordena  
Que yo despeche á Leonór  
Para que á su hermano quiera,  
Y ella se quede con Cárlos;  
Y yo viéndola resuelta,  
Por la manda del vestido,  
Ando haciendo estas quimeras.  
Pues, señora, si conoces  
Que ingrato Cárlos te deja,  
Y mi señor te idolatra,  
Y que tu padre desea  
Hacerte su esposa, y que  
Está el caso de manera  
Que si dejas de casarte,  
Pierdes honra y conveniencia,  
¿No es mejor pensarlo bien  
Y resolvete discreta  
Á lograr aquesta boda,  
Que es lástima que se pierda?  
Y hallarás, si lo ejecutas,  
Más de tres mil congruencias,  
Pues sueltas con esto solo

De tu crédito la quiebra,  
Obedeces á tu padre,  
Dás gusto á tu parentela,  
Premias á quien te idolatra,  
Y de Don Cárlos te vengas.

LEONOR.

¿Qué dices, Celia? Primero  
Que yo de Don Pedro sea,  
Verás de su eterno alcazar  
Fugitivas las estrellas;  
Primero romperé el mar  
La no violada obediencia  
Que á sus desbocadas olas  
Imponen freno de arena;  
Primero aqueste fogoso  
Corazon de las esferas  
Perturbará el órden con que  
El cuerpo del orbe alienta;  
Primero trocado el órden  
Que guarda naturaleza,  
Congelará el fuego copos,  
Brotará el hielo centellas;  
Primero que yo de Cárlos,  
Aunque ingrato me desprecia,  
Deje de ser, de mi vida  
Seré verdugo yo misma;  
Primero que yo de amarle  
Deje.

CELIA.

Los primeros deja  
Y vamos á lo segundo,

Que pues estás tan resuelta,  
No te quiero aconsejar  
Si no saber lo que intentas.

LEONOR.

Intento, amiga, que tú,  
Pues te he fiado mis penas,  
Me des lugar para irme  
De aquí, porque cuando vuelva  
Mi padre aquí no me halle,  
Y me haga casar por fuerza ;  
Que yo me iré desde aquí  
A buscar en una celda  
Un rincon que me sepulte,  
Donde llorar mis tragedias  
Y donde sentir mis males  
Lo que de vida me resta,  
Que quizás allí escondida  
No sabrá de mí mi estrella.

CELIA.

Sí, pero sabrá de mí  
La mia, y por darte puerta  
Vendrá á estrellarse conmigo  
Mi señor cuando lo sepa,  
Y seré yo la estrellada,  
Por no ser tu la estrellera.

LEONOR.

Amiga, haz esto por mí,  
Y seré tu esclava eterna.  
Por ser la primera cosa  
Que te pido.

CELIA.

Aunque lo sea,  
Que á la primera que haga  
Pagaré con las setenas.

LEONOR.

Pues ¡vive el cielo! enemiga,  
Que si salir no me dejas,  
He de matarme y matarte.

CELIA.

¡ Chispas, y qué rayos echa!  
¿ Más qué fuera, Jesus mio,  
Que aquí conmigo embistiera?  
¿ Qué haré? Pues si no la de-  
jo ir, y á ser señora llega  
De caña, quien duda que  
Le tengo de pagar ésta:  
Y si la dejo salir,  
Con mi amo habrá la misma  
Dificultad; ahora bien  
Mejor es entretenerla,  
Y avisar á mi señor  
De lo que su dama intenta,  
Que sabiéndolo es preciso  
Que salga él á detenerla,  
Y yo quedo bien con ambos,  
Pues con esta estratagema  
Ella no queda ofendida  
Y él obligado me queda.  
Señora, si has dado en eso,  
Y en hacerlo tan resuelta  
Estás, vé á ponerte el manto

Que yo guardaré la puerta.

LEONOR.

La vida, Celia, me has dado.

CELIA.

Soy de corazon muy tierna,  
Y no puedo ver llorar  
Sin hacerme una manteca.

LEONOR.

Á ponerme el manto voy.

(Vase Leonor).

CELIA.

Anda, pues, y ven apriesa,  
Que te espero. No haré tal,  
Si no cerraré la puerta,  
É iré á avisar á Marsilio  
Que se le va Melisendra

(Váse.)

(Sale Don Juan.)

DON JUAN.

Con la llave del jardin  
Que dejó en mi poder Celia,  
Para ir á lograr mis dichas  
Quiero averiguar mis penas.  
¡Qué mal dije averiguar!  
Pues á la que es evidencia,  
No se puede llamar duda.  
Pluguiera á Dios estuvieran  
Mis celos y mis agravios  
En estado de sospechas;  
Más ¿ cómo me atrevo cuando

Es contra mi honor mi ofensa  
Sin ser cierta mi venganza  
Hacer mi deshonra cierta?  
Si sólo basta á ofenderme  
La presuncion, como piensa  
Mi honor, ¿qué puede en mi agravio  
La duda ser evidencia  
Cuando la evidencia misma  
Del agravio en la nobleza,  
Siendo certidumbre falsa  
Se hace duda verdadera;  
Qué como al honor le agravia  
Solamente la sospecha,  
Hará cierta su deshonra?  
¿Quién la verdad juzga incierta,  
Pues si es así, como yo  
Imagino qué hay quien pueda  
Ofenderme si aún en duda  
No consiento que me ofendan?  
Aquí oculto esperaré  
Á que mi contrario venga,  
¿Qué quien del estado en que  
Está su correspondencia  
Duda que vendrá de noche  
Quién de día sale y entra?  
Yo quiero entrar á esperarlo;  
¡Honor, mi venganza alienta!

(Vase.)

(Salen Don Carlos y Castaño con un envoltorio.)

DON CARLOS.

Por más que he andado la casa

No he podido dar con ella,  
Y vengo desesperado.

CASTAÑO.

Pues, Señor, ¿de ver no echas  
Que están las puertas cerradas  
Que á ese otro cuarto atraviesa  
Por el temor de Doña Ana  
De que su hermano te vea,  
Ó porque á Leonor no atizbes?  
¿Y para haceros por fuerza  
Casar, Doña Ana, y su hermano  
Nos han cerrado entre puertas?

DON CARLOS.

Castañó, yo estoy resuelto  
Á que Don Rodrigo sepa  
Que soy quien sacó á su hija,  
Y quien ser su esposo espera,  
Que pues por pensar que fué  
Don Pedro dársela intenta,  
Tambien me la dará á mí  
Cuando la verdad entienda  
De que fui quien la robó.

CASTAÑO.

Famosamente lo piensas;  
Pero ¿cómo has de salir  
Si Doña Ana es centinela  
Que no se duerme en las pajas?

DON CARLOS.

Fácil, Castañó, me fuera  
El salir contra su gusto,  
Que no estoy yo de manera

Que tengan lugar de ser  
Tan comedidas mis penas.  
Sólo lo que me embaraza,  
Y á mi valor desalienta,  
Es el irme de su casa  
Dejando á Leonor en ella,  
Donde á cualquier novedad  
Puede importar mi presencia;  
Y así, he pensado que tú  
Salgas, pues aunque te vean,  
Hará ninguno el reparo  
En ti que en mí hacer pudieran,  
Y este papel que ya escrito  
Traigo con que le doy cuenta  
Á Don Rodrigo de todo,  
Le lleves.

CASTAÑO.

¡Ay, Santa Tecla!

Pues ¿cómo quieres que vaya?  
Y ves aquí que me pesca  
En la calle la justicia  
Por cómplice en la tormenta  
De la herida de Don Diego,  
Y aunque tú el agresor seas,  
Porque te ayudé al ruido,  
Pago *in solidum* la ofensa.

DON CARLOS.

Este es mi gusto, Castañó.

CASTAÑO.

Sí, más no es mi conveniencia.



DON CÁRLOS.

¡Vive el cielo, que has de ir!

CASTAÑO.

Señor ¿y es muy buena cuenta  
Por cumplir el juramento  
De que él viva que yo muera?

DON CÁRLOS.

¿Ahora burlas, Castaño?

CASTAÑO.

Antes ahora son veras.

DON CÁRLOS.

¿Qué es ésto, infame, tú tratas  
De apurarme la paciencia?  
¡Vive Dios! que has de ir, ó aquí  
Te he de matar.

CASTAÑO.

Señor, suelta,  
Que eso es muy ejecutivo,  
Y en esto otro hay contingencia;  
Dame el papel, que yo iré.

DON CÁRLOS.

Tómalo y mira que vuelvas  
Aprisa, por el cuidado  
En que estoy.

CASTAÑO.

Dame licencia,  
Señor, de contarte un cuento,  
Que viene aquí como piedra  
En el ojo de un vicario,  
Que deben ser de canteras,  
Salió un hombre á torear,

Y á otro un caballo pidió,  
El cual aunque lo sintió,  
No se lo pudo negar.  
Salió, y el dueño al mirallo,  
No pudiéndolo sufrir,  
Le envió un recado á decir  
Que le cuidase el caballo,  
Porque valfa un tesoro,  
Y el otro muy sosegado  
Respondió : aqueso recado  
No viene á mí, sino al toro.  
Tú eres así ahora, que  
Me remites á un paseo  
Donde, aunque yo lo deseo,  
No sé si yo volveré.  
Y lo que me causa risa,  
Aún estando tan penoso  
Es que, siendo tan dudoso,  
Me mandes que venga aprisa.  
Y así yo ahora te digo,  
Como el otro toreador,  
Que ese recado, señor,  
Lo envíes á Don Rodrigo.

(Sale Celia.)

CELIA.

Señor Don Carlos, mi ama  
Os suplica vais á verla  
Al jardín luégo al instante,  
Que tiene cierta materia  
Que tratar con vos, que importa.

DON CARLOS.

Decid que ya á obedecerla  
Voy. Haz tu lo que he mandado.  
(Vánse Don Carlos y Celia).

CASTAÑO.

Yo bien no hacerlo quisiera,  
Si me valiera contigo  
El hacer yo la deshecha.  
¡Válgame Dios! ¿Con qué traza  
Yo á Don Rodrigo le diera  
Aqueste papel sin que él  
Ni alguno me conociera?  
¿Quién fuera aquí Garatuzá  
De quén en las Indias cuentan  
Que hacía muchos prodigios!  
Que yo, como nací en ellas,  
Le he sido siempre devoto  
Como á santo de mi tierra.  
¿Oh tú cualquiera que has sido,  
Oh tú cualquiera que seas,  
Bien esgrimas abanico,  
Ó bien arrastres cantera,  
Inspirame alguna traza  
Que de Calderon parezca  
Con que salir de este empeño!  
Pero tate en mi conciencia  
Que ya discurro el enredo.  
Leonor me dió unas polleras  
Y unas joyas que trajese  
Cuando quiso ser Elena  
De este Páris boquirubio,

Y las tengo aquí bien cerca,  
Que me han servido de cama;  
Pues si yo me visto de ellas,  
¿Habrá en Toledo tapada  
Que á mi garbo se parezca?  
Pues ahora bien, yo las saco,  
Vayan estos trapos fuera.  
(Quítase capa, espada y sombrero).

Lo primero aprisionar  
Me conviene la melena,  
Porque quitara mil vidas  
Si le doy tantica suelta.  
Con este paño pretendo  
Abrigarme la mollera,  
Si como quiero la pongo,  
Será gloria ver mi pena.  
Ahora entran las basquiñas,  
¿Jesus y que rica tela!  
No hay duda que me esté bien,  
Porque como soy morena  
Me está del cielo lo azul.  
¿Y esto qué es? Joyas son éstas,  
No me las quiero poner,  
Que ahora voy de revuelta.  
Un serenero he topado  
En aquesta faltriguera,  
Tambien me le he de plantar,  
¿Cabráme esta pechuguera?  
El soliman me hace falta,  
Pluguiese á Dios y le hubiera  
Que una manica de gato

Sin duda me la pusiera;  
Pero no, que es un ingrato,  
Y luégo en cara me diera.  
La color no me hace al caso,  
Que, en este empeño, de fuerza,  
Me han de salir mil colores,  
Por ser dama de vergüenza.  
¿Qué les parece, señoras,  
Éste encaje de ballena?  
Ni puesta con sacristanes  
Pudiera estar más bien puesta.  
Es cierto que estoy hermosa,  
Dios me guarde, que estoy bella.  
Cualquier cosa me está bien,  
Porque el molde es rara pieza.  
Quiero acabar de asearme  
Que aún no estoy dama perfecta.  
Los guantes, aquesto sí,  
Porque las manos no vean,  
Que han de ser las de Jacob  
Con que á Esaú me parezca.  
El manto lo vale todo,  
Échomele en la cabeza;  
¡Válgame Dios! cuanto encubre  
Esta telilla de seda,  
Que ni hay foso que así guarde,  
Ni muro que así defienda,  
Ni ladron que tanto encubra,  
Ni paje que tanto mienta,  
Ni gitano que así engañe,  
Ni logrero que así venda.

Un trasunto el abanillo  
Es de mi garbo y belleza,  
Pero si me da tanto aire,  
¿Qué mucho á mí se parezca?  
Dama habrá en el auditorio  
Que diga á su compañera:  
Mariquita, aqueste bobo  
Al tapado representa.  
Pues atencion, mis señoras,  
Que es paso de la comedia,  
No piensen que son embustes  
Fraguados acá en mi idea,  
Que yo no quiero engañarlas,  
Ni ménos á Vue-Excelencia.  
Ya estoy armado, y quién duda  
Que en el punto que me vean  
Me sigan cuatro mil lindos  
De aquestos que galantean  
Á salga lo que saliere,  
Y que á bulto se amartelan,  
No de la belleza que es,  
Sino de la que ellos piensan.  
Vaya, pues, de dameraía,  
Menudo el paso, derecha  
La estatura, airoso el brío,  
Inclinada la cabeza,  
Un si es, no es, al un lado,  
La mano en el manto envuelta  
Con el un ojo recluso  
Y con él otro de fuera;  
Y vamos ya, que encerrada

Se malogra mi belleza ;  
Temor llevo de que alguno  
Me enamore.

(Va á salir y encuentra á Don Pedro).

DON PEDRO.

Leonor bella,  
¿ Vás con manto ya á estas horas?  
(Aparte).

¡ Oh qué bien me dijo Celia  
De que irse á un convento quiere !  
¿ Adónde vais con tal priesa ?

CASTAÑO (Aparte).

¡ Vive Dios ! que por Leonor  
Me tiene, yo la he hecho buena  
Si él me quiere descubrir.

DON PEDRO.

¿ De qué estás, Leonor, suspensa ?  
¿ Adónde vás, Leonor mía ?

CASTAÑO (Aparte).

Oiga lo que Leonorea ;  
Más pues por Leonor me marco,  
Yo quiero fingir ser ella,  
Que quizá atiplando el habla  
No me entenderá la letra.

DON PEDRO.

¿ Porqué no me hablais, señora,  
Aún no os merece respuesta  
Mi amor ? ¿ Porqué de mi casa  
Os quereis ir ? ¿ Es ofensa  
El adoraros tan fino,  
El amaros tan de veras

Que sabiendo que á otro amais  
Está mi atencion tan cierta  
De vuestras obligaciones,  
Vuestro honor y vuestras prendas,  
Que á casarme determino  
Sin que ningun riesgo tema?  
Que en vuestra capacidad  
Bien sé que tendrá más fuerza  
Para mirar por vos misma  
La obligacion que la estrella.  
¿ Es posible que no os mueve  
Mi afecto ni mi nobleza,  
Mi hacienda, ni mi persona,  
Á verme ménos severa ?  
¿ Tan indigno soy, señora,  
Y doy caso que lo sea,  
No me darán algun garbo  
La gala de mis finezas ?  
¿ No es mejor para marido,  
Si lo considerais cuerda,  
Quién no galan os adora  
Qué quién galan os desprecia ?

CASTAÑO (Aparte).

¡ Gran cosa es el ser rogadas !  
Ya no me admira que sean  
Tan soberbias las mujeres,  
Porque no hay que ensoberbezca  
Cosa, como el ser rogadas,  
Ahora bien, de vuelta y media  
He de poner á este tonto.  
Don Pedro, negar quisiera

La causa por que me voy,  
Pero ya decirla es fuerza :  
Yo me voy por que me mata  
De hambre aquí vuestra miseria,  
Por que vos sois un cuitado,  
Vuestra hermana es una suegra,  
Las criadas unas tias,  
Los criados unos bestias,  
Y yo de aquesto enfadada  
En casa de una pastelera  
Á merendar garapiñas  
Voy.

DON PEDRO (Aparte).

¿Qué palabras son estas,  
Y qué estilo tan ageno  
Del ingenio y la belleza  
De Doña Leonor? Señora,  
Mucho extraña mi fineza  
Oiros dar de mi familia  
Unas tan extrañas quejas,  
Que si quereis deslucirme,  
Bien podeis de otra manera,  
Y no con tales palabras  
Que mal á vos misma os deja

CASTAÑO.

Digo que me matan de hambre.  
¿Es aquesto lengua griega?

DON PEDRO.

No es griega, señora, pero  
No entiendo en vos esta lengua.

CASTAÑO.

Pues si no entendeis así,  
Entended de esta manera,  
(Quiere irse).

DON PEDRO.

Tened, que no habeis de irros,  
Ni es bien que yo lo consienta,  
Porque á vuestro padre he dicho  
Que estais aquí, y así es fuerza  
En cualquiera tiempo darle  
De vuestra persona cuenta.  
Que cuando vos no querais  
Casaros, haciendo entrega  
De vos, quedaré bien puesto,  
Viendo que la resistencia  
De casarse de mi parte  
No está, sino de la vuestra.

CASTAÑO.

Don Pedro, vos sois un necio,  
Y esta es ya mucha licencia  
De querer vos impedir  
A una mujer de mis prendas  
Que salga á matar su hambre.

DON PEDRO (Aparte.)

¿Posible es, cielos, que aquestas  
Son palabras de Leonor?  
¡Vive Dios! que pienso que ella  
Se finge necia por ver  
Si con este me despecha  
Y me dejo de casar;  
¡Cielos, que así me aborrezca!

¿ Y qué conociendo aqueste  
Esté mi pasión tan ciega  
Que no pueda reducirse?  
Bella Leonor, ¿ qué aprovecha  
El fingiros necia cuando  
Sé yo que sois tan discreta?  
Pues ántes de enamorarme  
Sirve más la diligencia  
Viendo el primor y cordura  
De haber fingiros necia.

CASTAÑO.

¡ Notable aprieto por Dios!

(Aparte.)

Yo pienso que aquí me fuerza;  
Mejor es mudar de estilo  
Para ver si así me deja.  
Don Pedro, yo soy mujer  
Que sé bien donde me aprieta  
El zapato, y pues ya he visto  
Que dura vuestra fineza  
Á pesar de mis desaires,  
Yo quiero dar una vuelta  
Y mudarme al otro lado.  
Siendo aquesta noche misma  
Vuestra esposa.

DON PEDRO.

¿ Qué decis,  
Señora?

CASTAÑO.

Que seré vuestra

Como dos y dos son cuatro.

DON PEDRO.

No lo digais tan apriesa,  
No me mate la alegría,  
Ya que no puede la pena.

CASTAÑO.

Pues no, señor, no os murais  
Por amor de Dios siquiera  
Hasta dejarme un muchacho  
Para que herede la hacienda.

DON PEDRO.

¿ Pues eso mirais, señora?  
¿ No sabeis que es toda vuestra?

CASTAÑO.

¡ Válgame Dios! yo me entiendo,  
Bueno será tener prendas.

DON PEDRO.

Ella será dicha mía;  
Más, señora, ¿ hablais de veras,  
Ó me entreteneis la vida?

CASTAÑO.

¿ Pues soy yo farandulera?  
Palabra doy de casarme  
Si ya no es que por vos queda.

DON PEDRO.

¿ Por mí? ¿ Eso decís, señora?

CASTAÑO.

¿ Qué apostamos que si llega  
El caso queda por vos?

DON PEDRO.

No así agraveis la fineza.

CASTAÑO.

Pues dadme palabra aquí  
De que si os haceis afuera  
No me habeis de hacer á mí  
Algun daño.

DON PEDRO.

¿ Que os la ofrezca  
Qué importa? Supuesto que  
Es imposible que pueda  
Desistirse mi cariño,  
Más permitid que merezca  
De que quereis ser mi esposa  
Vuestra hermosa mano en prendas.

CASTAÑO (Aparte.)

Llegó el caso de Jacob.  
Catadla aquí toda entera.

DON PEDRO.

¿ Pues con guante me la dais?

CASTAÑO.

Sí, por que la tengo enferma.

DON PEDRO.

Pues ¿ qué teneis en las manos?

CASTAÑO.

Hiciéronme mal en ellas  
En una visita un día,  
Y ni han bastado recetas  
De hieles, ni jaboncillos  
Para que á su albura vuelvan.

(Dentro Don Juan.)

DON JUAN.

Muere á mis manos, traidor!

DON PEDRO.

Oye, ¿ qué voz es aquella?  
(Dentro Don Carlos.)

DON CARLOS.

Tú morirás á las mías,  
Pues buscas tu muerte en ellas.

DON PEDRO.

¡ Vive Dios, qué es en mi casa!

CASTAÑO.

Ya suena la voz más cerca.  
(Salendo Don Carlos y Don Juan, y Doña Ana dete-  
niéndolos.)

DOÑA ANA.

¡ Caballeros, deténeos!  
¡ Más, mi hermano, yo estoy muerta!

CASTAÑO.

¿ Más si por mí se acuchillan  
Los que mi beldad festejan?

DON PEDRO.

¿ En mi casa y á estas horas  
Con tan grande desvergüenza  
Acuchillarse dos hombres?  
Más yo vengaré esta ofensa,  
Dándoles muerte, y más cuando.  
Es Don Carlos quien pelea.

DOÑA ANA.

¿ Quién pensara, ¡ ay infelice!  
Que aquí mi hermano estuviera?

DON CARLOS.

Don Pedro está aquí, y por él  
A mí nada se me diera,  
Pero se arriesga Doña Ana,  
Que es sólo por quien me pesa.

CASTAÑO.

Aquí ha sido la de Oran,  
Más yo apagaré la vela,  
Quizá con eso tendré  
Lugar de tomar la puerta  
Que es sólo lo que me importa.  
(Apaga Castaño la vela y riñen todos.)

DON PEDRO.

Aunque hayais muerto la vela  
Por libraros de mis iras,  
Poco importa, que aunque sea  
A oscuras, sabré mataros.

DON CARLOS

Famosa ocasion es ésta  
De que yo libre á Doña Ana,  
Pues por ampararme atenta  
Está arriesgada su vida.

(Sale Leonor con manto.)

LEONOR.

¡Ay Dios! Aquí dejé á Celia  
Y ahora solo escucho espadas  
Y voy pisando tinieblas.  
¿Qué será? ¡Válgame Dios!  
Pero lo que fuere sea,  
Pues á mí sólo me importa  
Ver si hallo con la puerta.

(Encuentra á Don Carlos.)

DON CARLOS.

Esta es sin duda Doña Ana.  
Señora, venid apriesa,  
Y os sacaré de este riesgo.

LEONOR.

¿Qué es ésto? Un hombre me lleva;  
Más como de aquí me saque  
Con cualquiera voy contenta,  
Que si él me tiene por otra,  
Cuando en la calle me vea  
Podrá dejarme ir á mí,  
Y volver á socorrerla.

DOÑA ANA.

No tengo cuidado yo  
De que sepa la pendencia  
Mi hermano, y más cuando ha visto  
Que es Don Carlos quien pelea,  
Y diré que es por Leonor.  
Solamente me atormenta  
El que se arriesgue Don Carlos.  
¡Oh, quién hallarle pudiera  
Para volverlo á esconder!

DON PEDRO.

Quien mi honor agravia, muera.

CASTAÑO.

¡Qué haya yo perdido el tino  
Y no halle con la puerta!  
Más aquí juzgo que está.  
¡Jesús! ¿Qué es este? Alacena  
En que me he hecho los hocicos  
Y quebrando diez docenas



De vidrios y de redomas  
Que envidiando mi belleza  
Me han pegado redomazo.

DOÑA ANA.

Ruido he sentido en la puerta  
Sin duda alguna se va  
Don Juan, porque no lo vean,  
Y lo conozca mi hermano,  
Y ya dos solos pelean.

¿Cuál de ellos será Don Carlos?

(Llega Doña Ana á Don Juan.)

DON CARLOS.

La puerta sin duda es ésta;

Vamos, señora, de aquí.

(Vase Don Carlos con Leonor.)

DON PEDRO.

Morirás á mi violencia.

DOÑA ANA.

Mi hermano es aquel, y aqueste

Sin duda es Carlos. Aprieta,

Señor, yo os ocultaré.

DON JUAN.

Esta es Doña Ana, é intenta

Ocultarme de su hermano,

Preciso es obedecerla.

(Vase Doña Ana con Don Juan.)

DON PEDRO.

¿Dónde os ocultais, traidores,  
Que mi espada no os encuentra?

¡Hola, traed una luz!

(Sale Celia con luz.)

CELIA.

Señor ¿qué voces son éstas?

DON PEDRO.

¿Qué ha de ser? ¡Pero qué miro!

(Hallando abierta la puerta).

Se fuéron; más si Leonor  
(Que sin duda entró por ella  
Aquí Don Carlos) está

En casa, ¿qué me da pena?

¿Más bien será averiguar  
Cómo entró? Tú, Leonor, entra

Á recogerte, que voy

Á que aquí tu padre venga

Por que quiero que esta noche

Queden nuestras bodas hechas.

CASTAÑO.

Tener hechas las narices

Es lo que ahora quisiera.

(Vase Castaño, y cierra Don Pedro la puerta.)

DON PEDRO.

Encerrar quiero á Leonor,

Por si acaso fué cautela

Habermé favorecido.

Yo la encierro por de fuera

Por que si acaso lo finge

Se haga la burla ella misma.

Yo me voy á averiguar

Quien fuese el que por mis puertas

Le dió entrada á mi enemigo,

Y porque era la pendencia

Con Carlos y el embozado,

Y pues ántes que los viera,  
Los vió mi hermano y salió  
Con ellos, saber es fuerza  
Cuando á reñir empezaron  
Dónde ó como estaba ella.

(Váse Don Pedro, y salen Don Rodrigo y Hernando).

DON RODRIGO.

Aquesto, Hernando, he sabido  
Que Don Diego está herido,  
Y que lo hirió quien á Leonor llevaba  
Cuando en la calle estaba,  
Porque él la conoció y quitarla quiso  
Con que le fué preciso  
Reñir, y la pendencia ya trabada  
El que á Leonor llevaba, una estocada  
Le dió, de que quedó casi difunto,  
Y luégo al mismo punto  
Cargado hasta su casa le llevaron,  
Donde luégo que entraron  
En sí volvió Don Diego;  
Pero advirtiendo luégo

En los que le llevaron apiadados  
Conoció de Don Pedro ser criados,  
Por que sin duda, Hernando, fué él, llevalle  
Por excusar el ruido de la calle,  
Mira, que bien viene esto que ha pasado  
Con lo que esta mañana me ha afirmado  
De que Leonor fué sólo á ver su hermana,  
Y que yo me detenga hasta mañana  
Para ver si Leonor casarse quiere,  
De donde bien se infiere

Que de no hacerlo trata  
Y que con estas largas lo dilata;  
Más yo vengo resuelto,  
Que á esto á su casa he vuelto,  
Á apretarle de fuerte  
Que ha de casarse, ó le he de dar la muerte.

HERNANDO.

Harás muy bien, señor, que la dolencia  
De honor, se ha de curar con diligencia,  
Porque el que lo dilata neciamente  
Viene á quedarse enfermo eternamente.

(Sale Don Carlos con Leonor tapada)

DON CARLOS.

No teneis ya que temer,  
Doña Ana hermosa, el peligro.

LEONOR.

¡Cielos! ¿qué me traiga Carlos  
Pensando, ¡ah fiero enemigo!  
Que soy Doña Ana? ¿Qué más  
Claros busco los indicios  
De qué la quiere?

DON CARLOS (Aparte).

¿En qué empeño  
Me he puesto, cielos divinos,  
Que por librar á Doña Ana  
Dejo á Leonor al peligro?  
¿Adónde podré llevarla  
Para que pueda mi brío  
Volver luégo por Leonor?  
Pero hácia aquí un hombreairo.  
¿Quién vá?

DON RODRIGO.

¿Es Don Carlos?

DON CÁRLOS.

Yo soy.

(Aparte.)

¡Válgame Dios! Don Rodrigo

Es ¿A quién podré mejor

Encomendar el asilo

Y el amparo de Doña Ana?

Que con su edad y su juicio

La compondrá con su hermano

Con decencia, y yo me quito

De aqueste embarazo y vuelvo

A ver si puedo atrevido

Sacar mi dama. Señor

Don Rodrigo, en un conflicto

Estoy, y vos podeis solo

Sacarme de él.

DON RODRIGO.

¿En qué os sirvo,

Don Carlos?

DON CÁRLOS.

Aquesta dama

Que traigo, señor, conmigo,

Es la hermana de Don Pedro,

Y en un lance fué preciso

El salirse de su casa

Por correr su honor peligro.

Yo, ya veis que no es decente

Tenerla: y así, os suplico

La tengais en vuestra casa,

Mientras yo á otro empeño asisto.

DON RODRIGO.

Don Carlos, yo la tendré,

Claro está, que no es bien visto

Tenerla vos, y á su hermano

Hablaré si sois servido.

DON CÁRLOS.

Haréisme mucho favor,

Y así, yo me voy.

(Váse.)

LEONOR.

¿Qué miro?

A mi padre me ha entregado.

DON RODRIGO.

Hernando, yo he discurrido

Pues voy á ver á Don Pedro,

Y Carlos hizo lo mismo

Que él, sacándole á su hermana,

Que ya por otros indicios

Sabia yo que la amaba,

Valerme de este motivo

Tratando de que la case,

Porque ya, como de hijo,

Debo mirar por su honor;

Y él quizá más reducido,

Viendo á peligro su honor,

Querrá remediar el mio.

HERNANDO.

Bien has dicho, y me parece

Buen modo de constreñirlo,

El no entregarle á su hermana

Hasta que él haya cumplido  
Con lo que te prometió.

DON RODRIGO.

Pues yo entro; venid conmigo,  
Señora, y nada temais  
De riesgo que yo me obligo  
Á sacaros bien de todo.

LEONOR (Aparte).

A casa de mi enemigo  
Me vuelve á meter mi padre,  
Y ya es preciso seguirlo,  
Pues descubrirme no puedo.

DON RODRIGO.

Pero allí á Don Pedro miro,  
Vos, señora, con Hernando  
Os quedad en este sitio,  
Mientras hablo á vuestro hermano.

LEONOR.

¡Cielos! vuestro influjo impío  
Mudad, ó dadme la muerte,  
Pues me será más benigno  
Un fin breve, aunque es atroz,  
Que un prolongado martirio.

DON RODRIGO.

Pues yo me quiero llegar.

(Sale Don Pedro.)

DON PEDRO.

Que saber no haya podido  
Mi enojo, quien en mi casa  
Le dió entrada á mi enemigo,  
Ni haya encontrado á mi hermana,

Más buscarla determino  
Hácia el jardín, que quizá,  
Temerosa del ruido,  
Se vino hácia aquesta cuadra.  
Yo voy; pero Don Rodrigo  
Está aquí, á buen tiempo viene,  
Pues que ya Leonor me ha dicho  
Que gusta de ser mi esposa.  
Seais, señor, bien venido,  
Que á no haber venido vos  
En aqueste instante mismo  
Había yo de buscaros.

DON RODRIGO.

La diligencia os estimo,  
Sentémonos, que tenemos  
Mucho que hablar.

DON PEDRO (Aparte).

Ya colijo

Que á lo que podrá venir  
Resultará en gusto mío.

DON RODRIGO.

Bien habreis conjeturado  
Que lo que puede, Don Pedro,  
Á vuestra casa traerme  
Es el honor, pues le tengo  
Fiado á vuestra palabra,  
Que, aunque sois tan caballero,  
Mientras no os casais, está  
Á peligro siempre expuesto;  
Y bien veis que no es alhaja  
Que puede en un noble pecho

Permitir la contingencia ;  
Porque es un cristal tan terso,  
Que si no le quiebra el golpe  
Le empaña solo el aliento ;  
Esto habreis pensado vos,  
Y hareis bien en pensar esto,  
Pues tambien esto me trae.  
Más no es esto á lo que vengo  
Principalmente, porque  
Quiero con vos tan atento  
Proceder, que conozeais  
Que teniendo de por medio  
El cuidado de mi hija  
Y de mi honor el empeño,  
Con tanta cortesania  
Procedo con vos, que puedo  
Hacer mi honor accesorio  
Por poner primero el vuestro.  
Ved si puedo hacer por vos  
Más, aunque tambien concedo  
Que ésta es conveniencia mia,  
Que habiendo de ser mi yerno,  
El quereros ver honrado,  
Resultará en mi provecho ;  
Ved vos cuán celoso soy  
De mi honor, y con qué extremo  
Sabré celar mi opinion  
Cuando así la vuestra celo.  
Supuesto esto, ya sabeis  
Vos que Don Carlos de Olmedo,  
Demás del lustre heredado

De su noble nacimiento...

DON PEDRO.

Á Don Carlos me ha nombrado,  
¿Dónde irá á parar aquesto?  
Y el no hablar en que me case  
Sin duda sabe el suceso  
De que la sacó Don Carlos.  
¡Hoy la vida y honra pierdo!

DON RODRIGO.

El color habeis perdido  
Y no me admiro, que oyendo  
Cosas tocante á honor,  
No fuerais noble ni cuerdo,  
Ni honrado si nos mostrarais  
Ese noble sentimiento.  
Más pues de lance de amor  
Teneis en vos el ejemplo,  
Y que vuestra propia culpa  
Honestamente el delito ageno,  
No teneis de que admiraros  
De lo mismo que habeis hecho.

(Sale Doña Ana al paño.)

DOÑA ANA.

Don Rodrigo con mi hermano  
Está; desde aquí pretendo  
Escuchar á lo que vino,  
Que como á Don Carlos tengo  
Oculto, y lo vió mi hermano,  
Todo lo dudo, todo lo temo,

DON RODRIGO.

Digo, pues, que aunque ya vos

Enterado estaréis de ésto,  
Don Cárlos á vuestra hermana  
Hizo lícitos festejos,  
Correspondióle Doña Ana,  
No fué mucho, pues lo mismo  
Sucedió á Leonor con vos.

DON PEDRO.

¿Qué es esto? ¡Válgame el cielo!  
¿Don Cárlos quiere á mi hermana?

DOÑA ANA.

¿Cómo llegar á saberlo  
Ha podido Don Rodrigo?

DON RODRIGO.

Digo, por no deteneros  
Con lo mismo que sabéis,  
Que viéndose en el aprieto  
De haberlo ya visto vos,  
Y de estar con él riñendo,  
La sacó de vuestra casa.

DON PEDRO.

¿Qué es lo que decís?

DON RODRIGO.

Lo mismo  
Que vos sabéis, y lo propio  
Que hicisteis vos, pues es bueno  
Que me hicierais vos á mí  
La misma ofensa, y que cuerdo  
Venga á tratarlo, y que vos  
Sin ver que permite el cielo  
Que veamos por nosotros  
La ofensa que á otros hacemos,

Os mostreis tan alterado.  
Tomad, hijo, mi consejo,  
Que en las dolencias de honor  
No todas veces son buenos,  
Si bastan sólo suaves,  
Los medicamentos recios,  
Que antes suelen hacer daño,  
Pues cuando está malo un miembro,  
El experto cirujano  
No luégo le aplica el hierro  
Y corta lo dolorido,  
Sino que aplica primero  
Los remedios lenitivos;  
Que acudir á los cauterios  
Es, cuando se reconoce  
Que ya no hay otro remedio.  
Hagamos lo mismo acá,  
Don Cárlos me ha hablado en ello,  
Doña Ana se fué con él,  
Y yo en mi poder la tengo;  
Ellos lo han de hacer sin vos:  
¿Pues no es mejor, si han de hacerlo,  
Que sea con vuestro gusto,  
Haciendo cuerdo y atento,  
Voluntario lo preciso?  
Que es industria del ingenio  
Vestir la necesidad  
De los visos del afecto.  
Aqueste es mi parecer;  
Ahora consultad cuerdo  
Á vuestro honor, y vereis

Si os está bien el hacerlo ;  
Y en cuanto á lo que á mí toca,  
Sabed que vengo resuelto  
Á que os caseis esta noche ;  
Pues no hay porque deteneros  
Cuando ven go de saber  
Que á mi sobrino Don Diego  
Dejasteis herido anoche,  
Porque llegó á conoceros  
Y Leonor quiso quitaros ;  
Ved vos cuán mal viene aquesto  
Con que vos no la sacasteis ;  
Y en suma éste es largo cuento,  
Pues sólo con que os caseis  
Queda todo satisfecho.

DOÑA ANA.

Temblando estoy que responde  
Mi hermano ; más yo no encuentro  
Que razon pueda mover  
Á finjir estos enredos  
Á Don Rodrigo.

DON PEDRO.

Señor,  
Digo, cuanto á lo primero,  
Que el decir que no saqué  
Á Leonor fué fingimiento  
Que me debió decoroso  
Mi honor, y vuestro respeto ;  
Y pues sólo con casarme  
Decís que quedo bien puesto,  
Á la beldad de Leonor

Oculto aquel aposento  
Y ahora en vuestra presencia  
Le daré de esposo y dueño  
La mano ; pero sabed,  
Que me habeis de dar primero  
Á Doña Ana, para que,  
Siguiendo vuestro consejo,  
La despose con Don Carlos  
Al instante, pues con esto  
Seguro de este enemigo  
De todas maneras quedo.

DON RODRIGO.

¡ Oh qué bien que se conoce  
Vuestra nobleza y talento !  
Voy á que entre vuestra hermana,  
Y os doy las gracias por ello.

(Sale Doña Ana.)

DOÑA ANA.

No hay para que, Don Rodrigo,  
Pues para dar las que os debo  
Estoy yo muy prevenida ;  
Y á ti, hermano, aunque merezco  
Tu indignacion, te suplico  
Que examines por tu pecho  
Las violencias del amor,  
Y perdonarás con esto  
Mis yerros, si es que lo son,  
Siendo tan dorados yerros.

DON PEDRO.

Alza del suelo, Doña Ana,  
Que hacerse tu casamiento

Con más decencia pudiera  
Y no poniendo unos medios  
Tan indecentes.

DON RODRIGO.

Dejad

Aqueso, que ya no es tiempo  
De reprension ; envid  
Un criado de los vuestros  
Que á buscar vaya á Don Carlos.

DOÑA ANA

No hay que enviarlo, supuesto  
Que, como á mi esposo, oculto  
Dentro en mi cuarto le tengo.

DON PEDRO.

Pues sácale, luego al punto.

DOÑA ANA.

¡ Con qué gusto te obedezco  
Que al fin mi amante porfía  
Ha logrado sus deseos.

(Váse.)

DON PEDRO.

¿ Celia ?

(Sale Celia.)

CELIA.

¿ Qué me mandas ?

DON PEDRO.

Toma

La llave de ese aposento,  
Y avisa á Leonor que salga.  
¡ Oh amor que al fin de mi anhelo  
Has dejado que se logren  
Mis amorosos intentos !

(Recibe Celia la llave y váse.)

LEONOR.

Pues me tiene por Doña Ana,  
Entrarme quiero allá dentro  
Y librarme de mi padre  
Que es el más próximo riesgo,  
Que despues para librarme  
De la instancia de Don Pedro  
No faltarán otros modos.  
Más subir á un hombre veo  
La escalera : ¿ quién será ?

(Sale Don Carlos.)

DON CARLOS.

A todo trance resuelto  
Vengo á sacar á Leonor  
De este indigno cautiverio,  
Que supuesto que Doña Ana  
Está ya libre de riesgo  
No hay porque esconder la cara  
Mi valor, y vive el cielo  
Que la tengo de llevar,  
Ó he de salir de aquí muerto.

(Pasa Don Carlos por junto á Leonor.)

LEONOR.

Carlos es ; ¡ válgame Dios  
Y de cólera tan ciego  
Va que no reparó en mí ;  
¿ Pues á que vendrá supuesto  
Qué me lleva á mí pensando  
Qué era yo Doña Ana ? ¡ Ah cielos,  
Que me hayais puesto en estado  
Que estos ultrajes consienta !



Más si acaso conoció  
Que dejaba en el empeño  
Á su dama y á librarla  
Viene ahora. Yo me acerco  
Para escuchar lo que dice.

DON CARLOS.

Don Pedro, cuando yo entro  
En casa de mi enemigo,  
Mal puedo usar de lo atento.  
Vos me teneis; más, ¿qué miro?  
¿Don Rodrigo aquí?

DON RODRIGO.

Teneós,  
Don Carlos, y sosegaos,  
Porque ya todo el empeño  
Está ajustado, ya viene  
En vuestro gusto, Don Pedro,  
Y pues á él se lo debéis  
Dadle el agradecimiento  
Que yo el parabien os doy:  
De veros felice dueño  
De la beldad que adorais,  
Que gozeis siglos eternos.

DON CARLOS.

¿Qué es ésto? Sin duda ya  
Se sabe todo el suceso  
Porque Castaño el papel  
Debió de dar ya, y sabiendo  
Don Rodrigo que fui yo  
Quien la sacó, quiere cuerdo  
Portarse y darme á Leonor;

Y sin duda ya Don Pedro  
Viendo tanto desengaño  
Se desiste del empeño.  
Señor, palabras me faltan  
Para poder responderos,  
Más valgame lo dichoso  
Para disculpar lo necio,  
Que en tan no esperada dicha  
Como la que yo merezco,  
Si no me volviera loco  
Estuviera poco cuerdo,

DON RODRIGO.

Mirad si os lo dije yo:  
Quiérela con grande extremo.

LEONOR.

¿Qué es esto, cielos, que escucho?  
¿Qué parabienes son estos,  
Ni qué dichas de Don Carlos?

DON PEDRO.

Aunque debierais atento  
Haberós de mi valido,  
Supuesto que gusta de ello  
Don Rodrigo, cuyas canas  
Como de padre venero,  
Yo me tengo por dichoso  
En que tan gran caballero  
Se sirva de honrar mi casa.

LEONOR.

Ya no tengo sufrimiento,  
No ha de casarse el traidor.

(Sale Doña Leonor con manto)

DON RODRIGO

Señora, á muy lindo tiempo  
Venís; más, ¿porqué os habeis  
Otra vez el manto puesto?  
Aquí está ya vuestro esposo.  
Don Carlos, los cumplimientos  
Basten ya, dadle la mano

Á Doña Ana.

DON CARLOS.

¿A quién? ¿Qué es esto?

DON RODRIGO.

A Doña Ana vuestra esposa,  
¿De qué os turbais?

DON CARLOS.

¡Vive el cielo,  
Que este es engaño y traición!  
¿Yo á Doña Ana?

LEONOR. (Aparte.)

¡Albricias, cielos,  
Que ya desprecia á Doña Ana!

DON PEDRO.

Don Rodrigo, ¿qué es aquesto?  
Vos de parte de Don Carlos  
¿No venisteis al concierto  
De mi hermana?

DON RODRIGO.

Claro está;

Y fué porque Carlos mesmo  
Me entregó á mí á vuestra hermana  
Que la sacaba, porque  
Corría su vida riesgo.

Señora, ¿no es esto así?

LEONOR.

Si, señor, y yo confieso  
Que soy esposa de Carlos  
Como vos vengais en ello.

DON CARLOS.

Muy mal, señora Doña Ana,  
Habeis hecho en exponeros  
Á tan público desaire  
Como por fuerza he de haceros,  
Pero, pues vos me obligais  
Á que os hable poco atento  
Quien me busca exasperado  
Me quiere sufrir grosero;  
Si mejor á vos que á alguno  
Os consta que ya n o puedo  
Dejar de ser de Leonor.

DON RODRIGO.

¿De Leonor?

¿Qué Leonor?

DON CARLOS.

De vuestra hija.

DON RODRIGO.

¿De mi hija? Bien por cierto  
Cuando es de Don Pedro esposa.

DON CARLOS.

Antes que logre el interés,  
Le quitaré yo la vida.

DON PEDRO.

Ya es mucho mi sufrimiento,  
Pues en mi presencia os sufro

Que atrevido y desatento  
Á mi hermana desaireis  
Y pretendais á quien quiero.

Empuñan las espadas, y salen Doña Ana y Don Juan de la mano; por la otra puerta Celia y Castaño de dama.)

DOÑA ANA.

A tus piés, mi esposo, y yo,  
Hermano; ¿pero qué veo?  
Á Don Juan es el que traigo,  
Que en el rostro el ferreruelo  
No le habia conocido.

DON PEDRO.

Doña Ana, ¿pues cómo es esto

CELIA.

Señor, aquí está Leonor.

DON PEDRO.

¡ Oh hermoso, divino dueño!

CASTAÑO.

Allá vereis la belleza;  
Más ya no puedo de miedo  
Moverme, pero mi amo  
Está aquí, ya nada temo,  
Pues él me defenderá.

DON RODRIGO.

Yo dudo lo que estoy viendo,  
Don Carlos, ¿pues no es Doña Ana  
Esta dama que vos mesmo  
Me entregásteis, y con quién  
Os casais?

DON CARLOS

Es manifiesto

Engaño, que yo á Leonor  
Solamente es á quien quiero.

DOÑA ANA.

Acabe este desengaño  
Con mi pertinaz intento,  
Y pues el ser de Don Juan  
Es ya preciso, yo esfuerzo  
Cuanto puedo que lo estimo  
Que en efecto es ya mi dueño.  
Don Rodrigo, ¿qué decís?  
¡ Qué Carlos! que no lo entiendo,  
Y sólo sé que don Juan  
Desde Madrid en mi pecho  
Tuvo el dominio absoluto  
De todos mis pensamientos.

DON JUAN.

Don Pedro, yo á vuestros piés  
Estoy.

DON PEDRO.

Yo soy el que debo  
Alegrarme, pues con vos  
Junto la amistad al deudo;  
Y así, por que nuestras bodas  
Se hagan en un mismo tiempo  
Dadle la mano, Doña Ana,  
Que yo á Leonor se la ofrezco.  
(Llegase á Castaño.)

DON CARLOS.

Antes os daré mil muertes.

CASTAÑO.

Pues por mí quieren matarsas

DON PEDRO.

Dadme, soberano objeto  
De mi prendido albedrío,  
La mano.

CASTAÑO.

Si, que os la tengo.  
Para darosla más blanda  
Un año en guantes de perro.

DON CARLOS.

Eso no conseguirás  
(Descubrese Leonor.)

LEONOR.

Tente, Carlos, que yo quedo  
De más y seré tu esposa,  
Que aunque me hiciste desprecios,  
Soy yo de tal condicion  
Que más te estimo por ellos.

DON CARLOS.

¡ Mi bien! ¡ Leonor! ¿ Qué tú eras?

DON PEDRO.

¿ Qué es esto? ¿ Por dicha sueño?  
Leonor está aquí y allí.

CASTAÑO.

No, sino que viene á cuento  
Lo de : no sois vos, Leonor.

DON PEDRO.

¿ Pues quién eres tú, portento,  
Que por Leonor te he tenido?

(Descubrese Castaño.)

CASTAÑO.

No soy sino el perro muerto

De que se hicieron los guantes.

CELIA.

La risa tener no puedo  
Del embuste de Castaño.

DON PEDRO.

Mataréte! vive el cielo!

CASTAÑO.

¿ Por qué? Si cuando te dí  
Palabra de casamiento,  
Que ahora estoy llano á cumplirte,  
Quedamos en un concierto  
De que si por tí quedaba,  
No me harías mal; y supuesto  
Que ahora queda por tí  
Y que yo estoy llano á hacerlo,  
No faltes tú, pues que yo  
No falto á lo que prometo.

DON CARLOS.

¿ Como estás así, Castaño,  
Y en tal traje?

CASTAÑO.

Ese es el cuento,  
Que por llevar el papel  
Que aún aquí guardado tengo,  
En que á Don Rodrigo dabas  
Cuenta de todo el enredo  
Y de que á Leonor llevaste,  
Para llevarlo sin riesgo  
De encontrar á la justicia  
Me puse estos faldamentos,  
Y Don Pedro enamorado

De mi talle y de mi aseo,  
De mi gracia y de de mi garbo,  
Me encerró en este aposento.

DON CARLOS.

Mirad, señor Don Rodrigo,  
Si es verdad, que soy el dueño  
De la beldad de Leonor,  
Y si ser su esposo debo.

DON RODRIGO.

Como se case, Leonor,  
Y quede mi honor sin riesgo  
Lo demás importa nada ;  
Y así, Don Carlos, me alegro  
De haber ganado tal hijo.

DON PEDRO.

Tan corrido, vive el cielo,  
De lo que me ha sucedido  
Estoy, que ni á hablar acierto,  
Más disimular importa,  
Que ya no tiene remedio  
El caso. Yo doy por bien  
La burla que se me ha hecho,  
Porque se case mi hermana  
Con Don Juan.

DOÑA AÑA.

La mano ofrezco  
Y tambien con ella el alma.

DON JUAN.

Y yo, señora, la acepto,  
Porque vivo muy seguro  
De pagaros con lo mesmo.

DON CARLOS.

Tú, Leonor mia, la mano me da.

LEONOR.

En mí, Carlos, no es nuevo,  
Porque siempre he sido tuya.

CASTAÑO.

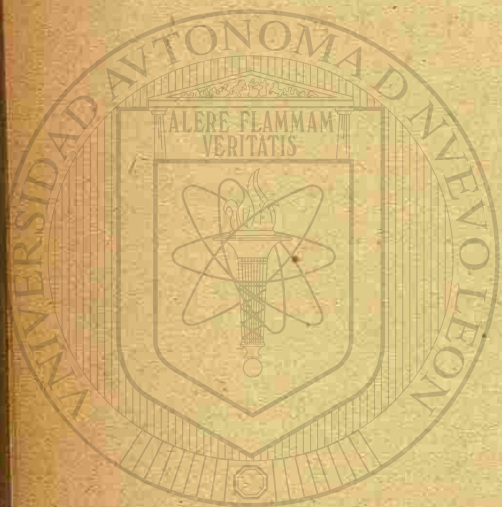
Dime, Celia, algun requiebro,  
Y mira si á mano tienes  
Una mano.

CELIA.

No la tengo  
Que la dejé en la cocina ;  
Pero, ¿ Bastaráte un dedo?

CASTAÑO.

Daca, que es el dedo malo,  
Pues es él con quien encuentro ;  
Y aquí altísimos señores,  
Y aquí, senado discreto,  
Los *Empeños de una casa*  
Dan fin ; perdonad sus yerros.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INDICE DE LAS MATERIAS

CONTENIDAS EN ESTE VOLUMEN

	Páginas.
APUNTES BIOGRÁFICOS.....	v
POESÍAS LÍRICAS	
Versos al lector.....	1
Soneto. A la condesa de Paredes.....	6
Sonetos.....	7
Redondillas.....	23
Glosa.....	26
Romance.....	28
Liras.....	39
Endechas.....	42
Romances.....	47
Soneto.....	52
Ovillejos.....	53
Redondillas.....	66
Décimas. Celebra los años de la condesa de Paredes.....	69
Romance.....	71
Sonetos.....	84
Soneto. En la muerte de la Marquesa de Mancera.....	86
Décimas.....	87
Décimas sobre un retrato.....	91
Décimas sobre el mismo tema.....	92
Décimas varias.....	95
Redondillas.....	98
Romances.....	101
Coplas de música.....	106
Romance.....	107
Sonetos.....	110
Décima.....	114

	Páginas.
Romance.....	115
Villancico.....	118
Romance. A San Pedro.....	120
Soneto. En la muerte del Duque de Veraguas.....	121
Coplas.....	122
Soneto. A la muerte de Felipe IV.....	124
Sonetos.....	125
Liras.....	129
Glosa.....	133
Décimas.....	135
Redondillas. A una presumida.....	137
Redondillas. A un borracho linajudo.....	138
Redondillas a un soberbio.....	139
Redondillas.....	140
Romances.....	147
Endechas.....	158
Romances.....	160
Decima.....	165

OBRAS DRAMATICAS

Los empeños de una casa, comedia en tres jornadas.....	169
--	-----

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

80

TEC